

A PESAR DE TODO

SIGO SIENDO AUDAZ



UNA NOVELA DE

ROSIRYS RONDÓN

Título: *A pesar de todo... sigo siendo Audaz*

Autora: *Rosirys Rondón*

Ilustración de Portada: *Rosirys Rondón*

1era Edición

Año: *2020*

Todos los derechos reservados.

CAPÍTULO I

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó Alejandra desde la puerta de su oficina.

—Sí, tengo todo —suspiró— creo que no se me olvida nada —dijo mientras revisaba uno a uno los documentos de la carpeta que contenía los diseños, la planificación y el presupuesto que dejó Elena antes de marcharse— ¿Cuándo es que regresa Elena de su Luna de miel? —preguntó algo ofuscada, sabía la importancia que tenía para la empresa conseguir este nuevo contrato, aunque era su especialidad, ya que se trataba de un macro evento, era su amiga la experta en las negociaciones.

Alejandra rió, lo nervios estaban impacientando a su socia, que aunque trataba de dar la impresión de tener todo bajo control, fracasaba estrepitosamente en el intento.

—Tranquilízate todo saldrá bien —declaró sosegadamente, como lo haría una madre a una hija.

—Recuérdame entonces por qué es que no pospusimos esta fulana reunión para cuando ella regresara —respondió impaciente ante la responsabilidad que tenía por delante.

Camila nunca se había considerado una persona temerosa ante los retos que debía enfrentarse, todo lo contrario, era regularmente ella la que animaba a sus amigas cuando, al inicio de su incursión por el mundo empresarial, encontraban trabas que les impedía avanzar al ritmo y en la dirección que habían planificado, desanimándolas hasta el punto de querer tirar la toalla. Siempre veía el lado positivo de las cosas, buscando algo que aprender o que enseñar, pero esta vez, no podía controlar sus nervios, desde que se había levantado esa mañana nada le había salido bien, primero tuvo que terminar de ducharse con agua helada, porque a mitad del baño, algo se dañó con su calentador, tendría que llamar al plomero, recordó, luego se vio obligada a cambiar la ropa que había planificado utilizar ese día, porque se percató que tenía unos problemas con la costura, ¡cómo envidiaba a los hombres! Mientras que las mujeres, pensaban y se combinaban desde los zapatos hasta el peinado que usarían, a ellos solo les hacía falta una simple ducha, un traje, una corbata y listo ya parecían estrellas de cine.

—Porque el cliente lo exigió —se burló Alejandra sacándola de sus cavilaciones— además hay que aprovechar de presentarle al dueño antes que tenga que viajar nuevamente.

—Claro, hay que complacer al cliente —respondió antes de agregar—. ¿Cómo es que se llama?

—Matthew Johnson —respondió.

—Me voy —dijo, mientras repetía varias veces en su mente el nombre de la persona con la que iba a reunirse— quiero llegar temprano para comerme algo en el centro comercial antes de la reunión.

—¿Vas en taxi o en tu carro? —quiso saber su amiga, cuando ya Camila alcanzaba la puerta de su oficina.

—En el carro —respondió, en un principio había pensado que era mejor trasladarse en un taxi, de esa manera no tendría que preocuparse por estacionar, sino que se dirigiría directamente a la oficina donde la esperaban, pero luego se decidió ir con un par de horas de antelación así podría familiarizarse con el ambiente y estar más tranquila al momento de entrar en la sala de conferencia —. ¿Estoy bien? —preguntó a tiempo que se daba vuelta para quedar frente a Alejandra que la

escaneó con una ligera sonrisa.

Camila vestía un pantalón marrón y una blusa blanca, el cabello lo tenía suelto y completaba su atuendo con un vistoso collar de piedras que hacían juego con el color de su pantalón y cartera.

—Voy a dejar la chaqueta —señaló, antes de que su amiga emitiera algún juicio.

—Mejor llévala —le recomendó— así tienes la opción de colocártela o no cuando llegues al lugar, total vas en tu coche.

—Tú siempre piensas en todo —respondió Camila que ya estaba cerca del lugar donde había colgado su chaqueta.

—Conociéndote, si la dejas al llegar lamentaras no haberla llevado.

Durante el camino, colocó música a un volumen elevado en su carro, cantaba las canciones mientras manejaba, esa era su manera de controlar los nervios, a medida que se acercaba al lugar, comenzó a repasar toda la información que su amiga le había suministrado y que habían discutido durante horas. Al bajarse del vehículo comprobó que faltaban dos horas para la cita, el tiempo necesario para que pudiera comerse algo, tomó la chaqueta, pero al darse cuenta que el calor estaba un poco más elevado que lo que le hubiese gustado desistió de usarla y la dejó.

Recorrió los establecimientos de comida y se decidió por una ensalada, quería algo liviano que no le causara pesadez o sueño, sabía que era un error dirigirse a una reunión con el estómago vacío, el hambre podía contribuir a tomar decisiones fatales, pero el exceso tampoco era una opción, nada peor que la somnolencia para hacer creer a sus interlocutores lo poco que los tomaba en serio. Tomó asiento y disfrutó de su almuerzo lentamente, al comprobar que sólo faltaban treinta minutos para su reunión, se colocó de pie y comenzó a andar cuando reparó en los helados que ofrecían uno de los establecimientos, el tiempo no era algo por lo que debería preocuparse, por lo que no pudo resistir de aplacar su inquietud con una deliciosa golosina.

—¿Qué desea? —preguntó el encargado cuando se acercó al mostrador.

—Quiero uno de dos sabores por favor —contestó alegremente, ya en su mente saboreaba el frío y la textura del helado derritiéndose en el interior de su boca.

—¿Barquilla o en copa?

—En copa —respondió, aunque le encantaba la barquilla, no podía arriesgarse a ensuciarte minutos antes de su reunión.

—Que sabores desea.

—Fresa y chocolate —esa era su combinación favorita, aunque si hubiese dispuesto de más tiempo el envase hubiese sido el doble del tamaño que ahora le entregaban.

Decidió acercarse al área de los ascensores mientras degustaba de su postre, el helado fue una excelente idea, pensó cuando reparó en que había logrado aplacar la ansiedad que sentía incluso desde la noche anterior. Escuchó la melodía de su móvil, seguro era Alejandra para asegurarse que no se entretenía en alguna tienda, sonrió, sus movimientos eran descoordinados y algo torpes mientras trataba de alcanzar el aparato que de alguna manera había alcanzado las profundidades de su bolso, la carpeta se encontraba presionada entre su brazo y su dorso mientras que su otra mano se ocupaban de la cucharilla y el envase del helado, fue una pequeña victoria cuando logró tomarlo y sacarlo de su cartera mientras doblaba una esquina. Como su atención estaba en el teléfono y en el helado, no vio al hombre que la tropezó, haciéndole caer todas sus carpetas al piso y que estampó el helado contra su pecho.

—¡Mier...! —expresó el extraño al sentir el golpe, cuando vio lo sucedido se retractó lo más rápido que pudo— oh señorita, lo lamento —trató de ocultar sin ningún resultado la risa que le daba lo ocurrido.

Camila reparó el estado en el que se encontraba, el helado manchó toda su blusa, los documentos que hace tan solo segundos se encontraban resguardados en la carpeta bajo su brazo ahora se encontraban esparcidos a su alrededor y el causante de todo aquello estaba impoluto, como si una barrera protectora lo hubiese protegido del desastre y además estaba riéndose, enardeció en cólera, de alguna manera aquel hombre con acento extraño, tenía que pagar por lo que le había hecho, alzó la vista de sus papeles y sonrió.

—No te preocupes cariño —respondió con un nivel de sarcasmo tan alto que era capaz de envenenar hasta causar la muerte a quien lo escuchara— por casualidad ¿podrías decirme el mes en el que cumples años?

La escena era irreal, frente a él se encontraba una hermosa mujer, bañada completamente de helado y con una expresión de pocos amigos que trataba, sin un buen resultado, de ocultar tras una sonrisa, preguntándole no su nombre sino el mes de su cumpleaños.

—Marzo —respondió dubitativo, aun sin saber la razón por la que contestaba aquella interrogante—. ¿Por qué? —no pudo reprimir la curiosidad.

—Porque acabas de ganarte un premio —dijo Camila triunfante y antes de que pudiera reaccionar se acercó y lo abrazó apretujándolo manchando también la camisa del hombre. Sonrió, ahora su expresión de triunfo iluminó su rostro— ahora está mejor.

—¡Estás loca! —exclamó indignado— me manchaste toda la ropa —gritó mientras contemplaba furioso la obra de aquella malcriada mujer.

—Igual como lo hiciste conmigo, ahora si me disculpas tengo mejores cosas que hacer —recogió el contenido de su cartera y todos los documentos, al comprobar que no olvidaba nada agregó irónicamente— que tengas un fantástico día —y se marchó sin mirar atrás.

Cuando estuvo a una distancia que consideró prudente se detuvo a observar nuevamente el estado en el que se encontraba, ¿cómo iba a entrar a la reunión así vestida? Mejor dicho así mugrienta, como si fuera una niña de tres años que no sabía comer barquilla y terminada completamente manchada, temblaba en una combinación de rabia y nervios, trató de pensar rápidamente como revertir la situación en la que se encontraba, podría comprarse algo y cambiarse pero las tiendas por las que pasaba estaban cerradas, no abrían hasta pasada las 3 de la tarde y a esa hora ya debería estar en esa fulana reunión.

—Esto es una locura —dijo a Alejandra luego de telefonarle— ese idiota hizo que el helado me cayera encima, y apenas faltan diez minutos para la reunión.

—Cómprate cualquier cosa, no podemos quedar mal —la ansiedad que se evidenciaba en la voz de su socia era imposible de ocultar, balbuceaba cosas sin sentido.

—Crees que ya no lo intenté —respondió indignada cuando logró entender lo que su amiga decía— pero lo único que está abierto a parte de los locales de comida es la farmacia, quiero gritar, necesito calmarme —los nervios y la aprehensión desaparecieron para dar cabida a una terrible irritación.

—Camila ¿se ensució mucho la chaqueta? —preguntó Alejandra recuperando un poco la calma mientras trataba de encontrar alguna solución— ¿no puedes cerrarla y así disimular la mancha?

—¡Eres una sabionda! —gritó mientras daba unos saltitos de alegría, aunque no era la mejor solución podía solventar un poco la situación— la tengo en el carro, voy por ella y de allí subo a la reunión —dijo— te mantengo informada.

Corrió hasta su vehículo, lo más rápido que le permitieron sus sandalias, agarró la chaqueta y se dirigió al baño más cercano, rogando que todo saliera bien, tomó algunas toallas de papel y se secó como pudo, para luego colocarse la chaqueta cerrado todos los botones, la mayor parte de la

mancha quedaba debajo de la prenda, pero con la parte superior no había nada que hacer, trató sin mucho éxito que el collar que estaba usando se encargara de eso y armándose de valor se dirigió a su cita, llegaba 10 minutos con retraso.

Apenas alcanzó la puerta de las oficinas a las que se dirigía se detuvo cinco segundos para tratar de recuperar un poco el aire que le faltaban a sus pulmones fruto de la carrera que hizo desde el área de los sanitarios. Luego de saludar a la recepcionista y de anunciarse la hicieron pasar.

—Disculpe la tardanza —dijo apenas al entrar, mientras observaba un escritorio vacío, recorrió la oficina buscando al señor Johnson que se encontraba observando a través de una de las ventanas laterales de espalda a ella.

El lugar donde se encontraba era realmente amplio, muy bien iluminado, las paredes pintadas en su totalidad de color blanco resplandecían con la luz natural y artificial que hacían un perfecta armonía a juego con los pequeños cuadros todos enmarcados en color negro igual que los muebles y el sofá que se encontraba sobre una alfombra de color gris, un ambiente totalmente masculino y minimalista.

—No se preocupe —contestó Matthew interrumpiéndola con la mirada aun perdida en lo que estuviera mirando a través de la ventana— pase adelante.

—La verdad es que me siento muy apenada —dijo tratando nuevamente de disculparse— lo que pasa es que nunca falta un idiota que no está pendiente por dónde camina y me... —se calló al reconocer al hombre que se dio vuelta desde el lugar donde se encontraba, vestía un saco cerrado que trataba de disimular la mancha que sabía estaba detrás y que ella había ocasionado— ¡rayos! —susurró— estoy jodida. ...

CAPÍTULO II

Todo ese día estaba en su contra, era lo que pensaba Camila mientras conducía de regreso a la oficina, aún no había llamado a Alejandra para comentarle lo sucedido, golpeó el volante, se encontraba molesta con ella misma, con el destino y con el tráfico que en esos momentos se encontraba paralizado, trató de liberar esa presión a través de un grito de frustración, que solo logró atraer la atención del conductor que se encontraba paralelo a su vehículo ganándose de esa manera una mirada con cara de pocos amigos mientras trataba de alejarse lo más posible de ella.

Una lágrima rodó a través de su mejilla, tenía tanto tiempo sin sentirse tan humillada, de todas las personas del mundo, ella tenía que tropezarse justo con él y lo peor de todo es que se comportó como una chiquilla malcriada, si hubiese tenido un poco de paciencia las cartas ahora estarían a su favor, de haber sido amable, pensó, las disculpas tendría que recibirlas ella, y no andar como un estúpida pensando como revertir aquello.

Más lágrimas se unieron a la primera y ahora era casi imposible de contener aquel torrente que emanaba de sus ojos, no entendía la razón por la que se sentía tan afectada, ella siempre se caracterizaba por ver el lado positivo de las cosas, la imperturbable, ahora lloraba sin control, su visión se hizo nublosa mientras que recordaba la impresión que tuvo al reconocer a Matthew, allí estaba ella, dispuesta a dar lo mejor de sí, había tomado la decisión que no permitiría que su vestimenta influyera en la reunión, por lo que su plan consistía primeramente en disculparse y explicar el motivo de su demora y de su estado, para luego olvidarse de lo ocurrido y centrarse en mostrarse profesional y segura de las propuestas que llevaba, pero no pudo ni siquiera completar la frase cuando se dio cuenta que aquel hombre era el que había ocasionado su demora, vio en la profundidad de aquellos ojos castaños un triunfo que la puso inmediatamente en knock out, ni siquiera vio el golpe que la derrotó enviándola a la lona, su mente aunque trataba de formular una vía de escape, no encontraba ninguna, su orgullo era lo único a lo que podía aferrarse, pero ¿cómo hacerlo sin perjudicar a sus amigas?

Elena había trabajado mucho para plantear los diseños de los eventos que querían llevar a cabo, y ella solo era el mensajero, la persona a la que le confiaron un papel fundamental.

—No se preocupen —recordó que les dijo mientras despreciaba la importancia de la reunión con un gesto de la mano— tu vete de luna de miel que yo me encargo de dar la cara por la empresa.

Hizo un sonido de gutural que denotaba su decepción. Recordó la sonrisa ladeada que Matthew le dedicó, no hizo falta palabras para que ella entendiera todo lo que cruzó por la mente de aquel hombre.

—Como ya le dije, no hay ningún problema por su demora —había contestado mientras se acercaba a ella con la misma precisión y sigilo que lo hace un felino al cazar, una pantera quizás — yo también tuve un problema antes de llegar con una... esquizofrénica —la retó, pero justo cuando iba a responder aquel insulto, escuchó que decía— Matthew Johnson —mientras le extendía su mano— Señor Johnson para usted.

—Camila Uzcátegui —respondió mientras estrechaba su mano, ya había cometido muchos errores ese día, y dejarlo con la mano estirada no haría sino empeorar la situación, se propuso

hacer uso de la reserva de paciencia que tenía guardado en alguna parte de su cerebro, pero su decisión quedó olvidada cuando al encontrarse con la mirada de Matthew, vio una expresión que ella tradujo como “así es humíllate, al final yo gano”, eso no pudo tolerarlo— señorita Uzcátegui... para usted —terminó de responder con una sonrisa desafiante.

—Señorita —repitió lentamente y con un gesto de estar delante de algo muy obvio agregó— no me extraña.

—Mire Señor Johnson —respondió visiblemente molesta— porque no...

—Tome asiento por favor —la interrumpió mientras le indicaba el sofá que momentos antes había admirado.

—¿Desea tomar algo? ¿un helado quizás?

Aquel gesto la tomó desprevenida y algo en la expresión de su rostro debió delatarla, porque Matthew sonría triunfante ante el evidente esfuerzo que realizaba por mantener la cordura, esa era su venganza. Ella solita se puso en esa situación, y ahora él era el ganador.

El timbre de su móvil la trajo al presente, no sabía cuánto tiempo había pasado, pero se encontraba prácticamente en el mismo sitio, vio la pantalla, era la quinta o sexta llamada de Ale, no podía seguir con aquello, por lo que decidió atenderle.

—Ale, no me encuentro de buen humor en estos momentos, estoy atascada en este miserable tráfico que parece más lento que nunca, estoy toda melosa por culpa del helado y la reunión no fue nada bien —le dijo apenas al contestar— quiero llegar a la casa, tomarme un baño y olvidarme de este estúpido día donde todo me ha salido fatal.

—Ya me doy cuenta —respondió su amiga mientras reía— llamaron hace rato de Johnson y Asociados solicitando para mañana una reunión a primera hora de la mañana.

—¿Qué has dicho?

—Exactamente lo que has oído —le dijo cariñosamente Alejandra— ahora ¿quieres contarme lo sucedido? Parece como si te hubiese atropellado un tren.

—Creo que eso hubiese sido mejor —expresó —pero no quiero hablar de eso ahorita, la verdad es que me encuentro afectada, mañana podrás interrogarme y prometo darte todos los detalles —respiró profundamente antes de proseguir— ¿te importaría si mañana voy a la oficina después de almuerzo?

—¿Tú escuchaste lo que te dije? Mañana temprano es la reunión con el señor Johnson.

—Si te oí la primera vez, pero estoy segura que tú podrás manejarlo.

—Ha pedido tu presencia y ha sido explícito en ello.

Más tarde, en la privacidad de su hogar recordaría todas las excusas de las que trató de valerse para faltar al trabajo al siguiente día, ninguna pudo librarla, así que tendría que enfrentarse a Matthew nuevamente.

La taza de chocolate caliente humeaba entre sus manos, el albornoz cubría su cuerpo y aun después de tomar una larga ducha que relajó todos sus músculos, no lograba librarse de la profundidad de aquellos ojos marrones que parecía perseguirla, ¿cómo no se había dado cuenta de la masculinidad y fuerza que proyectaba aquel hombre cuando le había derramado el helado encima? Sólo una persona en su sano juicio podía apreciar el error de llevarle la contraria o de convertirse en su adversario... y al parecer ella había hecho precisamente ambas cosas.

Su corazón comenzó a impacientarse mientras recordaba que lo volvería a ver la mañana siguiente, sí, definitivamente estaba loca, pensó mientras sonreía, creyó que luego de salir de la oficina después de un no muy elocuente discurso las posibilidades de verlo nuevamente eran prácticamente nulas, lo había retado, su orgullo siempre hacía que se metiera en problemas, o que

no saliera de ellos.

—Le apuesto lo que quiera Señor Johnson —había dicho sorprendiéndose de la fortaleza de su timbre de voz— que su orgullo no le permitirá apreciar la maravillosa propuesta que nuestra compañía le ofrece para la gala benéfica, pero eso usted se lo pierde... y por segunda vez en menos de una hora, que tenga un fantástico día —y sin darle tiempo a réplica, sin siquiera haberle enseñado la propuesta se retiró y cerró la puerta con mucho cuidado, cuando lo que deseaba era lanzarla y hacer que todo el edificio se estremeciera.

Tenía que idear un plan de acción, Matthew definitivamente era de las personas que siempre tenía la última palabra, y ella no había permitido ni siquiera que se despidiera, a través de los pocos minutos que estuvo en su presencia pudo darse cuenta de ello, era un hombre muy atractivo y definitivamente con poder acostumbrado a hacer lo que le viniera en gana, pero con ella no sería igual.

—Idiota —dijo en voz alta mientras contemplaba la oscuridad a través de la ventana.

Ella no se convertiría en una de las marionetas a las que estaba acostumbrado a tratar, lo había desafiado y seguro esa era la razón por la que solicitó reunirse con ellas, quizás deseaba ponerla en evidencia delante de sus socias, explicarle detalladamente quizás haciéndose la víctima, que ella era la razón por la que no las contrataría, para no tener que relacionarse con una loca. Respiró profundamente, pensó en varias opciones por la que el Johnson solicitó la reunión, y lo más probable es que quisiera dejarla en ridículo frente a su socia, tenía la certeza de que su amiga se pondría de su parte pero ella no permitiría que Ale la defendiera, no se dejaría intimidar, y si tenía que decirle un par de cosas a ese hombre, que quizás nunca llegaría a ser su cliente, se las diría de la forma más cruel. Con esa decisión se fue a la cama, pero un par de ojos marrones la persiguieron durante toda la noche.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, Camila despertó con la convicción de que aquel iba a ser un gran día, Matthew podía agarrar su ego y toda su compañía y metérsela por algún sitio donde no ilumine el sol, no permitiría que la mirara con aquel aire de autosuficiencia que le quedaba muy bien, pensó mientras terminaba de retocar su maquillaje, siendo sincera era un hombre atractivo... extremadamente atractivo, y no por su físico, sino por la masculinidad con la que impregnaba cualquier lugar al que entrara.

Sacudiendo su mano frente al espejo, se libró de aquel pensamiento, ningún hombre por guapo... o en este caso exquisitamente guapo, podría humillarla, se había disculpado y aquello debió ser suficiente para apaciguar su mal humor. Pero una vocecita que estaba convencida en no escuchar le decía: “y si alguien te hubiese ensuciado con helado a ti”, reflexionó.

—Bahhh —dijo mirándose una vez más al espejo— debió de aceptar mi disculpa, hoy se lo dejaré claro.

—Alejandra —la llamó apenas entrar a la oficina, miró su reloj, sabía que su amiga madrugaba. Siempre era la primera en llegar a la oficina, por eso previó llegar temprano para ponerla sobre aviso del posible tema que Johnson trataría en la reunión, el día anterior no tenía la disposición de soportar las preguntas y posibles reproche de su amiga por teléfono— Ale —repitió mientras se dirigía a su oficina —señorita —expreso con falso reproche mientras abría se internaba en su oficina— es que no has escuchado que tengo rato llam... —la voz de Camila se cortó al reparar en la persona que ocupaba la silla frente al escritorio de su socia, con un traje a la medida de color gris oscuro Matthew se encontraba sentado como si fuera el dueño y señor del lugar, realmente la virilidad que aquel hombre exudaba por cada uno de sus poros era increíble— Buenos días Señor Johnson —expresó con una falsa sonrisa que no convenció a ninguno de los presentes —Alejandra, pensé que nos reuniríamos en media hora, disculpen mi tardanza.

—Has llegado a tiempo —le aseguró Alejandra— el señor Johnson, llamó esta mañana a ver si podíamos adelantar unos minutos la reunión, y bueno aquí estamos —sonrió a su amiga.

—Estoy seguro que la señorita... —Matthew tardó como buscando su nombre— Hurtado, no tiene inconveniente.

—Uzcátegui —lo corrigió— claro que sí... digo no— suspiró ante el enredo que ni ella misma entendía— quiero decir no hay problema —allí estaba él muy sonreído con una pequeña victoria, la había agarrado fuera de base, como se dice en el beisbol, aquello era la guerra, y ella no estaba dispuesta a perderla.

—Le explicaba la señor Johnson —dijo Alejandra

—Matthew por favor —la corrigió, sin pasar desapercibida la cara de asombro de Camila.

—Seguro —sonrió coquetamente Alejandra— bueno como estaba diciendo le estaba explicando a Matthew, que yo solo me encargo de la administración y aunque Elena es la que lleva el timón con respecto a los diseños, eres tú la que tiene la información de la propuesta que tenemos para su compañía.

—Ahh —articuló Camila hostilmente— es que el Señor Johnson no desea que yo le presente la propuesta, me parece que pue...

—No —la interrumpió consternada su socia, antes de que agregara algún comentario del que tuviera que arrepentirse— no es eso Camila.

Matthew se encontraba sonriente en su silla, mientras observaba como Alejandra le explicaba a Camila el motivo de aquella reunión, le sorprendió un poco darse cuenta que Alejandra no sabía nada con respecto a lo sucedido el día anterior, por lo que tuvo que remendar su plan sobre la marcha, estaba decidido a hacerle pagar a la rubia por su falta de respeto y soberbia. Al verla irse de su oficina, tan orgullosa como una mantis religiosa después de una letal cacería, su primera reacción fue un anatema, pero luego reparó en la carpeta que se encontraba en el asiento que durante breves minutos ella ocupó y su curiosidad lo llevó a admirar el trabajo y la propuesta que era aún mejor de lo que pensaba, ahora tenía ante él dos opciones —pensó— podía llamar a otra agencia y que se encargara de llevar a cabo la idea que ahora tenía en sus manos... eso sería muy fácil, pensó, y además no tendría la oportunidad de ver nuevamente a Camila, el otro camino era ir directamente tras ella y enseñarle un par de lecciones que estaba decidido a que aprendiera, tendría un trabajo de calidad y disfrutaría haciéndole pasar unos cuantos malos ratos a la impetuosa rubia. Inmediatamente había pedido a su secretaria que organizara una reunión para el siguiente día y que solicitaba la presencia de Camila Uzcátegui.

Pero fue esa mañana cuando decidió irse más temprano y esperar frente a la oficina, de esa manera utilizaría el elemento sorpresa, pensó que Camila sería la primera en llegar, pero al ver a Alejandra decidió llamar para hablar primero con ella, y se felicitó por su iniciativa, la expresión en la cara de aquella mujer al percatarse de su presencia en la oficina de su socia fue de concurso, ninguna actriz de Hollywood ganadora de un Oscar podía imitar aquella sorpresa, luego disfrutó con su aturdimiento cuando le había solicitado a su amiga que lo tuteara mientras que a ella le exigía un trato formal.

—... allí está la carpeta que dejaste en su oficina, Matthew ya la revisó y me ha dicho que le gusta, pero que tiene varias preguntas y yo le explicaba que solo tú podías responderle.

—Y ¿Cuáles son esas preguntas?

—Camila —la regañó sutilmente su amiga ante su falta de tacto— porque no te diriges a la sala de conferencia y le haces una presentación a nuestro cliente, mientras yo me encargo de pedir algo para desayunar y los alcanzo en unos minutos.

—Me encantaría —expresó Matthew mientras se colocaba de pie— si no es mucha molestia.

—Por favor sígame —expresó Camila mientras le señalaba la puerta— será un placer explicarle nuestra propuesta—. ¿Qué pretendía aquel hombre? Pensó consternada, la hizo quedar como una verdadera idiota, y allí se encontraba él, con una sonrisa cautivadora que la retaba a ganarle, a no bajar la guardia, nada de lo que planeó iba a suceder, así que se adaptaría, no podía permitir perder nuevamente la calma, eso le daba poder.

Matthew la siguió por el pasillo, admiró su entereza para reponerse rápidamente de la situación en la que la había colocado y aprovechó para también apreciar la sinuosidad de sus caderas al caminar, los rulos que adornaban su espalda, su masculinidad despertó sin que pudiera hacer nada para refrenarla, se regañó no era para eso por lo que estaba allí... ¿o sí? Le resultaba muy tentadora la idea de enseñarle algunas lecciones también en la cama, las mujeres habían dejado de convertirse en un reto, eran muy complacientes para su gusto, muy superficiales y acomodaticias, sólo buscaban una cosa de él y lo sabía, esa era una de las consecuencias de ser tan solvente económicamente.

—Señor Johnson, ¿tiene algo que decirme? —lo atacó Camila al entrar en la sala de reuniones.

—Sí —respondió con la mirada impenetrable— me debes —y sonrió.

—¿Qué?... —casi gritó— ¡que le debo!, qué clase de locura es esa, a menos que se refiera a la factura de la tintorería en ese caso...

—Sí, me debe —la interrumpió y tras un segundo de silencio en el que pareció meditar continuó diciendo— he imaginado que es usted una mujer de palabra.

—Pues claro que lo soy —respondió automáticamente sin darse cuenta que estaba cayendo en la trampa.

—Ayer, antes de salir de mi oficina me dijo que apostaría lo que fuera a que mi orgullo me impediría apreciar su oferta, pero ya ve que estoy aquí, precisamente haciendo lo contrario, así que como puede apreciar yo gane su apuesta. Y ya que me gusta ganar vengo a reclamar mi premio.

Más tarde, en la tranquilidad de su casa, Camila reiría pensando en todas las opciones que le pasaron por la cabeza para golpear a su cliente después de haber escuchado aquella pretensión, con la cartera, con el zapato, la silla, la lámpara que se encontraba sobre la mesa, incluso con un vaso de vidrio que tenía la impresión que era pesado, el cinismo era evidente y su arrogancia le aseguraba el triunfo, cada vez que se veían ella perdía la paciencia y se comportaba de una manera poco profesional, así que tenía que cambiar de estrategia, jugaría su propio juego, bajo sus reglas, al final solo habría un ganador... ella.

CAPÍTULO IV

—Matthew es muy agradable —comentó días después Alejandra mientras almorzaban cerca de la oficina.

—Pues a mí no me parece nada agradable —dijo Camila—. Es un pedante, odioso, majadero, engreído,...

—Epa...para el carro —la interrumpió su amiga— ahora si me vas a decir que es lo que está pasando entre ustedes, ah no —expresó mientras sacudía su mano— no pongas esa cara y ni se te ocurra decirme que no pasa nada —le advirtió— he dejado pasar varios días esperando que te decidieras a contarme, pero en vista de que no ocurre, bueno, explícame que es lo que pasa.

—Te estas imaginando cosas —respondió en un gruñido.

—¡Cosas! —replicó exasperada— ¿crees que no me he dado cuenta? Cada vez que menciono su nombre te pones a la defensiva —después de unos segundos agregó casi en un susurro—, además es un hombre muy atractivo y no has hecho ni un comentario, ni siquiera has coqueteado —la acusó.

Camila reflexionó acerca del comentario de su amiga, pero, ¿cómo explicarle algo que ni ella misma entendía? Los nervios la atacaban cada vez que tenía que ponerse en contacto con Matthew y eso que hasta ahora solo habían hablado un par de veces por teléfono luego que saliera de la sala de conferencia.

Era raro pero extrañaba la intensidad de la mirada de aquellos ojos marrones que la hacían perderse en ellos hasta hacerla sentir... hacerla comportarse como...como... la propia idiota, se regañó.

—¿Te acuerdas del accidente del helado? —preguntó decidida a contarle todo a su amiga— bueno, el idiota que me tropezó es el fabuloso señor Johnson.

Bajo la atenta mirada de su amiga, Camila le contó todo lo sucedido, la forma en la que lo ensució con el helado, la estupefacción que tuvo al entrar en aquella oficina y encontrarse con el mismo hombre, luego la humillación que sintió cuando se disculpó y él no la había aceptado, la forma despectiva en la ella abandonó aquella reunión, sin darle siquiera la oportunidad de decir una palabra.

—Por eso es que no me ves suspirando ni siendo amable con él —suspiró— ni viceversa.

—No entiendo —dijo Alejandra pensativa— entonces porque buscó trabajar con nosotras, además tampoco me mencionó nada de cómo lo trataste y ha tenido varias oportunidades para hacerlo.

—Eso creo que sí lo sé —comentó Camila luego de sorber un poco de sus bebida y le explicó lo sucedido en la sala de conferencia, Matthew le había explicado que los diseños y el presupuesto estaban acorde con lo que su compañía quería y que trabajar con ella era un adicional que no esperaba y que ansiaba reclamar el premio de la apuesta que ella misma había propuesto sin darse cuenta.

—¿Apuesta? Y ¿Cuál es el premio? —preguntó Alejandra.

—Eso no me lo dijo —se lamentó— su respuesta fue que todo a su tiempo —expresó imitando su timbre de voz y aquel casi imperceptible acento.

Se había consumido el tiempo del almuerzo y todavía las amigas se encontraban enfrascadas en una serie de hipótesis con respecto a lo que le pediría como recompensa Matthew. Alejandra asomó la posibilidad de que él sintiera atracción por su amiga, pero fue una idea desechada, para Camila sólo era su ego lo que lo motivaba y ella no caería en su trampa.

—Se nos ha pasado el tiempo volando, debemos volver.

Esa tarde les esperaba una invitación para una cena donde Johnson y Asociados celebrarían entre otras cosas anunciarían la fecha para el acto benéfico del que ellas tendrían que encargarse.

Dos días después Alejandra y Camila, entraban en el hotel donde se celebraría la recepción, el salón estaba finamente decorado con arreglos florales blancos y amarillos ubicados estratégicamente alrededor, las mesas redondas creaban un patrón con los manteles con las que estaban cubiertas, doradas y blancas engalanada en su centro con velas de diferentes tamaños que permitían la conversación entre los asistentes y que a su vez, en la sencillez y candidez del entorno dejaba claro la opulencia del mismo. Era una cena de aniversario de los 25 años de fundación de Johnson y Asociados, donde comenzaría formalmente la cuenta regresiva a la gala benéfica que ellas llevarían a cabo.

Un joven atento, luego de chequear sus nombres entre la lista de invitados, las guió hasta sus respectivos asientos, donde sus nombres estaban elegantemente escritos en una cartulina de hilo con letras doradas, solo dos personas más se encontraban en aquella mesa, mantuvieron una charla agradable, acerca de temas sin importancia, aquellos que eran usuales entre desconocidos que eran obligados a compartir una velada.

Camila comenzó a jugar con la cartulina que contenía su nombre mientras que Alberto, uno de los asistentes, comentaba lo agradable que estuvo el clima en su última visita a París, cuando la misma cayó al piso, trató de disimular un poco mientras sonreía y aportaba algún ingenioso comentario a la conversación que se llevaba a cabo, aprovechó de inclinarse y recoger la tarjeta que estaba a un lado de su silla cuando llegaron otros invitados a su mesa, con el borde de sus uñas logró tomarla y se incorporó como si nada hubiese pasado, pero al colocarla sobre la mesa, algo llamó su atención, en el dorso de la tarjeta, en tinta negra, con una caligrafía masculina decía “*Srta. Hurtado, Ada*”.

Matthew supo el momento exacto en el que Camila encontró el pequeño mensaje que momentos antes de que comenzara la recepción escribió detrás de aquel trozo de cartulina, lo primero que apreció fue su sonrisa, aquel rostro enmarcado por rizos rubios parecía resplandecer, fue como si rodeados de toda aquella multitud entre ellos existiera un secreto que no le pertenecía a nadie más, y antes de que se diera cuenta él también estaba sonriendo se preguntó si su rostro transmitía la misma complicidad que el de Camila. Luego la vio fruncir el ceño y se descubrió haciendo lo mismo, idiota, se reprochó, ya luego se enteraría la razón por la que la expresión de aquella mujer había cambiado, después de verse tan atractiva y pícaro. Tomó una profunda respiración mientras reflexionaba en el rumbo que emigraban sus pensamientos, cuando escribió aquella nota lo que esperaba era verla desconcertada, molesta e indignada, pero no fue eso lo que obtuvo y sin embargo se sentía pleno, agradecido por aquella complicidad...

—Ya vamos a comenzar señor Johnson —le llamó Raúl su asistente, alejándolo de las cavilaciones en la que se encontraba— sólo esperamos por usted.

¡Rayos Matt!, se autocensuró, deja de estar pensando tonterías y ocúpate de los invitados, tienes un compromiso que cumplir, y allí estaba como un adolescente espiando detrás de la puerta de servicio, escogió ese lugar porque de allí podía observar sin ser visto, admiró nuevamente a Camila, que constantemente barría el lugar con la mirada ¿buscándolo? eso esperaba.

—Entonces comencemos —dijo solemnemente mientras se dirigía a su mesa, allí lo esperaba Paola, una joven modelo con la que había salido un par de veces, no era conveniente que estuviera sin una acompañante esa noche, por eso su asistente hizo los arreglos necesarios. Como siempre hacía para aquella clase de eventos, nunca llegaba acompañado, siempre enviaba a un chofer, de esa manera se aseguraba de mantener a distancia a todas esas mujeres que deseaban algo más que una esporádica relación, que era lo único que quería ofrecer, nada más, ¿para qué atarse a una sola flor, cuando se encontraba en un jardín en plena primavera?

Al llegar junto a la mesa, tomó la mano de Paola y la besó, se acercó para susurrarle en el oído las palabras que a cualquier mujer le encantaba recibir de su cita después de haber tardado cualquier cantidad de tiempo frente a un espejo hasta parecer aceptable, sin embargo, para él menos siempre era más, no entendía porque Paola, con aquellos ojos azules tan lindos, tenía la manía de opacarlos con tanto maquillaje, no era que se viera mal, pero... aun inclinado como sólo le es permitido a un amante sobre su compañera, levantó la mirada y se encontró fijamente con los hermosos ojos color miel de Camila, que apreciaba la intimidad de Matthew con su amiga, inmediatamente dejó de hablar, su mente estuvo en blanco, no se esperaba aquella reacción hasta que sintió sobre su mejilla la palma de Paola, que agradecida por los halagos escuchados, se acercó y besó tenuemente sus labios, después de sonreírle buscó a Camila, pero no estaba en su mesa, ¿en qué momento aquella mujer había desaparecido?

Era impresionante la cantidad de personas que podías llegar a conocer en un evento como ese, Alejandra y Camila hablaron con todas las que pudieron, estaban haciendo un trabajo de inteligencia, como sugirió Camila, con el propósito de evaluar las ideas que se propusieron o por el contrario ofrecer nuevas estrategias, que fueran más receptivas e innovadoras que contribuyeran a la recaudación que se llevaría a cabo en pocas semanas. Los discursos emitidos por algunos miembros de la directiva y fundadores fueron muy emotivos y estaban diseñados para motivar a los empleados e inversionistas que se encontraban en aquella gala.

—¿Disfrutando de la fiesta señorita Hurtado?

No hizo falta ni la autenticación visual, ni el error con respecto a su apellido, para que Camila supiese la identidad de la persona que se dirigía a ella desde su espalda, la potente voz de barítono, el disimulado acento y la respuesta de todas las células de su cuerpo ante aquel envolvente sonido, quiso alejarse, pero una fuerte mano la detuvo cuando trató de hacerlo.

—Ada, ¿es que no me escuchaste o que no deseas hablar conmigo? —preguntó austeramente.

—¡Señor Johnson! —exclamó con fingida sorpresa —no me había dado cuenta que se dirigía a mí —sonrió— al parecer ahora no tiene problemas solo para recordar mi apellido sino también mi nombre —acercándose de manera discreta mientras observaba a su alrededor y bajando su tono de voz hasta parecer un susurro continuó— debería ir a un médico y contarle lo que pasa, los problemas de la cabeza pueden ser muy serios.

—Imagino que lo sabe por experiencia propia —replicó mientras que con la misma actitud de sigilo se acercó aún más de lo que ella había hecho segundos antes y preguntó— ¿se tomó sus pastillas o corremos el riesgo de que se desate un vendaval en este recinto?

Camila lo observó estupefacta, ese hombre tenía la propiedad de sacar lo peor de ella definitivamente, quería tomar una copa y vaciarla sobre su esmoquin, desde que lo había visto con aquella mujer apreció lo maravillosamente bien que se veía con aquel traje negro que resaltaba su altura, pero de cerca se veía aún mejor, estaba para comérselo.

—Parece que la he dejado sin palabras Ada.

—Camila —lo corrigió —Camila Uzcátegui, ¿nadie le ha dicho que es de muy mal gusto

equivocarse con los nombres de las personas?

—No me he equivocado Ada —respondió desvergonzadamente— verás cuando pienso en una palabra que pueda describirte, todas terminan en Ada, así que pensé que era un nombre que se amoldaba mejor a ti.

—¿Ada? no me dirás que ahora piensas que soy un Ada madrina —se quejó.

—No, definitivamente no —dijo maliciosamente— pensaba más bien en palabras como chiflada, desquiciada, turbada, trastornada, dislocada.

—Ja, ja, ja. —dijo sin emoción Camila articulando cada sílaba— muy gracioso.

—Créeme si fuera gracioso hasta yo me reiría, pero dime ¿Qué te ha parecido la recepción?

Camila aprovechó para darle algunas opiniones que había visto desde su punto de vista profesional, Matthew observaba la manera apasionada en la que hacía cada una de sus observaciones tanto positivas como negativas planteándolas desde una perspectiva que no buscaba originar daño ni incomodidad sino más bien como sugerencias que debían ser tomadas en consideraciones para ocasiones futuras, admiró eso de ella.

—Y realmente la banda encargada de la música está muy bien seleccionada, el repertorio es exquisito e invita a bailar —terminó su pequeña evaluación.

—Deberíamos hacerlo —sugirió Matthew —bailar me refiero

—¿Juntos? —preguntó cautelosa

—Creo que esa es la manera correcta

—Le diré una cosa Señor Johnson —dijo sin pasar por alto su altanería— hagamos un trato, bueno si se cree lo suficientemente audaz para hacerlo —lo retó y esperó hasta que hizo una confirmación con un gesto que le indicaba que prosiguiera— usted escoge una persona para que yo baile y yo haré lo mismo con usted, si al cabo de tres piezas usted consigue bailar con la dama que yo le sugiera, bailaré con usted todas las piezas que desee, si logro hacer que el caballero que usted escoja baile conmigo entonces será solo una pieza, pero si usted falla no bailaremos nada, ¿no le parece entretenido?

—¿Ve aquel hombre de cabello negro, con lentes que está en la punta de la barra hablando con el mesero? —expresó aceptando tácitamente el reto propuesto tan rápido que Camila dudó por un momento pensando si él podía habersele anticipado a una idea que apenas pasó por su mente, aun desconcertada asintió— su nombre es Tom Adams, es soltero y vino sin acompañante, por lo que no tendrá problemas con alguna mujer celosa.

—Excelente, no había considerado esa opción —reveló la rubia con una sonrisa, era su turno de ponerlo en un aprieto— ahora, en la mesa que esta al final de esta fila, se encuentra una adorable señora de vestido negro y cabellos grises, esa será su pareja —cuando Matthew se dio vuelta y reconoció a la mujer que había señalado Camila hizo un gesto que trató inmediatamente de ocultar pero que no pasó desapercibido por la mujer que tenía cara de triunfo cuando alargó su mano para agregar —¿tenemos un trato o prefiere retirarse?

—Claro que lo tenemos —apretó su mano y jalándola hacia él hasta que sus rostros estuvieron cerca de rozarse agregó: —todas las canciones que yo desee —y le hizo un guiño antes de retirarse.

Camila lo vio acercarse a la mesa donde se encontraba aquella mujer y luego de un par de minutos sonrió y se puso de pie tendiéndole la mano a la mujer que con una gran sonrisa la tomaba para dirigirse a la pista de baile. Su sorpresa fue grande, había escuchado minutos antes a esa vieja quejarse de todo lo que le rodeaba, de la gente, de la iluminación, de la decoración, y había decretado que por nada del mundo la verían en aquella pista de baile “haciendo el ridículo” tenía

que moverse rápido, buscó con la mirada a Tom, por un momento no logró verlo, sus nervios se incrementaron, donde se había metido aquel hombre, ya Matthew se encontraba bailando con su pareja, esa que era incapaz de mantener su palabra —se quejó mentalmente. Al fin alcanzó al caballero y se dirigió a toda velocidad a su alcance.

—Tom —le llamó cuando estuvo a una corta distancia y sonrió mientras que el hombre la observaba sin saber quién era— disculpa el abuso, pero me harías el inmenso favor de bailar conmigo.

—¿Perdón? —respondió visiblemente sorprendido como si la pregunta le hubiese ofendido, ¡rayos! Pensó Camila en que problema se había metido ella solita.

—Sé que no me conoces —continuó tratando de convencerlo— y que no es lo usual que una chica se acerque a un caballero con semejante proposición, pero no te lo pediría... si no fuera importante —dijo tratando de utilizar las palabras correctas.

—Definitivamente no me conoce señorita, de lo contrario sabría que nunca bailo, no es una actividad que disfrute —puntualizó.

—Ni siquiera tiene que ser una pieza completa —suplicó— solo un ratito

—Mi amigo Adams, ya veo que conociste a Ada

—Camila —lo corrigió.

—Hurtado —continuó

—Uzcátegui —volvió a corregirlo ante la mirada divertida de Tom.

—Estoy confundido

—Soy Camila Uzcátegui, lamentablemente el señor Johnson parece tener una pequeña dislexia en lo que a mi persona se refiere.

—Cami te estaba buscando —dijo Alejandra al llegar al pequeño grupo —Señor Johnson —saludó— muy linda recepción

—Matthew por favor —la corrigió, después agregó: —gracias, espero que la esté disfrutando Camila puso los ojos en blanco, Tom sonrió.

—Alejandra te presento al señor Tom Adams, Tom ella es Alejandra mi socia y gran amiga.

La segunda canción estaba llegando a su fin, mientras que hacía las presentaciones.

—Le diré una cosa señorita Uzcátegui —dijo Tom.

—Camila por favor

—Hermoso nombre —agregó— Camila, no suelo hacer estas cosas, pero como el día de hoy parece ser diferente a cualquier otro, aceptaré bailar con usted, si puede garantizarme una cena con su amiga y por supuesto con usted, estoy seguro que Matt no tendrá inconveniente en unírseos.

—Cuenta con eso —expresó triunfante, mientras que tomaba su mano y se dirigía a la pista de baile bajo la desconcertada mirada de Matthew y Alejandra.

Tom resultó ser un excelente bailarín, sus pasos estuvieron acompañados con la música, se veía relajado y hasta parecía disfrutar, se mantuvieron en silencio dejando que las notas fluyeran entre ellos creando un agradable ambiente que les permitió estar a solas con sus pensamientos reflexionando en el pasado, el presente y el futuro. Camila sintió que su pareja la acercaba más a ella estrechándola en un abrazo, sonrió, porque a pesar de estar bailando con ella Tom se encontraba muy lejos de allí.

—Gracias por esto —expresó Camila al terminar.

—Gracias a ti Camila —dijo y se acercó para depositar un suave beso en su mejilla —no te imaginas lo que esto significa para mí —sonrió— no sé qué es lo que Matt y tú se traen entre

manos, pero no creo que le haya gustado verte entre mis brazos

—Lo único que hay entre los dos —replicó rápidamente— es un helado de fresa y chocolate.— la risa de Tom se hizo presente mientras colocando una mano en la parte baja de su espalda la dirigía hasta donde se encontraban sus respectivos amigos, ante la mirada atenta de los presentes-

—Así que eres la loca del helado —no fue una pregunta.

—Yo diría más bien la impulsiva —respondió a tono de broma.

Aun reían cuando llegaron con los todavía atónitos Matthew y Alejandra.

—Aquí tienes mi tarjeta —le extendió Tom— para la cena —luego agregó dirigiéndose a su amigo—. No sé qué papel juegas aquí Matt, pero gracias.

—¿Nos vamos? —Preguntó Alejandra interrumpiendo el incómodo silencio que se produjo entre ellos. Aun mirando a su amigo con una expresión indescifrable fue Matthew el que respondió.

—¿Te importaría si me encargo de llevar a la señorita Hurtado...

—Uzcátegui —corrigió Camila

—... A su casa? —continuó sin prestar atención a la corrección, como todos lo observaron de manera sorprendida continuó— tú no tienes inconveniente ¿verdad? Aún tenemos un asunto pendiente.

Camila veía fijamente la profundidad de los ojos castaños que parecían advertirle acerca de su comportamiento y respuesta, en su mirada veía oscuridad, provocación y frialdad, nadie a su alrededor parecía notar la tensa atmósfera que a ella le parecía palpable... entonces ¿Por qué le agradaba provocarlo? ¿Por qué se sentía como si hubiese llegado a su hogar?

—Pero no me lleves tarde —contestó tratando de dar la impresión que ella tenía el control de la situación... rió para sus adentros, qué control y qué nada.

Mientras continuaba la fiesta Alejandra trató de averiguar lo que estaba sucediendo con su amiga, mañana te contaré, fue su escuálida respuesta, ni ella misma entendía, sentada desde un rincón del salón observaba los fluidos movimientos de Matthew, parecía estar en su ambiente, hablaba con todos, reía y siempre estaba rodeado de alguna mujer, mejor dicho de alguna hermosa mujer, ¿en aquella fiesta no había mujeres feas o desarregladas? Y todas estaban interesadas en él, bueno eso no tenía que incomodarle, el señor Johnson solo era un cliente y uno muy irritante.

Había transcurrido una hora desde que se despidió de Alejandra y era la cuarta vez que Matthew la buscaba con la mirada, no importa con quien estaba ni lo que estuviese haciendo, siempre volvía la mirada a ella como si esperara que escapara en algún momento. Sonrió, cómo se nota que no me conoce, pensó, jamás huyo de un reto, y él definitivamente era uno. Comprobó su teoría y se sentó en una mesa más alejada de la que se encontraba, se sintió triunfante cuando Matthew la buscó con la mirada y no la encontró, parecía inquieto, dejó de hablar y se apartó del grupo, transcurrieron apenas cinco segundos hasta que la dio con ella, la expresión de aquel hombre era indescifrable, ella le dedicó una hermosa sonrisa y tomó un trago de su copa.

Poco a poco los invitados se fueron retirando, solo quedaban los mesoneros que comenzaron a retirar las copas y a despejar el lugar, al divisar a su alrededor no encontró a Matthew, hace cinco minutos se dirigió a la puerta con las últimas personas en retirarse, ¿la había dejado sola? ¿Era ese su plan desde el principio? Con el juego de la búsqueda se había cambiado de mesa en dos o tres ocasiones y se encontraba en un rincón muy alejado y casi oculto, en todas las ocasiones la encontró rápidamente, pero le agradaba ver aquella expresión de desconcierto, miró su reloj, si en un minuto no aparecía ella...

—¿Impaciente Ada?

Retumbó aquella potente voz a su espalda, inmediatamente la ansiedad se apoderó de ella, la expectativa acerca de lo que pasaría en los próximos minutos, sus manos comenzaron a sudar, ¿siempre era tan estúpida? Se preguntó.

—Camila —corrigió— ¿siempre eres así de disléxico?

—Tú haces aflorar lo mejor de mí —respondió sarcásticamente mientras tomaba asiento a su lado, colocó una botella abierta de champaña y dos copas limpias, ¿cansada de jugar a las sillas? —preguntó haciendo referencia a las veces que cambió de lugar. Toda la respuesta que obtuvo fue una audaz sonrisa que reflejaba la pequeña victoria que ella se concedía.

—¿Qué pasó con tu hermosa acompañante? —preguntó al cabo de un minuto de silencio

—¿Celosa? —contraatacó mirándola como si esperara que su expresión la delatara.

—Para nada, sólo quería saber si nos acompañaría, después de todo es tu pareja y no creo que nuestro asunto se extienda durante mucho tiempo.

—Brindemos —dijo mientras extendía una copa en dirección a ella— por una apuesta bien pagada.

—Salud.

Después de aquel brindis, se relajó la tensión entre ellos y mientras degustaban de una segunda y tercera copa comentaron algunos aspectos de la reunión y del próximo evento benéfico. Matthew admiraba la pasión que adornaban las palabras de Camila cuando se refería al trabajo y a lo que pretendían lograr, pero sobretodo le encantaron sus gestos, la forma en que retiraba algún mechos de cabello o como sin darse cuenta se pasaba el dedo índice por la ceja derecha, como si corrigiera alguna imperfección.

—¿Bailamos? —preguntó al darse cuenta de que había monopolizado la conversación.

—¿Impaciente por estar entre mis brazos?

—Por irme —dijo secamente

—Seguramente prefieres estar entre los de Tom... dijo entre dientes— ¿Qué música prefieres? —preguntó pícaramente

—Un excelente bailarín, se mueve muy bien en la pista —dijo, para luego agregar: —Uptown funk de Bruno Mars, es lo que prefiero

—Muy graciosa, yo pensaba en algo más suave, quizás un vals.

—Parece que eres tú quien quiere tenerme entre sus brazos —observó cómo se oscurecía la mirada de Matthew— tu ganaste, decide lo que bailaremos —luego agregó— quizás debamos dejarlo para otro momento.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo?

—No —respondió burlonamente— me refiero a que ya desmontaron el sonido —aclaró triunfante, mientras se colocaba de pie.

—Eso no es problema, ¿crees que no había pensado en eso? —sacó de uno de los bolsillos de su pantalón su móvil, tecleó la pantalla varias veces, luego tomó unos audífonos, le ofreció un auricular a ella mientras él se colocaba el otro— ¿bailamos?

La mente de Camila era un vorágine de sentimientos e ideas que se cruzaban entre sí, tomó la mano de Matthew y se concentró en escuchar los suaves sonidos de la melodía que le llegaba a través del aparato auricular, la fortaleza de los brazos de su acompañante la dejaron neutralizada y aunque esperaba comportarse distante y rígida, se encontró cada vez más cerca de aquel cuerpo que la embriagaba con su olor, se sintió protegida y disfrutando de aquel momento cerró los ojos para dejarse llevar.

Matthew no entendía como todo a su alrededor había desaparecido, lo único que importaba

eran los acordes de la melodía que sentía retumbaba por todas partes, la suave anatomía de Camila se amoldaba perfectamente a la suya, estaba perdiendo el control de la situación, la respuesta de su cuerpo era evidente y trató de disimularla, hizo una intensa inhalación, he inmediatamente se dio cuenta de su error, el aroma a flores silvestre y primavera que inundó sus sentidos terminaron por llenarlo de un anhelo desconocido. Abrazó con más fuerza a su pareja tratando de salvar la distancia que los separaba, hasta la ropa comenzó a ser una interferencia, su mano se deslizó suavemente a través de la espalda de Camila, que parecía disfrutar de todas aquellas atenciones.

Cuando la pieza que escuchaban se acabó, Camila se apartó bruscamente como si por fin se hubiese percatado de lo cerca que estaban y de la tensión sexual que se había creado entre ellos.

—Ya puedes darte cuenta que es cierto lo que dicen —expresó Matthew en tono sarcástico, no quería que se evidenciara lo vulnerable que se sintió momentos antes— la música calma hasta a los locos más furiosos y desquiciados... como tú Ada —terminó mientras tocaba con su dedo índice la punta de la nariz de Camila.

No sabía que era peor, si haber disfrutado de aquel baile o ver la cara de triunfo que en esos momentos le restregaba Matthew, ¿ese hombre no se cansaba de humillarla y de doblegarla las veces que quería? Cegada por la ira y la impotencia, tomó la copa medio llena que se encontraba en la mesa y lanzó su contenido a la cara de Matthew. Con una rapidez que no vio venir, se encontraba con la espalda pegada en la pared y con un camión que imposibilitaba sus movimientos, solo que el camión arrollador no era otro que Matthew con una expresión de pocos amigos.

—Vas a tener que aprender a respetar señorita.

Por un momento tuvo miedo de lo que fuera a hacer y no por la violencia que era palpable en sus ojos, sino por las ansias con la que esperaba que la besara, porque era eso lo que esperaba que hiciera, sus rostros estaban tan cerca que sentía el calor de cada una de sus expiraciones. De pronto, la expresión de aquel hombre cambió al momento que se percataba que como descendía desde su cabeza el contenido restante de la botella de champaña.

El muy desgraciado, en vez de besarla, como dictaban todas las historias y anécdotas habidas y por haber, la bañaba con extremo placer con el contenido de la champaña que momentos antes estaba sobre la mesa, aún estaba fría, trató de zafarse, pero la fuerza que ejercía el cuerpo de Matthew sobre ella imposibilitaba cualquier movimiento, él también se estaba mojando pero no le importaba, dominaba la situación de manera perfecta.

Definitivamente el frío de la bebida que empañaba parte de su cuerpo era lo que necesitaba para calmar el calor que momentos antes sintió, se dijo Matthew, cuando vio el rostro furioso de Camila se adelantó a acercarse a su oído y susurrarle.

—Si gritas te voy a besar.

La amenaza surtió efecto, se quedó tranquila esperando que el líquido de la botella se terminara ¿era que no se acabaría nunca? Ya estaba toda chorreada. Cuando por fin la dejó en libertad, fue hasta la mesa y tomó su cartera con toda la dignidad que fue capaz de reunir, tras alejarse un par de pasos se dio vuelta y se acercó a un sonriente Matthew.

—Eres... eres... —dijo sin lograr que las palabras fluyeran de su boca.

—Soy... —se burló de su incapacidad de expresarse

—Eres un desgraciado, mal nacido, grosero, idiota, estúpido...

—Gracias por lo halagos —la interrumpió.

—Y como dicen los españoles un completo gilipollas.

La forma en que lo dijo, su expresión, su rostro, su cabello mojado lo hicieron sonreír, se veía tierna a pesar de toda aquella furia que le resultaba imposible de contener.

—Y... ¿sabes lo que significa eso? —preguntó.

—No, no lo sé —touché pensó— pero espero que sea algo tan desagradable e insultante como todas las cosas que estoy pensando y que por decencia a mí —recalcó— no las digo —se dio la vuelta y se marchó percatándose de las miradas de los meseros que observaron de lejos la escena.

CAPÍTULO V

Mientras caminaba, Camila fue poco a poco liberándose de toda la tensión que albergaba, momentos antes, cuando salía del hotel, en la recepción todos la quedaron viendo con disimulo y aunque trató de conseguir un taxi, ninguno quiso llevarla porque estaba mojada, por lo que decidió caminar, su casa quedaba bastante lejos del lugar en el que se encontraba, pero esperaba secarse lo suficiente y entonces unas calles más adelante podría tomar algún medio de transporte, ahora reía ante lo absurdo de la situación, no podía creer que se comportara como una adolescente y que Matthew le siguiera el juego era aún más platónico.

Pensaba en su cliente, él era un hombre de negocios reconocido en el mundo empresarial, era atractivo y siempre estaba rodeado de mujeres o más bien modelos, ¿será que tenía un catálogo donde escogía a la Barbie con la que quería salir?, no, para él no era un juego, era venganza por lo sucedido con el helado, era su forma de decirle que estaba al control y que ella solo era... ¿qué exactamente pensaba que era? Definitivamente una loca.

Si hubiese un marcador apuntando las anotaciones ella definitivamente estaba en desventaja, se podía adjudicar algunas batallas ganadas, pero eran muy pequeñas con respecto a la de su oponente.

—Sube —le ordenó una voz desde un vehículo color oscuro que podías ser negro o azul, la voz la sacó de sus cavilaciones, se detuvo y reparó en la persona que se dirigía a ella. Matthew. Ahora sí era una completa adolescente, estaba nerviosa y su corazón latía a toda prisa.

—Vamos Camila, sube que es tarde para andar caminando sola por la calle.

Por un momento pensó en negarse, en que su orgullo dirigiera sus acciones y mandarlo a buscar un GPS para que lograra por fin ubicarse, pero la verdad era que tenía temor de seguir sola por la calle, le aterraba que pudieran abordarla algunos maleantes y tenía un poco de frío.

—Gracias —expresó Camila mientras subía al vehículo y se colocaba el cinturón de seguridad, no lo dudó.

—¿A dónde pensabas ir a esta hora? ¿sabes los peligros a los que te expusiste caminando por estas calles oscuras? —la recriminó alzando cada vez más la voz, evidentemente se encontraba indignado— era más fácil quedarse en el hotel, más inteligente.

—Te recuerdo, que gracias a ti me encuentro en esta situación —replicó un poco ofuscada por la reprimenda, ¿cómo se atrevía a regañarla cuando era él el causante de toda aquella parodia en la que se encontraban? —tú —continuó diciendo con voz enérgica y señalándolo con su dedo índice— sí tú que tuviste la brillante idea de ducharme con una botella de champaña.

—No era cualquier champaña... sólo la mejor —dijo pícaramente mientras le hacía un guiño.

Matt, estaba encantado con aquella discusión, apreciaba el brillo en la mirada de Camila cuando su furia se reflejaba en ellos y aunque sabía que no debía pensar en aquello y que era más sano alejarse, le parecía genial que una mujer discutiera con él, sin reserva, sin pensar que podría alejarlo y perder los beneficios de su relación: joyas, restaurantes, conciertos... todo lo cual se traduce en dinero, claro, con ella no había más que una relación comercial, que al parecer no tenía temor de perder.

—Ningún taxi quiso llevarme —la voz de Camila interrumpió sus cavilaciones— y el hotel no

tenía habitaciones disponibles.

—Estaba la mía.

—Y seguro yo fui corriendo —expresó con sarcasmo, luego de un incómodo silencio comenzó a reírse sin parar, le dio la dirección a Matthew entre risas y aunque trató de tranquilizarse no pudo hacerlo.

—¿A qué se debe tanta risa?

—Hubieses visto la cara de la recepcionista cuando me acerque a pedir una habitación —no sabía si ofrecerme una toalla o llamar a seguridad para que me sacara de allí —luego de un momento él se unió a ella.

—Y tú debiste ver la del valiente mesero que se acercó con unas servilletas y con cara de susto cuando dijo “señor, puede... mmm... que necesite esto”, estoy casi convencido que entre todos los que estaban allí echaron suertes para ver quién era el afortunado de acercarse a mí.

—¿Qué le dijiste? —preguntó en medio de carcajadas imaginándose la situación.

—Nada, pobre hombre, con la mirada nada más bastó para que se retirara.

—Pobrecito —se compadeció Camila que no paraba de sonreír —pero creo que entre todas las caras y expresiones, el del portero que trató de conseguirme un taxi fue la mejor... ¿cómo sabías que estaba caminando?

—Te estaba observando, quería asegurarme que tomabas un taxi para regresar —las risas ya habían cesado— y cuando vi que comenzaste a caminar, bueno decidí rescatarte de los peligros de una noche tenebrosa.

—Gracias —dijo cortésmente, luego de meditarlo un poco preguntó— ¿decidiste pasar de verdugo a salvador?

—Soy multifacético —respondió con una seductora sonrisa.

Camila reparó en su acompañante, estaba casi tan mojado como ella, despeinado y extremadamente sexy. Era un hombre en todo el sentido de la palabra.

—Lamento haberte arruinado la noche —se disculpó— imagino que estropeé tu cita.

—¿Mi cita? —preguntó Matthew desconcertado.

—Sí con la mujer que te acompañaba, supongo te estará esperando —no sabía de donde le había salido aquello, no era su problema lo que su cliente hiciera o dejara de hacer, quizás daría una impresión equivocada, o mejor dicho la correcta pero que no quería que él la supiera.

—No, no has arruinado nada, porque nadie me espera, ella solo es... —trató de buscar la palabra adecuada— una amiga, que me hace el favor de acompañarme en algunos eventos sociales, donde no debo llegar solo —aunque quería picarla e inventarse una gran cita, no podía mentirle en eso, quería que ella supiera la verdad, que era un hombre sin ningún tipo de ataduras.

—Pero llegaste solo —replicó desconcertada al recordar cuando lo vio llegar a la recepción.

—¿Estabas pendiente de mi Darling?

—Ya llegamos es aquí —dijo Camila rápidamente agradecida de poder cambiar de tema y evitar responderle—. Gracias de nuevo por... —comenzó a decir pero Matthew ya se había bajado del carro y se dirigió a abrirle la puerta, como en las películas, suspiró.

Caminaron en silencio el corto recorrido hasta la puerta de su casa, era un pequeño Town house, con un lindo jardín, cuando estuvo ya frente a la puerta, con las llaves en mano volvió a agradecer con palabras torpes.

—¿Sabes que lamento? —preguntó Matthew con la mirada fija en la de ella, por un momento se sintió como una presa cuyo cazador ya la había escogido.

—Haberme conocido —respondió con una sonrisa que no llegó a sus ojos, aunque pudo

responder de manera diferente era una realidad que entre ellos la animosidad era evidente.

—Que Tom haya aceptado bailar contigo, de lo contrario aun te tendría entre mis brazos —se acercó lentamente, esperando la reacción de ella que aún estaba atónita por lo que acababa de oír y dulcemente depositó sus labios sobre los de ella.

El contacto aunque suave y delicado, lo sintió parecido a una descarga eléctrica que recorrió todo su cuerpo y estaba segura que él también lo sintió, pero luego de experimentar esa estática a través de sus cuerpos, se abandonaron a sus más profundos deseos, dejándose llevar por la pasión que hasta ahora estuvo reprimida, sus lenguas se entrelazaban en una danza perfecta que hizo gemir a Camila mientras se aferraba al cuello de Matthew con una mano mientras que la otra estaba sumergida en el cabello impidiéndole que se apartara de ella, por su parte él la rodeaba acariciando su espalda con desesperación quería acercarla hasta fundirse en un solo cuerpo con ella, la lascivia lo invadió, aquel creciente deseo que sentía arder en sus venas, quería más, necesitaba más, sentirla completamente, separó sus labios de los de ella y comenzó a recorrer su cuello, saboreando su piel con el sabor de la champaña, los sonidos de placer que llegaban a sus oídos era el mayor de los afrodisiacos, tomó uno de sus senos con la mano y comprobó lo endurecido de su cúspide, eso le hizo derrumbar el último pensamiento coherente que pudiera tener, sólo tenía la seguridad de que ella estaba igual de excitada que él, que sus necesidades eran iguales, ahora no podía soportar la erección dentro de sus pantalones, era incluso dolorosa. La pegó de la pared sin pensar más que en la urgencia de estar dentro de ella, que en ese momento lo rodeó con una de sus piernas haciendo que su vestido subiera mostrando casi toda la longitud de la misma, él aprovechó para recorrerla con su mano, comprobando la suavidad de su piel. Era exquisita.

Un destello,

Una luz,

Un sonido.

Una interrupción.

—Me tenías preocupada —dijo Alejandra que estaba envuelta en una bata de dormir— lo lamento, escuché ruidos, estaba esperándote —continuó apenada por lo incómodo de la situación, le llevó tan sólo unos segundos darse cuenta lo que había interrumpido.

Con toda la calma del mundo, ante el espectáculo que estaban dando, sintió como entre sus brazos Camila se tensionaba, seguramente se encontraba avergonzaba de haber sido descubierta de esa manera tan salvaje, la ayudó a bajar la pierna de su cuerpo y a estabilizarla, cuando estuvo seguro que no se caería se alejó de ella, trató inútilmente de acomodar su desarreglado aspecto, mientras observaba los indicios de la fogosidad que aún se reflejaban en aquella mujer: su mirada oscurecida, sus labios hinchados y enrojecidos, sus cabellos despeinados..., apartó la mirada, o la pegaría nuevamente de la pared y no le importaría tener espectadores.

—Alejandra —saludó tratando de sonar tranquilo— te dije que la traería, no tenías de qué preocuparte. Buenas noches —dándose vuelta se retiró.

Al llegar al hotel lo primero que haría sería tomar una larga ducha fría que calmara las ansias que tenía por Camila, sin esa interrupción estaba seguro que la hubiese poseído allí contra la pared, en plena calle, bueno no era exactamente la calle pero no era el lugar adecuado, pasó una mano por sus cabellos, estaba impresionado por la pasión que sintió, no recordaba la última vez que se sintió tan desesperado por tomar a una mujer, ni siquiera a los 17 años, cuando tuvo su primera relación, se sintió tan deseoso como en ese momento, su cuerpo volvió a reaccionar endureciéndose, quizás lo mejor sería masturbarse, tenía años sin hacerlo y ahora necesitaba

descargar toda esa lujuria, Camila, susurró.

Calmar a Alejandra no fue tan fácil como esperaba, después de tomar una ducha le explicó lo sucedido durante la noche, no dejó ningún detalle a la imaginación, necesitaba conocer la opinión de su amiga que reía con la narración de los hechos.

—Para salir tan furiosa del hotel, no me parece que los haya encontrado precisamente discutiendo en la entrada —comentó de manera jocosa— o esa es una nueva técnica para neutralizar al oponente —se burló.

—No sé qué pasó, de repente estábamos besándonos como unos posesos —confesó apenada, recordando aquel momento en el que ambos perdieron el control.

—¿Quieres saber mi opinión al respecto? —preguntó solemnemente Alejandra que esperó un asentimiento por parte de su amiga para continuar— me parece que estoy en la escuela, donde los niños y las niñas para demostrar que se gustaban se trataban mal y se golpeaban —luego de unos segundos ante la mirada desconcertada de su amiga agregó— vamos a dormir, solo te aconsejo que no te hagas daño.

El resto de la noche se extendía delante de ella con la misma oscuridad en la que se sentía atrapada, su comportamiento fue no solo irracional sino también inexplicable. Dicen que la pasión es la causa de muchos errores que ocurren a diario, pensó dubitativa, ella nunca se había sentido tan abrumada por un sentimiento tan incontrolable como el que horas atrás la llevó a ofrecerse en la pared del porche de su casa, ahora sí que era la propia “ada” pensó, de atolondrada, cerró fuertemente los ojos como si con esa acción pudiera borrar lo ocurrido y evitar la vergüenza que la carcomía desde lo más profundo de su ser. Trató sin resultado de relajarse y dormir, ya la aurora comenzaba a aclarar el lóbrego cielo, sin que ella pudiera conseguir un pequeño rayito que le ayudara a sentirse mejor consigo misma.

—Te la comiste —expresó sarcásticamente encubriendo los sentimientos de dolor, fracaso que la embargaban desde cualquier ángulo del que trataba de justificar su comportamiento.

¿Cómo se comportaría la próxima vez que la viera? Seguro que se sentiría triunfante y le haría pasar un mal rato, echándole en cara lo fácil que fue su conquista, pero, pensándolo mejor, y recordando lo sucedido, él también se veía alterado y fuera de control. ¿Qué era realmente lo que sucedía entre ellos? Sin darse cuenta se entregó al cansancio y durmió.

CAPÍTULO VI

—¡Elena! —expresaron al unísono Camila y Alejandra que se encontraban en la sala de juntas. El abrazo que siguió pareció durar una eternidad.

—Hola chicas —saludó su socia que se reincorporaba de una larga luna de miel, sus ojos brillaban de felicidad y de amor.

Cancelaron todas las citas de ese día, tenían semanas sin ver a su socia y ese era un momento para celebrar, estaban de nuevo juntas, decidieron ir a casa de Alejandra para ponerse al día con todo lo sucedido, en el camino compraron comida y por supuesto algo también para beber. Cuando llegaron, cada una tomó su sillón de costumbre y entre risas, suspiros y emociones encontradas Elena les narró acerca de los lugares que visitó junto con Adrián, que le enviaba mensaje por el móvil cada hora. La alegría que sentían por su recién casada amiga era genuina y única, Camila pensó en todas las vicisitudes que se vio obligada a afrontar durante muchos años y ahora se le veía libre de temor y contenta por vivir, el amor puede curar cualquier herida por profunda que sea.

—Bueno, llevo horas hablando —se quejó Elena— ahora es su turno para hablar y ponerme al corriente.

Alejandra fijó la vista en Camila, que inmediatamente comenzó a narrarle los avances de los trabajos que dejó pendiente y luego pasó a notificarle de los posibles clientes que se encontraban a la espera de una entrevista, en ningún momento comentó acerca de Matthew o de Johnson y Asociados, y sin embargo no dejaba de hablar incluso de cosas sin sentido o repitiendo anécdotas.

—Ale —interrumpió Elena a Camila —aclárame algo ¿Es que mi ausencia me ha hecho perder mi intuición o es que Cami está tratando de ocultar algo? Porque la verdad no veo razón para que me cuentes por quinta vez la reacción del señor Almérida cuando vio los colores invertidos en el mural principal.

Camila se cubrió el rostro con las manos, la habían atrapado, su esfuerzo por tratar de cambiar la conversación o de mantenerla alejada de ella fue en vano.

—Además —agregó su amiga algo desconcertada— ni siquiera ha comentado lo sucedido con aquel cliente que quería que le organizaran una gala benéfica de tres días.

Alejandra rió y Camila ahora utilizó un cojín para evitar que sus amigas apreciaran el color rojo que estaba completamente segura cubría sus mejillas.

—Muy bien —dijo despacio Elena— alguna me puede contar de qué me perdí

—¿Quieres hacer los honores o prefieres que sea yo? —preguntó Ale a Camila, que aún se encontraba escondida detrás del cojín, alzó la mano para indicarle a su amiga que no quería ser ella quien hablara.

—Bueno mi querida Ele, Cami ha perdido la razón y la cordura en las últimas semanas....

Alejandra comenzó explicándole el evento del helado, no reparó en detalles, he incluso fue dramática al describir los nervios de su amiga o el tono de voz que utilizó por teléfono cuando se habían comunicado durante ese día. Camila interrumpió en pocas ocasiones para agregar algún dato. Las risas se combinaban con los sonidos de sorpresa.

—Así es Ele, la dejé en aquella fiesta pero estuve todo el tiempo mortificada por lo que

pudiera pasar y decidí esperarla despierta puesto que acordamos que yo pasaría la noche en su casa, pasaron horas.

—Que fue cuando bailaron y te bañaron con champaña —señaló Elena, que aclaraba los hechos tratando de seguir la historia.

—Pero antes yo le lancé una copa encima —agregó Camila, sin que sus amigas le prestaran atención, hizo un sonido de frustración.

—Entonces —continuó Alejandra la historia— escucho unos sonidos en la entrada de la casa y suspiré de alivio al asomarme a la ventana y ver un vehículo estacionado al frente ¡Camila había llegado!

—¡Si eres dramática! —la interrumpió Camila.

—Esperé un tiempo que me pareció correcto antes de decidirme bajar las escaleras y abrir la puerta, creí que estaba tan borracha que no conseguía las llaves —continuó su amiga sin prestar atención a las quejas emitidas— y a que no te imaginas lo que me encontré

Sin darle tiempo a responder a nadie Camila fue la primera en hablar

—Matthew y yo nos estábamos besando, fin de la historia.

—¿Se estaban besando? —preguntó atónita Elena.

—No —respondió solemnemente Alejandra— no Elena, estaban prácticamente devorándose, tú no sabías donde terminaba uno y donde comenzaba el otro, fue como ver pornografía contra la pared.

—Espera un momento —interrumpió Elena— la pregunta es... ¿Qué tal besa ese tal Matthew?

Camila no se sorprendió por el matiz que tomó la conversación, no hubo reproches ni recriminaciones, la amistad que las unía desde que eran muy jóvenes era tan especial y tan mágica que siempre sabían cómo tratar algún tema sin hacer sentir culpable a alguna de ellas.

—Tengo que conocerlo —declaró Elena, después de sugerir varias hipótesis sobre la razón de lo ocurrido.

—Eso no es ningún inconveniente, mañana almorzaremos con él y con uno de sus amigos, Por supuesto Adrián y tú pueden acompañarnos.

—¿Por qué estoy tan nerviosa? —se recriminó por enésima vez Camila mientras volvía a revisar su maquillaje frente al espejo. Ese día decidió colocarse un vestido sencillo color burdeos que contrastaba con su pálida piel, dejando al descubierto la mitad de la longitud de sus moldeadas piernas.

Saber que ese día se encontrarían, la hacía sentir ansiosa, su corazón bombeaba más rápido y sus manos sudaban, en la mañana se dedicó a acicalarse, quería estar regía, ni siquiera la presencia de sus amigas lograba tranquilizarla. Se miró nuevamente en el espejo y salió a su encuentro.

Matt supo el momento exacto en el que Camila entró en el restaurante, se encontraba en una amena conversación con Tom acerca de una posible inversión inmobiliaria, la presencia de aquella mujer la podía sentir en cada centímetro de su piel, era como si transmitiera una frecuencia que sólo su cuerpo fuera capaz de descifrar. Notó cierta incomodidad en su amigo ¿sería Tom capaz de sentir lo mismo por Camila? La idea lo inquietó, ellos eran amigos desde hace muchos años y aunque no habían tocado el tema con respecto a aquella mujer, él daba por hecho que su amigo no metería las narices en lo que le pertenecía, y esa mujer era de él. ¿Qué rayos estaba pensando? Se regañó, el propósito de todo aquello era darle una lección y eso era exactamente lo que haría, sin embargo, tendría que hablar con Tom, no quería malos entendidos.

Deslumbrante, fue la palabra que llegó a las puertas de sus labios cuando saludó a Camila, con

aquel vestido vinotinto, parecía una joya dentro de un estuche, estaba exquisita. Recordó el sabor de sus labios, la suavidad de su blanca piel a través del roce de su mano, el contorno delicado de su muslo, su fragancia, por un momento quiso tomarla y poseerla allí mismo, su cuerpo reaccionó inmediatamente tan fuerte y potente que su pantalón no era capaz de soportar aquella muestra de pasión. ¿Desde cuándo se comportaba como un cavernícola? Pensó malhumorado, era inaceptable que perdiera el control sobre sus pensamientos y sobre su cuerpo de una manera tan arrebatadora, no lo permitiría... jamás.

—Yo no tengo ningún inconveniente —señaló Tom— todo lo contrario será un placer conocer al resto del equipo.

Ahora tenía tres pares de ojos fijos en él, y su mente solo era capaz de pensar cómo hacer para desaparecer la erección que ocultaba debajo de la mesa, al parecer tenía que responder algo, pero no había sido capaz de escuchar la pregunta.

—Estoy seguro —dijo Tom tratando de salvarlo— que Matt no tiene ningún inconveniente en que otras personas se nos incorporen en el almuerzo.

Okey ahora sí que tenía que decir algo... ¿Quién más iba a compartir con ellos la mesa? Eso le pasaba por estar tratando de controlar su lívido.

—Por supuesto que no —respondió mientras su rostro mostraba una fingida sonrisa, ¿en qué se había metido?

—Me alegra —contestó Alejandra—. Allí llega Elena y su esposo

Afortunadamente su falta de concentración no había tenido un impacto negativo, Elena y Adrián estaban llegando de su luna de miel, su conversación era realmente agradable y ella era la responsable de tan hermosos diseños para la recaudación que se llevaría a cabo próximamente.

Camila se encontraba aturdida, al ver a Matthew vestido de manera tan informal parecía casi accesible, en más de una ocasión se descubrió con la intención de tomar su mano y acariciar su dorso con el dedo pulgar. Al parecer la posición que tendrían con respecto a lo sucedido en la puerta de su casa era... no ha sucedido nada. Y eso era precisamente lo que ella quería, entonces ¿Por qué se sentía desilusionada?

—Supongo que irán a los eventos de la recaudación —señaló Matthew a Adrián y Elena.

—Yo estaré trabajando por supuesto —dijo Elena como si fuera algo muy obvio.

—Claro —se disculpó— pero estoy seguro que no estarán trabajando durante toda la velada, además estoy seguro que tienen el personal adecuado para divertirse un poco.

—Cuando estas tres mujeres se centran en un evento son realmente magnificas —dijo Adrián mientras se llevaba a la boca la mano de Elena para depositar un beso.

Adrián aprovechó la oportunidad de contar su experiencia en cuanto a la inauguración de las sucursales de su empresa y la forma como logró conquistar a su flamante esposa. Las miradas entre ellos reflejaba sin lugar a dudas el sentimiento que les unía, era tan especial que logró despertar un anhelo en las cuatro personas que servían de espectadores.

—Hermosa historia —señaló Tom— mis felicitaciones, pero aun así Adrián debes venir y acompañarnos mientras vemos en acción a estas damas.

—Debemos hacer los equipos —puntualizó Elena —para los juegos y la fiesta de colores.

—Alejandra espero que seas mi acompañante —se adelantó Tom mientras le guiñaba un ojo.

—Será un placer —respondió con una tímida sonrisa— bueno, si no te molesta tener una compañera que de vez en cuando tenga que supervisar y trabajar.

—Claro que no hay inconveniente, por el placer de tu compañía es un precio muy bajo el de tus ausencias.

Esto no está bien, pensó inmediatamente Camila, estas brujas son unas arpías, su corazón se aceleró de manera incontrolable. Tenía que decir algo y rápido, antes que la situación se saliera de las manos.

—Estoy segura que el señor Johnson ya tiene planes para esos días, y no vamos a ponerlo en una situación incómoda, por mí no se preocupen le diré a Luis que me acompañe.

Matthew pensó por un momento que el sonido que hacían sus dientes al rechinar podía alertar a las personas a su alrededor acerca de su mal humor. ¿Quién se creía esa pequeña mocosa para rechazarlo? ¿Y quién rayos era ese tal Luis?... no señor, ella no iba a ir con ningún Luis, Alberto, Carlos o cualquier hombre mientras que él pudiera evitarlo.

—No me digas Ada, que tienes miedo de ser mi acompañante —la picó, de sus encuentros anteriores había deducido que la mejor manera de que ella hiciera lo que él quería era provocarla y eso resultaba muy fácil.

—De ninguna manera —respondió desafiante.

—Eso no fue lo que me pareció señorita Hurtado —continuó desafiándola y sonriendo por dentro al verla justo donde quería que estuviera.

—Es Camila, Camila Uzcátegui

—Entonces, irás conmigo —declaró, luego agregó pensativo— seremos una hermosa pareja de rojo en la fiesta.

Roja se encontraba la cara de Camila ante la indignación de las palabras de aquel arrogante, pero ya vería él con quien se metía.

—Aceptaré ir contigo si me dejas escoger el color con el que nos vestiremos ese día —agregó triunfante— o ¿es que tienes miedo? —lo desafió.

Toda la mesa permanecía en silencio, observando en los puestos VIP el tira y encoge de dos adultos que se comportaban como niños.

—Hagamos una apuesta —le retó —si eres tú el que ganas escogerás el color y el deporte en el que nos inscribiremos, pero si yo gano te dejaré escoger el color pero seré yo quien escoja el modelo que te pondrás ese día y aceptarás adicionalmente una cena conmigo.

—Está bien —dijo Camila ante la sorpresa de sus amigas— pero agregamos una penitencia que tendrás que cumplir si yo gano.

—Hecho —dijo mientras le tendía la mano en señal de pacto.

—Esta es la apuesta —continuó Matthew.

—Espera un momento —lo atajó Camila nerviosa, ella no había previsto que el desafío fuera establecido por su cliente.

—La última vez —dijo Matt tranquilamente— fuiste tú quien decidió los términos de la apuesta, ahora es mi turno, es lo justo —al ver que no reaccionaba continuó— tenemos 5 minutos para conseguir tres números de teléfonos, en tu caso de hombres y en el mío de mujeres que no conozcamos en este restaurante. El primero que lo consiga gana.

—¿Y si no lo logramos ninguno de los dos en cinco minutos?

—Entonces tendremos que hacer otra cosa hasta que alguno de los dos gane. ¿lista?

Camila se dirigió rápidamente a la barra donde se encontraban dos hombres solos, por su parte Matthew fue hasta una mesa donde compartían cuatro mujeres

—¿Alguien sabe lo que está pasando con estos dos? —preguntó Elena cuando su amiga y su cliente se levantaron a cumplir con su cometido.

Adrián rió, mientras le colocaba el brazo en los hombros a su esposa. Tom llevó hasta los labios su vaso para sorber un poco del líquido que estaba dentro.

—¿Crees que tenemos que preocuparnos? —preguntó Alejandra

—No —fue Tom el que respondió— ellos son adultos y si quieren comportarse como niños están en todo su derecho.

—¡Míralos! Se comportan como unos idiotas.

—Son unos idiotas.

Cuatro minutos después, Camila se encontraba apuntando el segundo número de teléfono en una servilleta, buscó con la mirada a su contrincante no estaba en la mesa con aquel grupo de mujeres donde lo había visto segundos antes, recorrió con la mirada el lugar hasta que lo encontró, con una sonrisa, triunfante sentado con sus amigos mientras agitaba un pedazo de papel entre sus manos, el juego había terminado y ella volvió a perder.

—Seguro que esos teléfonos los inventaste —refunfuñó Camila mientras se sentaba a su lado haciendo un puchero.

Todos sus amigos rieron, sólo Alejandra la miraba con condescendencia.

—Si no querías perder, lo mejor era no jugar —agregó Elena.

—Mira a aquella mesa —le dijo Matthew a Camila, mientras le señalaba la dirección, tenía su móvil en la oreja. Se escuchó una melodía mientras una de las ocupantes de aquella mesa contestaba—. Hola cariño, sólo comprobaba el número —la mujer miró en dirección a él y sonrió mientras agregaba algo más, Matthew sonrió y colgó la llamada que finalizó con un beso que ella lanzó hacia él. Luego volviéndose hacia Camila agregó— ¿hace falta que llame a las otras? —una cosa que no soportaba era que le dijeran tramposo, y había demostrado que su victoria era genuina.

—No —fue la seca respuesta de Camila

—Me alegra —contestó— yo nunca hago trampa.

—¿Qué color escogerás? —preguntó Adrián tratando de eliminar la tensión que por segundos fue palpable entre los presentes.

—Verde —comenzó diciendo Camila— verde fosforescente con rosado.

CAPÍTULO VII

Las semanas pasaron volando, el trabajo tenía a las amigas sumergidas en una vorágine de presupuestos, opciones, decoraciones y remodelaciones de las que tenían que ocuparse. A medida que se acercaba la fecha de los eventos programados para la gala benéfica los nervios de Camila aumentaban desproporcionalmente, en más de una ocasión se encontró tan sumida en sus pensamientos que su falta de concentración no pasó desapercibida a sus compañeras.

—¿Crees que deberíamos preocuparnos por ella? —preguntó Elena.

—Ya yo estoy preocupada incluso antes que llegaras de tu luna de miel —confesó Alejandra

—Su comportamiento no es normal, ayer le echó tres veces azúcar a su café, y cuando traté de preguntarle acerca de lo que le pasaba y nombré a Johnson se le cayó la taza y se manchó completamente.

—Vamos a tener que hacer algo con ella.

Esperaron hasta la hora de almuerzo para abordarla, un sitio neutral era la mejor opción, por lo que optaron por llevarla a su restaurante preferido.

—Estoy cansadísima —dijo Elena, luego de ordenar —estos últimos días han estado muy fuertes.

—Creo que a todas nos ha afectado —puntualizó Alejandra— ¿no te parece Camila?

—Sí —respondió automáticamente sin prestar atención a la conversación.

—Camila Uzcátegui —rezongó seriamente Alejandra llamando la atención de las otras ocupantes de su mesa— yo no pretendía ser tan brusca y directa, pero ahora mismo nos vas a contar exactamente —enfaticó mientras golpeaba con el dedo índice la mesa— ¿qué es lo que te pasa?

—¿Qué me pasa de qué?

—¡A mí no me trates como idiota! —se quejó Alejandra indignada—. ¿Qué me pasa de qué? —la remedó burlescamente —estás en una nube, no te concentras en nada, pierdes las cosas en tus narices —señaló mientras un enumeraba con sus dedos cada una de las acciones de su amiga.

—Y hasta torpe te has vuelo —agregó Elena interrumpiendo a Alejandra— llegas tardes al trabajo... ¿quieres que sigamos? Porque te aseguro que hay más.

—A veces odio que me conozcan tan bien —refunfuñó— la verdad es que he estado un poco preocupada

No era ella misma, soñaba con él, lo sentía cerca de ella, imaginaba sus besos, su tacto y lo peor de todo era que buscaba la manera de disminuir ese afluente de sentimientos encontrados que la perturbaban y no la dejaban dormir. Se imaginaba un sin número de situaciones en la que podía verse sometida durante la gala benéfica y después todas las maneras posibles de salir de ellas.

—Nos hemos dado cuenta.

—Lo lamento

—No tienes que lamentar nada —dijo Elena.

—Salvo el no apoyarte en nosotras que sabes que haríamos cualquier cosa por ti —agregó Alejandra—. ¿Es por Matthew que estas así?

Camila tomó un momento para respirar profundamente mientras observaba la lámpara que

adornaba el techo del salón donde se encontraban, ante las miradas atentas de sus amigas, que tácitamente decidieron darle el espacio que necesitaba para aclarar sus ideas.

—Ese hombre me vuelve loca —confesó después de respirar profundamente— me hace sentir estúpida, torpe, como si él tuviera el control de todo y yo solo fuera un peón en un juego del que ni siquiera sé las reglas —al ver que sus amigas no la interrumpían continuó su monólogo— me tiene en una constante vigilia, nunca sé lo que va a hacer o qué locura va a proponer. Ahora que se acerca la fiesta de colores, ni siquiera sé el modelo del vestido que luciré ese día, él tan sólo mandó a llamarme con su secretaria para averiguar mi talla, y el único recado que me dejó fue que llevara el cabello recogido —se quejó— y estoy segura que con esos colores voy a ser el centro de atención de toda la fiesta.

—Tú los escogiste.

—Yo sé —se indignó— no pensaba con claridad después que perdí esa estúpida apuesta.

—Que tú aceptaste

—Ya sé, no hace falta que me lo restrieguen en la cara, pero ¿saben que fue lo peor? —preguntó retóricamente— que cuando lo llamé para decirle que fue un arrebató lo de los colores y que era mejor otra combinación, se rió y me dijo que la primera palabra era la que contaba y que de su parte no había ningún cambio.

—La verdad es que solo a ti se te podía ocurrir esa combinación de colores —expresó Alejandra.

—Tengo una idea —señaló Elena —y creo que podría ayudarte con lo de los colores.

Durante los próximos minutos Elena les explicó su plan para ayudar a disminuir la humillación de Camila al llevar un vestido verde fosforescente con rosado, aunque tendrían que apoyarse en sus respectivas parejas.

—Estoy segura que Adrián no tendrá inconveniente —finalizó Elena.

—Y yo voy a llamar en este preciso momento a Tom para preguntarle —señaló Alejandra mientras marcaba su número en el móvil— y si no quiere puedo buscarme a otra pareja.

—Eso ni lo pienses —le dijo una voz grave a través del teléfono—, dime Alejandra a qué debo el honor de tu llamada.

Después de ruborizarse por el comentario de Tom, le explicó la idea de Elena.

—Parece un sacrificio menor sólo para tener el placer de tu compañía, cuenta conmigo —dijo antes de finalizar la llamada.

—Listo —expresó Ale triunfante— y no tengo que cambiar de pareja.

—Yo lo que realmente deseo —señaló Camila— es tener la oportunidad de ganarle una, de vengarme en su mismo terreno.

—Para eso mi querida amiga, necesitamos trabajo de inteligencia.

Raúl se encontraba incrédulo ante la lista de actividades que su jefe le estaba encomendando durante las últimas semanas. Y ahora frente a él estaba otra aún más absurda. Durante todos los años que llevaba de asistente trabajando en la empresa Johnson y Asociados, jamás había visto ese comportamiento en Matthew. Primero mandó a buscar una diseñadora de modas, también un fabricante de telas, luego pidió una cita con una artesana especialista en accesorios femeninos y ahora también quería a una estilista a domicilio. Revisó nuevamente el papel que tenía en las manos, todo estaba listo, se dirigió hasta la puerta del despacho y llamó a la puerta.

—Adelante —sonó la voz desde adentro luego de unos segundos.

Tomó asiento y esperó que terminara la conversación telefónica que mantenía con la agencia europea.

—Ahora sí, dime Raúl.

—Solo quería comentarte acerca de lo que me solicitaste —dijo el asistente mientras observaba el cambio en la expresión de aquel hombre.

—Excelente, cuéntame

—Esta tarde le entregan el vestido, ya reservé las habitaciones en el hotel, aunque al enterarse que eran para usted y por lo de la recaudación le hicieron un descuento bastante generoso.

—Me alegra, haz a nombre del hotel un aporte por ese monto para la recaudación.

—Como quiera —comentó Raúl mientras apuntaba en su libreta la orden de su jefe— ya la estilista está contratada y la artesana trajo su encargo —dijo mientras le extendía sobre el escritorio el paquete y la floristería ya confirmó también.

—¿Reorganizaste las reuniones de la próxima semana?

—Eso también está listo, ya le envió la nueva planificación, alguna otra cosa que necesite.

—¿Bombones? —sugirió a manera de pregunta, pero al reparar en la expresión de incredulidad de su asistente, desechó la inmediatamente la idea con una expresión en la mano.

—Jefe —murmuró Raúl— no me ha dicho nada del servicio de transporte para trasladar a la señorita hasta a su casa después de la recepción, ¿contacto con ellos? —como era costumbre de Matthew, sus citas llegaban y se iban por separado, así compartieran una larga velada en la habitación.

—Esta vez no Raúl —dijo con un extraño brillo en la mirada— esta vez yo me encargo. ¿alguna otra cosa?

—No señor —dijo mientras se colocaba de pie— sólo recordarle que en una hora viene la gente de la Corporación Aries.

—Dile a Marcos que se encargue de ellos, yo voy saliendo

Minutos después, entraba Matthew en la oficina de Camila, la encontró enfrascada en una discusión telefónica, caminaba de un lado al otro con su móvil firmemente pegado al lóbulo de la oreja, le señaló una silla para que tomara asiento mientras ella continuaba despotricando a quien sea que haya confundido la fecha y el lugar de entrega de lo que estuvieran hablando. La agitación en la que se encontraba le permitió ver su piel ligeramente perlada por el sudor, las mejillas sonrosadas, su respiración era agitada, estaba hermosa, reparó Matthew mientras se imaginaba que estaría aún más hermosa luego de una jornada apasionada y acalorada de sexo ardiente, la respuesta de su cuerpo fue inmediata, por lo que, luego de un suspiro, cruzó las piernas para disimular su erección. Esta situación tenía que acabar, declaró internamente, esa mujer iba a estar en su cama, entre sus brazos, debajo de él o arriba, la verdad no le importaba mucho, pero lo que si era seguro, es que luego de acostarse con ella podría olvidarla y pasar a la siguiente mujer, nunca tardaba en aburrirse de las mujeres con las que salía.

—Disculpa la espera —le dijo apenas al terminar la llamada— no soporto a la gente que trata de echarle la culpa a los demás de sus errores —agregó aún ofuscada por la discusión— pero dime ¿qué te trae por aquí? algún inconveniente o cambio de planes de última hora con respecto a lo acordado, créeme que no entiendo nunca a los clientes que después de planificar toda una celebración, el día anterior se les ocurre una brillante idea que incluye el cambio de la decoración, o de la orquesta, de la disposición de las mesas, en fin.

Matthew suspiró al darse cuenta de que hablaba del acto benéfico y no precisamente de su cita, tampoco pasó por alto el hecho de que estaba nerviosa.

—No —respondió— sólo pasé por acá, aprovechando el tiempo libre para que planifiquemos los próximos días —al ver que levantaba una ceja en señal de ligera confusión, le pareció

correcto agregar— ya que tú serás mi acompañante.

Esa era precisamente la entrada que necesitaba para deshacer aquella locura en la que se vio envuelta sin darse cuenta, durante los días anteriores, estuvo buscando cualquier excusa que le permitiera liberarle de la compañía de su cliente, no soportaba aquella masculinidad, siendo sincera con ella misma lo que no soportaba era su reacción ante él, por lo que no podía darse por vencida, tenía que preservar su cordura, así tuviera que buscarle a una modelo de acompañante.

Y es que viéndolo bien ella no compaginaba con él, no era el tipo de mujer con la que siempre colgaba de su brazo en los eventos que tenía que asistir, nunca se había considerado fea o mal arreglada, pero comparada con las modelos, evidentemente sólo era una mujer normal.

—Ah eso —respondió armándose de valor— la verdad es que no creo que sea buena idea, yo voy a estar bastante afanada con los eventos y no sé si es conveniente...

—No me dirás que tienes miedo Ada —la interrumpió— te tenía por una mujer arriesgada... audaz —concluyó con una perversa sonrisa en los labios.

—Yo sólo trataba de ser amable para que después no estés arrepentido por una pareja que estará más pendiente de lo que sucede en la cocina que de ti.

—Tampoco soy tan obtuso —se quejó— y a estas alturas ya no importa.

—Además, yo no encajo con la horma de acompañante tuya

—¿A qué te refieres? —preguntó intrigado ya que la voz de la mujer fue disminuyendo hasta que casi fue un susurro— ¿a qué horma te refieres?

Apenas salieron las palabras de sus labios, se dio cuenta de su error, esa era una cuestión que no quería traer a colación, daría la impresión de ser insegura o con baja autoestima, pero ahora que sus pensamientos habían sido verbalizados tenía que defenderse, quizás de aquella forma lograba liberarse de él.

—Bueno lo que quiero decir es que —dudó buscando las palabras— tú siempre apareces con mujeres extremadamente hermosas, como salidas de un catálogo, y no es que yo me considere fea o algo por el estilo, es sólo que no soy como ellas, soy más normalita.

Por un momento Matthew se vio a través de los ojos de la mujer que se encontraba delante de él, ¿De verdad la gente que lo rodeaba pensaba que era tan superficial como para sólo fijarse en aquello que resulta efímero? No le gustaba dar esa impresión y menos a ella, pero no podía defenderse sin revelar demasiado por lo que optó por una estrategia diferente a la verdad.

—Me parece que lo que buscas son excusas Ada, nunca creí eso de ti —hizo un ademán con la mano cuando se dio cuenta que ella quería interrumpirle— además ya no tengo tiempo para buscarte un reemplazo que encaje con la horma que tengo.

—Eso no es problema —respondió rápidamente —yo podría buscarte a alguien.

Darse cuenta que aquella mujer buscaba cualquier pretexto y se afianzaba a cualquier excusa con tal de disolver su cita y que cualquier otra mujer hubiese luchado por aferrarse a ella lo desconcertó y molestó a partes iguales.

—¿Ahora también tienes una agencia de citas? —preguntó en tono lúgubre.

Quizás no debió sugerir lo de buscarle una acompañante, pensó Camila al notar la molestia de su cliente, tenía que resignarse y soportar los próximos días sin quedar en ridículo.

—No claro que no, pero después no digas que no te lo advertí cuando quieras hablar con tu... acompañante y tengas que buscarme en la cocina.

—No lo haré

—Está bien dime que tienes en mente —se resignó Camila.

—Si te lo dijera no querrías venir conmigo —respondió con una cautivadora sonrisa.

—No pensarás matarme ¿verdad? —respondió tratando de aligerar la tensión que sintió.

—Para mañana nos inscribí en tenis —señaló— espero que sepas jugar.

—Claro que sé, pero yo nos inscribí en voleibol playero —lo vio arrugar el entrecejo, excelente, se felicitó, sus amigas habían averiguado lo poco que le gustaba aquel deporte— espero que sepas jugar —agregó con una mirada tan tierna que inmediatamente su acompañante supo que lo hizo a propósito.

—Por supuesto —respondió— pasaré por ti a las 8 am.

—¿Pasarás por mí? —preguntó visiblemente sorprendida— tenía entendido que nunca llegabas con tu cita a ningún sitio.

Sus palabras lo hicieron pensar por un momento en la situación en la que se encontraba y lo mucho que esa mujer lo estaba cambiando. Quería estar con ella el mayor tiempo posible, pero no podía darle ventaja.

—Tú no eres una cita —expresó mientras clavaba su mirada en la de Camila, por un momento vio el impacto que aquellas palabras tuvieron en ella, quiso acercarse, besarla y pedirle perdón por haberle hecho daño con su comentario.

—No claro que no —respondió— aun así yo voy a llegar a las 6 de la mañana para organizar todo con Elena y Alejandra, por lo que mejor nos vemos allá directamente.

—Me parece bien, ahora bien ¿a qué hora debes estar el día de la subasta?

—A las 8 de la mañana.

—¿Por qué tan temprano, si el evento no comienza hasta las 5 de la tarde?

—Porque hay que recibir y organizar todo —respondió

—¿Cómo hacen para cambiarse y estar presentables para el evento?

—A veces en algún baño o donde podamos

—Yo tengo una habitación en el hotel pueden usarla para ustedes, te mandaré el número, cuando estés listas me avisas para subir por ti.

—¿Estás seguro? —preguntó incrédula, pero al ver la expresión dura en el rostro de aquel hombre agregó rápidamente —gracias eres muy amable.

—Lo mismo vamos a hacer para la gala de colores —dijo —pero tendrás que desocuparte a las 4 de la tarde.

—¿A las 4?

—A esa hora tienes tu cita con la estilista, te estará esperando en la habitación del hotel para arreglarte.

—Pensé que habías dicho sólo que llevara el cabello recogido

—A las 7 te llevarán tu vestido y yo estaré a las 7:30 esperándote en el pasillo —terminó de decir mientras se colocaba de pie para salir— por cierto —dijo casi desde la puerta— ¿qué haremos de divertido esos días?

—Podemos apostar algo —dijo inmediatamente Camila que ya tenía un plan en mente.

—Me parece perfecto.

—¿Lo dejamos para la gala de colores?

—Ese día será tuyo, yo prefiero utilizar el día de la subasta.

Y sin más se alejó.

CAPÍTULO VIII

Al finalizar el primer día de la recolección, Camila se encontraba agotada, había jugado tres partidos de tenis, uno de voleibol y había caminado tanto que creía que eran kilómetros de distancias. Sin embargo se divirtió, el espíritu competitivo entre los presentes estuvo a la altura para ofrecer un espectáculo lleno de dinamismo, además de motivar a la recolección.

Muchos de los asistentes querían hablar con la empresa organizadora para preguntarle acerca de algún proyecto que querían desarrollar. La publicidad para su empresa iba en aumento ¿Quién dice que la publicidad boca a boca no funciona? Ironizó mientras recordaba lo orgullosa que ella y sus amigas se sentían porque todo estaba coordinado como un perfecto reloj suizo, claro después de solucionar el problema con los meseros y los toldos.

A su mente vino el abrazo que le dio Matthew después de haber ganado el primer partido de tenis, lamentó la corta duración del mismo y sin embargo el alivio fue igual de avasallador, ese hombre lograba ponerla nerviosa y acelerar su corazón más que cuatro partidos de tenis seguidos. Sentir sus brazos alrededor de su cintura, fue como llegar a casa y disfrutar de la comodidad y seguridad en un ambiente hostil. Sus cuerpos encajaron de una manera tan exacta que fue como si dos piezas únicas de un puzzle se ensamblaran reconociendo que sólo ahora estaban completas. ¡Qué idioteces pensaba! —Se reprochó— por lo menos aquel día la había llamado por su nombre ¡y qué hermoso lo pronunciaba! Con aquella voz varonil que lograba encender cada terminación nerviosa de su cuerpo.

Lo mejor era dormir, ya estaba desvariando, Matthew en ningún momento comentó lo sucedido en el porche de su casa, fue como si ese episodio nunca hubiese ocurrido, pero ¿por qué si era lo mejor para ambos y su relación profesional, se sentía abatida por aquel comportamiento?, siendo sincera con ella misma, tenía que admitir que desde aquel día tenía un bucle repitiéndose constantemente en su mente, incluso en ocasiones sus sueños eran abordados por aquellas sensaciones que le hizo sentir, entonces el hecho de que para él no hubiese sido transcendental era frustrante.

No podía confiarse de lo que Matthew la hacía sentir —reflexionó— él era una persona muy clara y directa y desde el principio mostró su jugada o mejor dicho su propósito, enseñarle una lección, ella lo humilló y lo retó, dos cosas que una persona como él era incapaz de perdonar y de olvidar y ahora quería vengarse, y al parecer lo estaba logrando sin mucho esfuerzo... pero ¿y si lograba disfrutar de aquello? Entonces sería ella la que ganara —concluyó con una sonrisa— quizás al final, el ganador fuera la persona que tomaba lo sucedido con humor.

El día de hoy había sido una tregua, donde reinó la armonía, estaba convencida que en otras circunstancias el desenlace hubiese sido otro más agradable.

Matthew salía de la ducha con una sonrisa en los labios ¿Quién hubiese creído que aquella rubia podía jugar tan bien y defender cada punto como si la vida dependiera de eso? Recordó el contorno de sus piernas que lo tuvieron deslumbrado casi todo el día, incluso casi perdieron el segundo partido de tenis por aquella disyuntiva que se libraba en su mente con respecto a la sedosidad de las mismas. El color de su piel era una constante tentación, ¡rayos! incluso ahora su cuerpo respondía a sus deseos más íntimos al imaginar desplazar sus manos por aquella extensión

de piel y recorrerla hasta aprenderla de memoria, lamentó estar tan pendiente de sus carnosos labios más que de la textura de su piel cuando la pasión los arrolló en el frente de su casa, porque así no estaría acostado, desnudo, pensando en lo que su cuerpo registraría al sentir su piel desnuda... luego tendría que recorrerla con sus labios, sí señor, su sabor era algo que anhelaba descubrir, no aquella mezcla con champaña o con aquel estado ligero de embriaguez que opacaron sus sentidos. La próxima vez tendría que estar completamente en sus cabales, para registrar cada una de las sensaciones, textura, olor y sabor de aquella mujer. La deseaba e iba a ser suya.

No había vuelto a besarla desde que su amiga los sorprendiera, mejor dicho los interrumpiera, ese día estaba tan caliente que hubiese podido derretir un glaciar entero y hacerlo hervir, esa mujer lo ponía como si fuera adicto a ella, lanzó un juramento, tenía que investigar por internet si aquel estado constante de excitación podría significar un problema para su salud. Quería poseerla, lanzarse como el colonizador de cada parte de su cuerpo y hacer una bitácora de los descubrimientos que haría, era muy difícil contenerse y comportarse como si nada hubiese ocurrido entre ellos, cuando cada vez que la veía tenía la misma necesidad que los lobos de aullar a la luna llena, sonrió maléficamente, la diferencia era que su luna estaba al alcance de la mano y muy pronto sería suya.

Camila estaba quizás algo decepcionada, eso podía adivinarlo en su mirada, como mujer que era, seguro sintió la necesidad de razonar aquel episodio, de buscar causa y efecto, e incluso de trazar un gráfico representativo de las acciones que llevaron a aquel momento de lujuria. Él mismo tenía intenciones de hacerlo, pero decidió que lo más aconsejable era ignorar lo sucedido, por lo menos frente a ella, porque ahora mismo, en la seguridad que le brindaba la oscuridad de su dormitorio, se descargaría de aquella tensión, tal cual adolescente pensando precisamente en eso que supuestamente olvidó.

CAPÍTULO IX

—¿Llegó la gente seguridad? —preguntó Alejandra, mientras tachaba en una lista de chequeo todas las cosas que tenían que estar arregladas antes de irse a cambiar.

—Elena está con ellos, haciendo el inventario de todo lo que se subastará. —respondió Camila — se acaban de ir los de la floristería y los del festejo trajeron los candelabros que tenían que reemplazar.

—Bueno, con eso creo que ya estamos listas.

—Cada vez como que lo hacemos mejor.

—Creo que lo que sucede es que ahora sabemos quiénes son los proveedores confiables.

Se recordó la primera vez que como equipo organizaron una recepción, era la inauguración de una galería, ese día todo lo que pudo salir mal sucedió, tuvieron que improvisar e incluso servir de meseras para cubrir algunas de las faltas que se le presentaron, sin embargo habían aprendido varias lecciones, después de aquella experiencia hicieron sus uniformes, listas de chequeo y confirmaciones varias, además de disponer de un plan B en caso de emergencia.

—Eso ayuda mucho —confirmó Camila, que tomaba una manzana para comerla— tengo mucha hambre —agregó después de morderla.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —preguntó Alejandra

—¿Qué planes? —preguntó Elena que tomaba una mandarina.

—Los de Camila —aclaró Alejandra —pásame una fruta a mí también, se quejó.

—¿Qué plan... —comenzó a decir Elena antes de interrumpirse— ah con Matt

—¿Matt? ¿es que ahora lo tuteas y lo tratas con esa confianza? —expresó Camila con algo de irritación.

—Bueno... él me lo pidió —respondió Elena lentamente como evaluando el comportamiento de su amiga.

—A mí también —señaló Alejandra que degustaba unas fresas— ayer mismo me dijo «por favor llámame Matt, así lo hacen mis amigos».

Camila estaba roja de la furia, era como si su cuerpo estuviera sobrepasando los niveles de presión para los que estaba diseñado, y ella aún se dirigía a él como señor Johnson. Ese hombre era insufrible, sabía que sus amigas le comentarían y que indudablemente se daría cuenta de la diferencia de trato con ella.

—Entonces —interrumpió Alejandra sus cavilaciones— ¿qué planeas hacer esta noche?

—Trabajar —contestó malhumorada.

—Para el carro allí —se quejó Elena— con nosotras no pagues tu mal humor, sabes que cuentas con nosotras y te ayudaremos en lo que necesites.

—Disculpen, pero es que... —se interrumpió— hoy le toca a él, mañana será mi turno.

—A caramba —dijo Elena riendo— ya veremos que te pone a hacer o si vas a ser capaz de hacerlo.

—Pero es que ¿qué? —dijo Alejandra, haciendo referencia a su anterior comentario.

Camila se cubrió el rostro con las manos, no sabía exactamente lo que quería decir o lo que sentía, la confusión que reinaba en su cabeza fue aún mayor. Decidió ser honesta... pero no del

todo.

—Le verdad es que decidí disfrutar y seguirle la corriente —dijo mientras buscaba la aprobación de sus amigas, al ver que ninguna de las dos emitía algún comentario prosiguió— cada vez que lo veo o que estoy cerca de él, me encuentro nerviosa, a la expectativa de lo que va a suceder, no logro pensar bien y me comporto como una... jovencita —concluyó apenada después de pensar un poco en la palabra que buscaba.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Alejandra.

—No —dijo vehemente— no —repitió con menos seguridad, mientras meditaba en su respuesta— no, no creo —expresó dubitativa.

Elena y Alejandra se miraron risueñas, mientras hacían señas burlonas hacia Camila que las observaba sonrojada. Era la primera vez en todos los años que llevaban conociéndose que su amiga se comportaba de aquella forma y era refrescante verla.

—Yo creo que ya la perdimos —dijo Elena.

Después de terminar con todos los preparativos para la subasta, las amigas se dirigieron hasta la habitación que tenían reservada, gracias a los buenos oficios del señor Johnson o de Matthew como le decían sus amigas, con el propósito de prepararse para el evento, utilizaron unos de los uniformes disponían para esas ocasiones, el cual consistía en una falda negra ajustada que apenas llegaba hasta la rodilla, con un top del mismo color y un blazer gris plomo, que se ajustaba en un único botón a la altura de la cintura con algunas aplicaciones en negro, el cabello decidieron dejarlo recogido con algunos flequillos.

Matthew se encontraba frente al espejo se ajustaba la corbata mientras pensaba en lo complacido que se encontraba por la manera en que marchaba la recolección, esa tarde su asistente le informó de los avances y de los diferentes mensajes que estaban recibiendo de felicitaciones por la jornada emprendida, la imagen de Camila apareció en su mente, últimamente pensaba mucho en ella, encaprichado, expresó en voz audible, eso es lo que estoy, y tiene que acabar pronto. Seguro que la interrupción que tuvo lugar el día de la cena afirmó las ganas que ahora le parecían inaguantables. Convencido que solo después de acostarse con ella podría pasar la página, un destello de arrogancia brilló en sus ojos, ante la epifanía de que muy pronto ella estaría entre sus brazos, y con todo lo que había pensado hacerle... su cuerpo respondió ante las imágenes que se agolpaban una tras otra en su mente, con tanta nitidez como si de un recuerdo del pasado se tratara.

—Hoy no es el día Camila —dijo en voz alta frente al espejo— pero mañana sí.

Lamentó no pasar por ella como estaba previsto que lo hiciera, pero tuvo que atender unos asuntos que requerían de su presencia por lo que designó a su asistente como portador del mensaje en el que le avisaba que debía bajar sola.

Un cuarteto de cuerdas amenizaba el lugar donde se llevaba a cabo la subasta, al sonido de los violines y el violonchelo, los invitados eran recibidos en aquella sala por unos jóvenes quienes le entregaban un folleto, que contenía el resumen de la información de los artículos que serían vendidos, por email e incluso en la página web que fue creada especialmente para esa ocasión, se encontraba toda la información que se necesitaba incluso de las personas que contribuyeron tan generosamente con la causa.

La subasta estaba por comenzar, ya habían pasado 45 minutos desde que empezaron a llegar los primeros invitados, los cuales se encontraban admirando la diversidad curiosos objetos que eran ofrecidos, habían trajes y vestidos de diseñadores de renombre, instrumentos musicales (una guitarra acústica con la que aseguraban había aprendido a tocar un reconocido cantante), algunas

pinturas y esculturas, también había un fin de semana en un lujoso yate que ofrecía un amplio recorrido por diversas islas. Camila se encontraba al mando de lo que sucedía en aquella sala, inspeccionaba que los presentes fueran correctamente atendidos por los expertos en cada producto, Elena ya se encontraba en la tarima con la persona encargada de llevar a cabo la subasta y Alejandra coordinaba las bebidas y los tentempiés que los meseros se encargaban de servir. Era un ambiente muy distinguido, resultaba obvio que todos los productos ofertados recolectarían una gran cantidad de dinero.

Camila sintió el momento justo en el que Matthew entró en aquella sala, ¿cómo era posible que hubiese una conexión con él? No necesitaba un reconocimiento visual para confirmar lo que cada centímetro cuadrado de su piel le gritaba, Él estaba allí. Se recordó que a partir de ahora iba a disfrutar de aquel hombre, en todos los sentidos posibles, ella triunfaría.

—Ada —susurró una voz oscura, cargada de deseo desde su espalda.

—Señor Johnson —respondió con una cautivadora sonrisa, estaba segura de que su cambio de actitud no pasaría desapercibido—. ¿Cómo se encuentra? —preguntó mientras recorría lentamente a su acompañante de los pies a la cabeza. Al parecer Matthew quedó más desconcertado de lo que había supuesto, así que aprovechando aquel momento de vulnerabilidad, continuó diciendo— no hace falta que responda ya veo que está muy bien.

¿Qué rayos estaba pasando? Se preguntó Matthew mientras que Camila lo observaba como si fuera un trozo de chocolate a punto de comérselo, él no se molestaba, bueno si se molestaba, pero era sólo por el hecho de que no podía arrastrarla hasta un lugar oculto para poseerla, estaba seguro que no podría llegar ni al vestíbulo del hotel para subir a su habitación. Algo había cambiado pero si ella pensaba que provocándolo iba a echarse para atrás estaba muy equivocada, así solo lograba que la espera fuera más atrayente aunque un poco dolorosa en algunas partes del cuerpo.

—Ya veo que hoy, mi querida Ada, estás desatada —expresó sarcásticamente poniendo énfasis en la última parte de la palabra— ese debería ser tu nombre, la verdad es que Camila no va contigo.

—Señor Johnson —dijo en un susurro, mientras se inclinaba como si fuera a hacerle alguna confidencia— la verdad —continuó repitiendo alguna de las palabras que él expresó— la verdad —repitió mientras se humedecía los labios— es que puedes llamarme de la manera que mejor se te antoje —luego le hizo un guiño.

¿Un guiño? ¿Camila me guiñó un ojo mientras coqueteaba? Se preguntó asombrado. Sonrió, le encantaba aquella camaradería que existía entre ellos, esa nueva faceta de “femme fatale” lo volvería loco en menos de cinco segundos, tenía que neutralizarla. Ese no era el día.

—Lo tomaré en cuenta, pero por ahora, sólo quería decirte que ya tengo la apuesta de hoy.

—La apuesta de hoy —repitió lentamente Camila, que había olvidado por completo las reglas del juego en el que estaba metido, había disfrutado tanto mirando el desconcierto en la cara de Matthew que al sentirse ganadora bajó la guardia— tú dirás —contestó con una sonrisa perversa —, estoy impaciente por escucharla.

Matthew miró a su alrededor, aunque notó por un momento el desconcierto en la mirada de Camila ya había desaparecido, ahora solo podía ver el desafío. El juego se ponía cada vez más interesante, esta vez era su turno de morderse el labio inferior antes de inclinarse hasta que su boca estuvo a solo un centímetro de la oreja de ella.

—Esta noche, mi querida Camila, te vas a subastar. —luego terminó de recorrer la distancia que los separaba y le dio un pequeño mordisco en el lóbulo antes de retirarse y contemplar la

expresión anonadada de Camila—. ¿Eres capaz?

Horas después, mientras transcurría el evento, Camila ya había trazado un plan, sus amigas ignoraban lo que estaba a punto de hacer. Estaba segura que la apoyarían, pero los nervios de explicar lo de la subasta era más de lo que su cuerpo podía soportar, durante el interludio, tuvo que explicarle al orador lo que quería que hiciera, aunque se mostró renuente al principio, hablando de su reputación para aquel tipo de eventos, Camila supo convencerlo, ya que lo obtenido iba para una causa benéfica. Así que ahora estaba, frente a la escalera que sólo la separaba del escenario por los cinco escalones que a su parecer equivalían a cinco montañas Everest, cinco obstáculos por superar ante de presentarse a prácticamente venderse a un público que se encontraba presto a colaborar con la causa de mujeres que habían sido abusadas sexualmente. Recordó las únicas palabras que eran suficientes para animarla « ¿eres capaz? »

—Buenas noches tengas todos —dijo Camila después que el orador la anunciara como una sorpresa de la noche, las luces del salón disminuyeron mientras un reflector la iluminaba completamente, se había soltado el cabello y retocado el maquillaje— para los que no me conocen mi nombre es Camila Uzcátegui, una de las propietarias de la compañía que está a cargo de la organización de este evento, en el que espero que todos estén disfrutando.

Matthew miraba absorto a la hermosa mujer que se encontraba en aquella tarima, detalló cada parte de su cuerpo, su silueta que estaba tan bien proporcionada que si realmente hubiese sido un lobo, se encontraría aullando en ese preciso momento. No sabía por qué pero, al ver a Camila, y pensar los nervios que debía sentir en aquel momento su corazón latió con más fuerza, sus manos comenzaron a sudar y se lamentó de haberla colocado en aquella situación, pero por ningún motivo pensó que se atrevería.

—Cuando subí a este escenario quizás lo hice por los motivos equivocados —continuó diciendo— pero ahora que lo pienso —dijo mientras sonreía, sacudiendo su mano como quitándole importancia a lo que había dicho— ¿Se preguntarán por qué he interrumpido la subasta para dirigirme a ustedes? Permítanme contarles una pequeña historia —tomó un pequeño respiro y buscó a sus amigas antes de proseguir— hace muchos años, una persona cercana a mí fue abusada sexualmente, para nosotros, fue muy difícil, no pasaba un día sin cuestionar lo sucedido, ver como poco a poco esa persona fue cerrándose al mundo con un temor que dominaba su vida, era muy frustrante —su voz se entrecortó producto de la emoción— había días en los que no podía dormir, su tragedia también fue mía, y aunque ella no lo sabe tuve que asistir a terapia para poder superar el dolor que sentía por lo que le había sucedido y poder aprender alguna manera de ayudarla.

Era la primera vez que Elena y Alejandra escuchaban aquella historia, ignoraban la magnitud de afectación que su amiga sufrió cuando eran apenas unas adolescentes.

—Esa es la razón por la que estoy acá, quisiera de alguna forma aportar un poco más a esta noble causa, por lo que se me ocurrió subastarme, en el mejor sentido de la palabra —aclaró— como les dije, soy en parte responsable por este evento, por lo que ofrezco mis servicios de organizadora para ser subastado esta noche.

Por un momento la sala permaneció en silencio, los presentes estaban evaluando lo sucedido, aquellos escasos segundos parecieron horas, al parecer —pensó Camila mientras recorría con la mirada el lugar— era un completo fracaso, humillación fue lo que sintió antes de escuchar la primera oferta, que fue seguida por otra y otra más, sonrió al ver como el orador continuaba animando a las personas a que ofertaran por ella.

Aquello fue un caos, pensó Matthew mientras observaba a Camila con las manos entrelazadas en la parte delantera mientras sonreía como una niña, por todas partes se escuchaban ofertas,

sintió júbilo por su victoria, ya había pensado que si alguien no ofrecía nada, él ofertaría y quedaría como un caballero de brillante armadura que acudía a su rescate.

—Setecientos mil a la una —dijo el orador

¿Realmente iba a permitir que otra persona se la quedara?

—Setecientos mil a las dos —continuó el orador.

—Un millón —dijo mientras alzaba la paleta que contenía su código, esa mujer es mía, nadie va a pagar por ella pensó.

Aquella noche, Alejandra y Camila se quedaron a dormir en la habitación que tenían asignada en el hotel, mientras que Elena y Adrián regresaron a su casa. Mientras subían por el ascensor, Camila recordaba el abrazo que Elena le brindó luego de bajar del escenario.

—Perdón —susurró Elena entre sollozos— no sabía —no pudo agregar nada más.

—No tienes nada por lo que disculparte —expresó aún unida a aquel abrazo.

—Pero es que...

—Es que nada —la cortó Camila— tú no eres culpable de nada, no tenías por qué saber nada, además eso pasó hace mucho tiempo y ya no importa.

—Gracias, hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que las afectó lo que pasó.

Se unieron en un abrazo grupal, que les recordaba que la mejor familia es aquella que se escoge, los lazos de amistad y de amor que las unían eran más fuertes de lo que cualquiera podría imaginar.

—Hoy fuiste la sensación —dijo Alejandra, después de que cada una tomara una respectiva ducha— como dirían por allí, te robaste el show.

—No fue adrede.

—Pagaron por ti más que por el crucero —ambas se rieron— entonces dime, qué razón oculta hay para que te subieras literalmente a subastarte.

—Fue aterrador —confesó— hubo un momento en el que no reconocía ninguna de las caras que estaban frente a mí, hasta creí que nadie me compraría.

—Yo no sé cuánto tiempo pasó desde que terminaste de hablar hasta que comenzaron las ofertas, pero yo estaba buscando a Tom para que no te quedaras...

—Me imagino —la interrumpió, entre risas— no esperaba menos de ustedes, la verdad es que fueron unos segundos escalofriantes.

—Afortunadamente saliste bien parada

—No podía creerlo mientras todas esas personas pujaban por mí.

—Al final fue Matt quien se llevó el premio.

Estaba desconcertada, durante toda la velada Matthew la había evitado, sólo habló con ella cuando le puso el reto, incluso después de la astronómica suma que ofreció por sus servicios, ni siquiera fue capaz de alardear de su victoria, no entendía lo que pasaba por la cabeza de aquel hombre, había coqueteado con él, comportándose más desvergonzada de lo que regularmente se permitía, pero para situaciones difíciles comportamientos desesperados, se justificó, no sin pasar por alto el hecho de haber disfrutado de aquella picardía, ¿sería eso lo que lo alejó?

CAPÍTULO X

—Señorita Camila —llamó un joven desde la puerta.

Camila se encontraba enfrascada en la organización de los recuerdos que serían entregados aquella noche a los presentes como muestra de su colaboración y solidaridad. Daba instrucciones a diestra y siniestra, todo tenía que estar perfecto.

—Señorita Camila —repitió la voz un poco más fuerte que la vez anterior.

—Dígame —respondió sin prestar mucha atención— usted puede hablar y yo escuchar, no hace falta que lo mire directamente, ¿en que lo puedo ayudar? —preguntó mientras se sumergía en el contenido de una caja.

—Me enviaron a buscarla y a decirle que ya pasan quince minutos de la cuatro de la tarde —dijo algo nervioso el caballero que cada vez más incómodo.

—Gracias, ya se la hora —dijo mientras se colocaba de pie— me disculpo por mi comportamiento, pero estoy un poco atrasada y eso me exacerba un poco, incluso aun ahora no sé quién es usted y que hace aquí, si puede ayudarme a entenderle le agradecería —concluyó y sonrió para tratar de disculparse por su comportamiento.

—Es sólo la persona que me ayuda el día de hoy —dijo Raúl el asistente del señor Matthew Johnson— tuve que venir directamente porque estoy tratando de controlar a la estilista que tiene más de quince minutos esperándola en la habitación y que amenaza con irse si usted no sube inmediatamente, cosa que si sucede logrará enfadar a mi jefe, que según me informó le había puesto al tanto del itinerario del día de hoy, que siendo sincero me parece algo exagerado y fuera de lugar, pero yo no soy la persona indicada para evaluar o juzgar sus deseos, así que por favor le agradecería encarecidamente que me acompañara hasta la habitación para que puedan arreglarla para esta noche.

Camila observó detenidamente a aquel hombre que exudaba molestia por las tareas que le habían impuesto para ese día, seguramente no lo había tenido fácil y ella no colaboraba, por un momento le provocó despotricar y mandarlo a buscar un GPS para mandarlo derechito a la Conchinchina, pero en ese momento vio un destello en la mirada de Raúl que le pedía que no se lo pusiera difícil, la cita que Matt le había colocado se le había olvidado por completo, si era sincera con ella misma, debía de reconocer que los nervios la gobernaban y que sentía un terror injustificado por lo que sucedería en las próximas horas.

El día anterior aquel hombre la confundió por completo, no se acercó a ella más de lo estrictamente necesario, no buscó aproximarse ni hablar aunque sea un poco después de haber cumplido con aquel reto, fue como si se lo tragara la tierra, por un momento pensó en la posibilidad que se hubiese ido del evento acompañado por alguna de las elegantes y bellas mujeres que siempre estaban revoloteando a su alrededor, como si él fuera una hermosa flor llena de néctar y ellas las abejas deseosas de tener la suerte de ser la elegida para polinizar aquella planta, se rió, que metáfora más patética para reflejar el hecho de que Matthew era atractivo y que originaba una respuesta sexual a todas las mujeres que estuvieran a su alrededor.

—Yo me encargo —dijo Elena que escuchó aquella retahíla de quejas y que le permitió volver a la realidad de donde sea que estuviese— anda tranquila que ya Alejandra y yo terminamos.

—Gracias —respondió el hombre como si le acababan de conceder un deseo oculto.

Raúl la dirigió por los pasillos hasta una nueva habitación, la conversación fue amena y aunque quiso interrogarlo al mejor estilo de cualquier organización policial, cuando hizo un muy breve comentario acerca de todo lo que había tenido que hacer para aquel día, se mantuvo centrada y trató de no parecer ansiosa, debió de haber notado su turbación, porque al reparar en su expresión sólo agregó: “no se preocupe señorita, muchas personas pensarían que usted es muy afortunada, y créame que todo esto es la primera vez que me dicen que lo haga... y espero que la última” agregó mostrando de alguna manera no solo su turbación sino también lo atípico de la situación. Abrió la puerta y allí estaba tal y como lo anticiparon la estilista con una lista de quejas e inconformidades.

—Quizás no pueda hacer lo que me han pedido, ya hemos perdido muchísimo tiempo y tengo otra cita en menos de dos horas.

—Sé que lo harás lo mejor posible, eres genial y todos lo sabemos —dijo Raúl, luego dirigiéndose a ella— creo que es conveniente que no tarde mucho en la ducha, en el baño encontrará todo lo que necesita, por favor no hagamos esperar más Ángela.

Camila se disculpó por la demora y prometió no tardar más de 10 minutos, sin embargo no fue suficiente para que Ángela se calmara, en ese momento el sonido de la puerta interrumpió las nuevas diatribas de aquella mujer, cuando entró el servicio de habitación con una botella de champaña, varias copas y algunos aperitivos. Eso sí que logró calmar su furia, que ahora como por arte de magia estaba ahora sentada en el sofá de la habitación con Raúl hablando amablemente mientras sostenía una copa del líquido burbujeante.

No fue sino hasta entrar en el cuarto de baño, que Camila se dio cuenta que aquella era una habitación distinta a la que había ocupado la noche anterior, recorrió con la mirada el lugar, una bata de baño estaba colgada detrás de la puerta, unas pantuflas a juego se encontraban a un lado, en el tocador estaban algunas cremas y productos para el cabello y jabones de varias marcas además de un cepillo de dientes nuevo y una máquina de afeitar. Sacudió la cabeza, los minutos estaban corriendo y ella se encontraba perpleja ante la exposición de cremas, champuses y acondicionadores, tomó lo que se encontraba más cerca de ella y se apresuró a estar lista.

Ángela realmente era estupenda con el cabello, pensó mientras se observaba en el espejo, parecía como si le hubiesen aplicado un brillo extra que ella no sabía que tenía, o quizás era la luz de la habitación, sea lo que sea se sentía encantadora, su cabello resplandecía en un hermoso recogido del que salían unos mechones, también la habían maquillado y una chica que llegó unos minutos después que ella saliera del baño se ocupó de sus manos y sus pies, ahora sus uñas estaban luciendo un coqueto dibujo de florecitas rosadas con unas hojitas verdes.

Sorbió un poco de la copa que sostenía en su mano, el champaña estaba delicioso, en la temperatura adecuada, cada minuto la acercaba a la hora del evento, sus nervios parecían no dejarla en paz ni unos segundos, su cabeza estaba llena de pensamientos, unos más ilógicos que otros, no sabía que esperaba de aquel día, pero de lo que si se encontraba convencida es que disfrutaría todo lo que pudiera, ya no se trataba de ganar o perder, sonrió maléficamente, ese día lo seduciría.

—Aquí está su vestido y sus zapatos —dijo Raúl antes de retirarse— el señor Johnson estará aquí dentro de media hora, le agradece que por favor este lista.

Sobre la cama habían colocado muy delicadamente un estuche grande blanco con un cierre delantero y a su lado una caja de zapatos, por un momento sus manos temblaron ante la expectativa de lo que se encontraría.

—Sea lo que sea —dijo en voz alta armándose de valor— lo voy a lucir y estaré bellísima —

suspiró— Matthew estoy en tus manos —tomó el cierre entre sus dedos— llegó la hora de la verdad.

Parado frente al espejo, Matthew sonreía, la picardía hacía que su mirada fuera sagaz, verificó los gemelos de su camisa, tomó el perfume entre sus manos y leyó la etiqueta complacido con su elección, aquella era la fragancia que utilizaba sólo para ocasiones muy especiales, faltaban sólo 5 minutos para encontrarse con Camila. Había escogido cada una de las piezas que luciría esa noche, estaría hermosísima, y esa noche sería completamente suya. La lección final, la disfrutaría completamente, respiró profundamente tratando de controlar la respuesta involuntaria de su cuerpo ante el deseo, expresó un juramento y salió al encuentro de su ADA, tomó el ramo de rosas y verificó sus bolsillos, le importaba muy poco llegar antes de la hora estipulada, ¿qué tanto podía tardar una mujer en colocarse un vestido?

—¿Se puede? —preguntó desde la puerta después de verificar que se encontraba sin cerrojo.

—Adelante.

¿Quién iba a pensar que una imagen podría dejarte sin aire? Ver a Camila fue totalmente demoledor, la mujer frente a él lucía exquisitamente hermosa, sensual y de alguna manera que no supo entender activó su instinto animal territorial, ella le pertenecía... aunque sea por una sola noche, no podía dejar de admirarla deleitándose en todo lo que alcanzaba a observar, había planificado cada detalle, escogido cada pieza, pero ahora la unión de todos los elementos representaba una verdadera obra de arte, perfecta, etérea, sublime,

Cuando Camila había elegido los colores, a simple vista parecía que la combinación era fatal, él también lo pensó e incluso se vio tentado a desistir que fuera su acompañante, estaba claro que el propósito de la escogencia era mostrar su disgusto por haber perdido aquella apuesta o por lo menos era lo que esperaba, a su mente llegó el recuerdo de sus investigaciones para lograr que a diferencia de lo esperado la combinación de las tonalidades resultara esplendida, por lo que había contratado a alguien que se encargara de diseñar la tela especialmente.

El vestido era muy sencillo, de tirantes y corte recto hasta los tobillos, con unas ligeras aberturas laterales hasta la altura de las rodillas, sus sandalias era de color rosado, el maquillaje, su cabello, incluso sus uñas, todo era perfecto

—¿Te gusta? —preguntó Camila mientras se giraba para mostrar cada ángulo de su atuendo, fue una pequeña victoria que celebró internamente al ver la expresión del rostro de Matthew, lo había dejado sin palabras y eso era algo que esperaba, puesto que él hizo lo mismo con ella.

Ese hombre lucía como salido de su más secreta fantasía: alto, fuerte, varonil, con aquel esmoquin cuyos detalles estaban realizados con la misma tela de su vestido, quizás lo que más le perturbaba era el aroma que expedía y llenaba sus fosas nasales ¿podía ser un olor tan erótico?

—Estas... —el sonido ronco de su voz, le hizo darse cuenta que tenía que tomar el control de la situación, carraspeó antes de decir —estas bellísima— recorrió la distancia que los separaba hasta quedar a un palmo de su compañera, luego depositó un beso sutil en su mejilla. El contacto fue tan sensual que Camila se sintió como si un rayo la hubiese fulminado—. Para ti.

Las flores que admiraba Camila eran rosas rosadas y blancas pintadas de verde fosforescente, había dos de cada una rodeadas por pequeñas flores blancas y envueltas en papel transparente. Un detalle que la tomó por sorpresa.

—Gracias —sonrió tímidamente— son muy lindas y originales —luego de tomar una jarra de agua, a falta de un florero, y de colocarlas en una de las mesitas de noche y admirarlas nuevamente se acercó hasta Matthew y colocándose de puntillas le dio un casto beso en los labios. El contacto anterior la dejó con ganas de más, ahora era su oportunidad de ser más atrevida y de disfrutar tal y

como lo planeó.

—Aun te falta algo —sacando del bolsillo de su saco una bolsita de terciopelo azul oscuro, le entregó unos pendientes, un collar y una pulsera que hacían juego con su vestido. Eran sencillos, como su vestido, hechos de cristales swaroski— Déjame ayudarte con esto —dijo mientras la hacía voltearse para colocarle el colgante.

La imagen que apreciaban sus ojos del cuello desnudo de Camila lo tentaba a acercarse de manera que su nariz pudiera olfatear la embriagadora fragancia y luego sus labios saborearan cada centímetro de aquella extensión de piel. Con toda la intención tocó la piel de ella mientras ajustaba el trancadero, su cuerpo reaccionó instintivamente al contacto. Iba a ser una larga noche pero al final valdría la pena.

Mientras que se trasladaban hasta la planta baja del hotel, hablaron de los resultados del evento, lo que esperaban para aquella noche, era como si necesitasen de una conversación insustancial para calmar el tornado de emociones que los rodeaba. Camila caminó tomada de su brazo, muy cerca de él rozándose ligeramente mientras se desplazaban.

Al entrar en la sala Matthew esperó hasta después de saludar a unos invitados que coincidieron con ellos en la entrada, para preguntar muy cerca del lóbulo de la oreja de su acompañante como si fuera un secreto que nadie debía escuchar.

— Me dirás cuál es mi reto ahora o prefieres esperar.

Camila al sentir el roce del aliento de Matthew olvidó completamente lo de la apuesta ¿cómo podría, después de tomarse tantas atenciones, desearle hacer algo ridículo? Recordó lo que sintió cuando observó el vestido, era muy hermoso y por lo que escuchó de Raúl, la tela la habían diseñado especialmente, sólo un verdadero artista podía hacer que aquellos dos colores se unieran tan maravillosamente. Las sandalias eran de tiras de color rosado y los accesorios eran tan condenadamente hermosos.

—No podría —dijo en un susurro.

—¿No me dirás que te has acobardado? —le reprochó mirándola fijamente a sus ojos, como si deseara perderse en ellos— quiero mi reto y me gustaría que fuera ahora —expresó mientras con el dorso de su mano le acariciaba— estoy seguro que no me desilusionarás.

—He pasado días pensando en la forma de retarte —se sinceró Camila que sentía fuego debajo de la piel que le tocaba su acompañante— pensé en ponerte a cantar por el Karaoke, sé que no te gusta y que nunca lo has hecho, por lo menos en público, así que imaginé que sería algo vergonzoso para ti, pero ahora —continuó mientras se acercaba— en el único reto en el que puedo pensar es en la cantidad de orgasmos que me gustaría me dieras en una noche.

Camila admiró al hombre frente a ella, al ver que no obtenía ninguna respuesta, se sonrojó y quiso que la tierra se abriera y la tragara, también le servía una invasión extraterrestre, lo que fuera para evitar la humillación que ella misma se causó. Los ojos brillantes de Matthew, no expresaban ninguna emoción salvo quizás la de la sorpresa que logró ocultarla rápidamente. Bajó la cabeza y antes de que pudiera disculparse por lo que expresó sintió el contacto de los dedos debajo de su barbilla mientras le subía la cara hasta que no pudo evitar el contacto de aquellos ojos que eran definitivamente su perdición, Matthew bajó la cabeza y la besó en los labios.

—Esta noche cantaré para ti —dijo antes de retirarse y dejarla atónita ante el rechazo.

CAPÍTULO XI

Por un momento, Camila pensó en retirarse de aquel recinto y esconderse en cualquier lugar, su comportamiento nunca había sido tan imprudente, prácticamente se lanzó a los brazos de Matthew y él la rechazó, si no fuera porque estaba allí por trabajo, ya estuviera en el aeropuerto tomando un vuelo para Yemen. ¿En qué estaba pensando? Se censuró, luego de algunos segundos concluyó: “definitivamente no estaba pensando”, ¿Para qué tener un cerebro que dejaba de funcionar en los momentos más importantes?, eso era lo que le pasaba cuando se encontraba cerca de aquella fuerza arrolladora que la arrastraba hasta la estupidez que responde al nombre de Matthew Johnson.

Trató de mantener una expresión neutral en su rostro, de ocultar la aflicción que sentía a través de una radiante sonrisa. Allí estaban sus amigas, dándole apoyo moral, vestidas con colores poco favorecedores pero que al igual que ella las hacía lucir muy bien.

—Debo decir —confesó Elena— que si hubiese sabido que te verías tan preciosa nunca me hubiese vestido con esta combinación.

Todas rieron ante lo ilógico de aquella situación, habían planeado ayudar a su amiga vistiéndose con combinaciones de colores exóticas eso con el propósito de no hacerla resaltar entre la muchedumbre de invitados a la gala, algo así como las organizadoras son las que visten de colores fluorescentes, sin embargo se habían preocupado por nada, Camila estaba magnífica y aunque sus colores eran llamativos todas distaban de verse estafalarias.

—Yo casi me siento mal cuando Tom me dijo que lucía deslumbrante apenas al verme —dijo Alejandra— pensé que sería la única en verme bien... me alegro que no sea así —dijo con un deje sarcástico.

—Por lo menos no podemos quejarnos de pasar desapercibidas —todas rieron.

Continuaron su conversación, dedicándose en esta ocasión al trabajo, la coordinación y los resultados de la noche, afortunadamente, todo salía según lo planeado, Alejandra confesó lo bien que la estaba pasando con Tom, era admirable verla hablar por primera vez como parte de la historia que narraba, a través de los años sólo se ocupaba de dar consejos a sus amigas, era la voz de la razón, nunca la que necesitara el apoyo que diligentemente prestaba.

—Es divertido y me hace sentir bien —concluyó con un brillo en su mirada.

—Me alegro... —respondió Camila antes de verse interrumpida por una hermosa voz de barítono que interpretaba de manera magistral la canción del cantautor venezolano Bésame la boca, atrayendo la atención de todos los presentes.

—¿El karaoke no se había planificado para que comenzara en media hora? —preguntó Alejandra mientras chequeaba la hora en su reloj de pulsera.

—Así es —afirmó algo alterada Camila—. ¿Quién pudo haber dado la orden para adelantar... ¡rayos! —gruñó mientras atónita se desplazaba hasta el lugar destinado para la interpretación de las canciones escogidas cada vez más ansiosa y seguida por sus amigas, que aunque continuaban hablando ella ya no podía escucharlas.

A los 12 años, Camila ayudó a su hermano mayor en los preparativos para hacerle la propuesta de matrimonio más hermosa y romántica que ella había visto. Ese día se prometió que no se

conformaría con menos, que era merecedora de un sentimiento tan puro y especial como el que existía en el matrimonio de sus padres y de su hermano. Ahora frente a esa tarima, observando al hombre que por un tiempo tenía la capacidad de poner todo su mundo patas arriba, vino a su mente aquel recuerdo marcándose en fuego en su piel que sintió arder a través de las armoniosas notas de la melodía que la llenó de una manera inexplicable.

Matthew parecía un profesional, con la arrogancia propia de tener la certeza de estar haciéndolo bien, las palabras parecían acariciarlas logrando que su excitación fuera en aumento, atraído por una fuerza de magnetismo invisible, en medio de la gente que se conglomeraba alrededor de la tarima, él se giró buscándola, cuando sus miradas se encontraron, en ese preciso momento lo supo, de una manera tan contundente como si un tren se hubiese estrellado directamente contra ella, no había vuelta atrás, estupefacta por el descubrimiento del que apenas era consiente, tuvo que abrir ligeramente los labios para poder respirar.

Quizás no fue una idea tan mala, pensó Matthew al ver la expresión de desconcierto de Camila, allí estaba ella, un ángel que lo hipnotizó para hacer algo que no le gustaba. En el momento que observó que ella abría los labios como una tentadora invitación, estuvo a punto de lanzar el micrófono y de arrastrarla hasta algún lugar oscuro donde pudieran estar solos.

Un sonido atronador llenó el salón al terminar la canción, tardó un par de segundos en darse cuenta que era una ovación a su interpretación, sonrió e inclinó ligeramente su cabeza en señal de agradecimiento, y aunque el público pidió a coro que volviera a cantar, él desechó la solicitud, sólo una cosa tenía en mente e iba por ella.

Después de bajar del escenario, muchas personas se acercaron a felicitarle, deseó tener súper poderes para hacerles desaparecer, no es que fuera mal agradecido, era sólo que en ese momento sólo representaban un obstáculo entre él y su Ada, que aún permanecía quieta en el mismo lugar donde la había visto durante su interpretación. Al cabo de unos minutos llegó a su lado e inseguro de lo que debía hacer si tocarla o no, se decidió a susurrarle al oído, sígueme, y ella lo hizo sin dudar ni protestar.

Caminaba justo a su lado sin apenas tocarse, pero para Camila era como si la tuviera envuelta entre sus brazos, la anticipación de lo que venía logró acelerar a su corazón al punto de colapso. La electricidad era palpable, no sabía a donde se dirigían pero esperaba que llegaran pronto. Quería arrojarle a sus brazos y sentirlo muy cerca de ella, embriagarse en su piel, definitivamente no era el amor de sus padres, ese amor que esperaba encontrar algún día, pero lo que no podía negar era la magnitud de los sentimiento que albergaba, más grande de lo que habría esperado, le gustaba y hasta cierto punto le quería pero no como para perder la cabeza, esa noche era sólo para pasarlo bien.

Sin darse cuenta el último doblez que hicieron en el pasillo los llevó hasta una habitación vacía que parecía un depósito, el sonido de la puerta al cerrarse le robó una sonrisa de anticipación, no fue miedo o incertidumbre, fue deseo.

No sabría decir quien dio el primer paso, pero bastó una décima de segundo para que, sin mediar palabras, se arrojaran en los brazos del otro con un hambre que rivalizaba con cualquier otra que pudieran imaginarse, el contacto de sus labios fue profundo e intenso, sus lenguas se unieron en una danza primitiva que parecían haber ensayado durante años.

El contacto no era suficiente, ahora definitivamente su cerebro no controlaba ninguna parte de su cuerpo, era su piel la que puso sus demandas por encima de cualquier otra, necesitaba sentirlo inmediatamente, sus manos recorrían todo lo que estuviera a su alcance, tratando de saciar el hambre que ahora era una necesidad.

Al escuchar el gemido que escapó de los labios de Camila, Matthew creyó explotar, se encontraba tan ardiente que estaba seguro que si no se controlaba su actuación sería mucho más deprimente que la que había tenido a los dieciséis años, algo que ni en sueños permitiría repetir en su vida de adulto conocedor de los placeres. Tenía que sobreponerse y controlar al pequeño volcán que de alguna manera había logrado quitarle el esmoquin e iba por los botones de la camisa, cuando apenas había logrado liberar unos pocos, logró colar la mano por la abertura y ese roce fue un cataclismo para ambos, una explosión.

—Camila —susurró con la voz ronca del deseo, pero las palabras no llegaban a formarse para poder pronunciarlas, por un momento buscó alejarse de todo contacto, necesitaba pensar con claridad— aquí no —casi gruñó molesto por hacer precisamente lo contrario de lo que deseaba, tenían que volver, no pasaría mucho tiempo antes que su ausencia se notara, tenía que hablar con la prensa y dar entrevistas, todo el dominio que había logrado atrapar, como gotas de agua entre sus manos, desapareció al verse perdido en la mirada de deseo que aunque se empeñaba en disimular, era imposible no verla. Tenía que satisfacerla.

¿Qué quiere decir con aquí no? Se preguntaba Camila gritando para sus adentros, era imposible que algún sonido coherente saliera de sus labios. ¿Para qué le pidió que lo siguiera y la había llevado hasta ese depósito si iba a parar? Se preguntaba mientras observaba los rasgos varoniles de aquel hombre, mientras que un rayo de cordura puso a funcionar su cerebro, era ella la que debía estar parando aquella situación y no él, ¡definitivamente mi cerebro y sentido común se tomaron hoy una vacaciones!

Apartó la mirada de Matthew tratando de evaluar la situación en la que se encontraba, su compañero estaba desarreglado, su camisa abierta y fuera de los pantalones, por lo menos gran parte de ella.

—Sin embargo —escuchó que decía mientras interrumpía sus cavilaciones— déjame ocuparme de ti.

—¿Ocuparte de mí? —preguntó sin darse cuenta que repetía en voz alta lo que escuchó.

—Me desafiaste Camila —expresó con una expresión que le recordó a un depredador, y que Dios la ayudara, ella quería ser cazada— y te voy a dar el primer orgasmo de la noche.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios, mientras la distancia que los separaba era cada vez menor, sintió la pared en su espalda, rígida como un punto de apoyo mientras nuevamente los labios de Matthew se apoderaban de los de ella.

Cada uno de sus sentidos fue sobresaturado, vio en cámara lenta cómo se acercaba aquel hombre cuya masculinidad la abrumaba, sus oídos percibían los gemidos suaves y el susurro de las promesas que estaban por cumplirse, su olfato embriagado recolectaba los efluvios que expedía su virilidad, ¡oh que bien olía! ¿Quién iba a decir que un olor podía ser tan sensual?, a través de sus labios saboreaba un ligero sabor de la champaña que se repartía en el evento, y su sentido del tacto no podía estar más impregnado de sensaciones, la lengua grácil e irreverente de Matt exploraba dentro de su boca, su pecho sentía la presión que ejercía aquel cuerpo duro y esbelto al presionarse contra ella y sus manos... sus manos... ¿en qué momento llegaron hasta allí? Qué bien se sentían aquellas fuertes manos en su muslo, trazando caricias de arriba hacia abajo que se volvían más exigente.

En un momento todo cambió, como si la desesperación ganara la batalla, de manera enérgica aunque no desagradable, Matthew dio vuelta a Camila sobre su eje hasta que la espalda quedó apoyada en su pecho, podía sentir los firmes glúteos en su cadera, besó lentamente toda la extensión de cuello dejando pequeños rastros en el camino que no seguía ningún patrón, susurró

ardientes promesas en su oído, mientras que con uno de sus pies separaba aquellas piernas hasta colocarla en la posición que deseaba, sonrió al darse cuenta lo bien dispuesta que se encontraba su pequeña Ada.

Desplazó su mano en un lento recorrido por la pierna, disfrutando de su textura, de su temperatura, sintió tensarse a Camila entre sus brazos, por lo que la fijó con la otra mano al colocarla en su cintura, sentía el calor que emanaba de la unión de sus piernas y era allá a donde se dirigía, aprovechó de morder ligeramente el lóbulo de la oreja para aumentar la tensión de su pasión, sin embargo, fue él quien necesitó de una ayuda sobrehumana, que no sabe de dónde la obtuvo, cuando al fin su mano llegó a la meta propuesta, sentir, por encima de la tela de su tanga, la humedad producto de la excitación que él le causaba casi le hizo rugir de placer, logró apartar ligeramente la prenda hasta que por fin sus dedos hicieron contacto con aquella superficie suave, viscosa y caliente, por lo que, tal y como un científico después de un gran descubrimiento, quería gritar “Eureka”, logró controlar ligeramente su respiración cuando empezó a mover su dedo medio entre los pliegues sensible que sentía estremecer, buscó a tientas el capuchón y concentró sus movimientos en aquel punto alentado por los gemidos cada vez más desesperados de Camila, subió la mano que hasta ahora se encontraba en la cintura hasta tocar la cúspide de sus pechos, logrando el desconcierto que es producido por la pasión animal que los gobernaba.

Continuó con aquellos movimientos eróticos mientras sentía el balanceo de su compañera que buscaba la liberación que tan desesperadamente él quería darle, introdujo uno de sus dedos en la abertura que pronto lo arropó en un ardiente abrazo. Sintió la rigidez previa a la liberación por lo que aumentó la intensidad de sus movimientos, los suaves sonidos de placer quedaron sofocados cuando el orgasmo llegó.

Matthew sentía que la costura de su pantalón estaba por romperse de la presión que ejercía su miembro erecto, a pesar de esa ligera incomodidad entre sus piernas su satisfacción era mayor, era la primera vez que se sentía pletórico por haber sido el causante del gozo de su pareja por sobre el de él.

Camila por un momento perdió la noción del tiempo y del espacio en el que se encontraba, sentía aun su espalda contra el pecho de Matt, leves caricias a lo largo de sus brazos que le producían paz y ligeros besos. Cuando por fin estuvo segura de que sus piernas sostendrían su peso, se separó de aquel punto de apoyo y se dio vuelta para quedar frente a frente, una sonrisa tímida se dibujó en sus labios, ¿Qué debía hacer? Era la pregunta que daba vueltas alrededor de su cabeza, quería acercarse, abrazarlo mientras le besaba y le aseguraba que su liberación había sido mágica, afortunadamente él fue el primero en hablar.

—El primero de la noche —dijo con voz más ronca de lo normal, una sonrisa se dibujó en aquellos labios y la picardía saltó a sus ojos, ese era el juego del que ella si conocía las reglas.

—Eso espero —expresó sintiéndose atrevida, se acercó y besó ligeramente sus labios— estoy realmente deseosa de más, arréglate que debemos volver.

La respuesta de Camila lo hizo feliz, la noche prometía y era completamente suya, al principio esperó una timidez que le hubiese chocado después de lo que habían hecho, pero ella era diferente, era especial, audaz y decidida, quería placer, lujuria y él estaba más que deseoso de ser quien se lo diera. Mientras se arreglaba la camisa y ordenaba nuevamente su atuendo, sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando observó a aquella maléfica mujer quitarse su tanga, sus ojos por poco se salieron de sus cuencas al verla.

—Están húmedas —dijo inocentemente como si esa razón justificara el hecho de que terminaría la noche sin ellas. La vio apretarlas en su mano y buscar de un lado al otro sin saber qué hacer.

—Dámelas —expresó mientras extendía su mano— yo las guardaré en mi bolsillo, piensa que es una garantía para que vengas por ella.

La sonrisa que se dibujó en su cara fue completamente adorable, esa mujer podía volverlo loco en pocos minutos. La tortura a la que se expuso era muy grande, pensó mientras salían del depósito — ahora sabía que estaba sin ropa interior, que la tenía en uno de sus bolsillos y que lo deseaba, su erección no tendría descanso, se lamentó por cada segundo que se convertiría en una agonía hasta que por fin pudiera tenerla completamente desnuda sobre su cama.

Volver a la realidad que los circundaba fue más fácil de lo que pensaba, tomó una respiración profunda al llegar al salón y aunque su cuerpo estaba saciado y vibraba como secuela de lo sucedido, se puso a trabajar ante las miradas atentas de sus amigas.

Lo que el tiempo es algo relativo era algo que Camila nunca había entendido hasta esa noche, decidió dejar de chequear el reloj, cuando concluyó que se trataba de una conspiración de los segundos para retrasar su encuentro, la gente parecía querer permanecer en el recinto más allá de la hora pautada y aunque estaba ansiosa, sonrió al confirmar que Matthew se encontraba en peor estado que ella.

CAPÍTULO XII

Los programas dedicados a la fauna en estado natural, siempre han sido del agrado de Matthew, ver como los animales sobreviven a través de sus instintos más salvajes era, según su apreciación, algo admirable, por supuesto como ser racional cuestionaba algunos comportamientos que consideraba exagerados e incoherentes, como la forma en que los machos de varias especies luchaban incluso hasta la muerte por una hembra, ejemplificaba uno de esos casos incomprensible, sin embargo, al cerrar la puerta de la habitación y apreciar la silueta de Camila tan hermosa frente a él mientras admiraba en penumbra la habitación, tuvo la certeza de que su lado primitivo de hombre de las cavernas estaba al mando de sus acciones, en esos momentos sería capaz de lo inimaginable con tal de estar con ella.

Ahora era un depredador, uno muy salvaje y en celo, que aguardaba a su presa, ella permaneció inmóvil esperando, se acercó y susurró roncamente en su oído izquierdo

—¿Lista para el segundo?

En la comodidad que da la privacidad, los deseos más profundos salieron a flote en un mar de sensaciones abrumadoras.

—Apaga el celular —pidió— no quiero que nadie nos moleste.

Ella sonrió mientras se daba vuelta para quedar frente a él.

—Lo apagué antes de subir —descubrió Camila.

Esa era la señal que esperaba, acercándose se apoderó de su boca jugando lentamente con sus labios mientras que sus manos buscaban la cremallera del vestido, sus manos jugaban por la espalda a medida que descubría cada centímetro de piel, era tan suave que le provocó lamer toda aquella extensión, definitivamente lo haría esa noche.

Poco a poco cada una de las piezas de sus vestuarios fueron cayendo al suelo sin orden alguno, cuando llegaron al borde de la enorme cama King size, que estaba pulcramente acomodada, ya estaban completamente desnudos.

—Estoy hambriento de ti —confesó Matthew mientras desplazaba la mirada por el cuerpo frente a él.

—Entonces devórame —respondió Camila sin ninguna vergüenza.

Matthew tomó la cúspide de sus turgentes senos con sus dedos deleitándose en la tensión que produjo su crecimiento, bajó lentamente sus labios besando todo el camino que describió desde la boca, pasando por el cuello, donde se detuvo lentamente en la parte inferior del mismo, hasta llegar a los enhiestos pezones, disfruto de cada uno de ellos por turnos lamiendo, succionando y mordiendo ligeramente animado por los gemidos de su compañera, que sostenía su cabeza guiando los movimientos y aferrándose tiernamente.

Luego de tenderla sobre la cama, continuó el recorrido de sus besos bajando por su vientre hasta que se ubicó convenientemente entre sus piernas separándolas logrando ubicarse entre ellas, se tomó unos segundos para admirar la belleza de la mujer que estaba por poseer, su rostro mostraba sin ninguna vacilación el estado de excitación en el que se encontraba, y para Matt fue la visual más hermosa que pudiera recordar, hasta su ego se vio fortalecido por el orgullo que le producía toda aquella situación.

Utilizando sus manos separó más los muslos de Camila para hacer el espacio suficiente y bajando su cabeza hasta los labios de ella los lamió disfrutando de como si de ambrosía se tratara, luego se dedicó a dar todo el placer que pudo, se centró en torturar el clítoris con su lengua mientras introducía el dedo medio en ella aumentando de esa manera el sonido de los gemidos que cada vez eran más desesperados, la sentía cerca del orgasmo y no la dejaría hasta que probara de primera fuente los resultados de su liberación, y así fue como tras una leve tensión, notó el placer desbordado de su amante.

Después de disfrutar hasta el último de los espasmos de Camila, se incorporó y la penetró en un movimiento rápido y fluido, sentir su miembro abrazado por la piel de su compañera era una deliciosa tortura, la calidez que lo rodeaba y la presión que ejercían sus músculos a lo largo de su eje fue suficiente para casi perder el control, respiró profundamente, ajustando sus movimientos, sus envestidas fueron en aumento a medida que Camila desplazaba sus manos sobre su espalda, animándolo a seguir y luego sus caderas se vieron envueltas por unas espectaculares piernas que lo sujetaban como si su vida dependiera de ello. Tras unos minutos de ardientes deseos y movimientos sensuales, gemidos roncós, abrazos y besos por fin Matt alcanzó el anhelado orgasmo, no sin darse cuenta que su compañera lo acompañó en ese recorrido.

En la quietud que sigue a aquel vorágine de sensaciones, Camila trataba de ajustar su corazón para que latiera de una manera regular, se entregó sin barreras disfrutando de cada uno de los momentos transcurridos, sonrió pensando que valió la pena cada segundo del martirio impuesto por la espera antes de su reunión. Matthew salió de ella y se incorporó sentándose en el borde de la cama por lo que ella apreció las marcas que sus uñas dejaron en su espalda. Después de unos segundos, al ver permanecer casi inmóvil a su compañero, decidió levantarse e ir al baño y asearse, utilizó una de las batas de baño que se encontraban detrás de la puerta para cubrir su desnudez al salir.

—A sido asombroso —dijo Matthew extendiéndole un vaso de una bebida de color rojo —es un energizante para después del ejercicio —aclaró con una sonrisa en los labios—, aún no he terminado contigo.

Una promesa que cumplió al pie de la letra, por lo menos tres veces más, fueron creativos y se divirtieron en todo el proceso, así como en los intermedios donde mantuvieron una conversación superficial que en su mayoría giró alrededor de los eventos de la recolección.

Fue natural, sin ningún tipo de presión, pensaba Camila la mañana siguiente mientras observaba dormir a Matthew, la noche hasta cierto punto fue mágica, estaba algo adolorida por el ejercicio, pero no se quejaba, esperaba que pudieran repetirlo, no debía confundirse, se recriminó, no era una adolescente, aunque cada célula de su cuerpo le gritara que le pertenecía al hombre con el que compartía la cama, no sería tan estúpida para decírselo, por lo menos de forma verbal, sin embargo le mostraría sus sentimientos a través de sus actos.

Una sensación agradable a través de su dorso interrumpió el descanso de Matt, las caricias le hicieron sonreír antes de abrir los ojos, desperezándose poco a poco como si de un sueño se tratara, abrió los ojos para encontrarse con una realidad que no esperaba.

En sus planes nunca estuvo quedarse a dormir, tampoco que aquella sonrisa que admiraba le acelerara el corazón, algo no estaba funcionando correctamente, se dijo, un frío invadió su cuerpo recorriéndolo por completo, era una sensación extraña que producía el calor que sentía en su corazón, tenía que terminar esa absurdez que se negaba a identificar.

—¿Cómo dormiste? —preguntó Camila con un brillo de travesura en sus ojos.

Rayos la deseaba otra vez, no se había saciado con la noche llena de acción que compartieron

y ahora aunque su cuerpo reclamaba por tomarla, no lo haría sin ponerse en un riesgo que se negaba a tomar.

—¿Qué hora es? —preguntó haciendo caso omiso a la pregunta de ella.

—Las 10 de la mañana —respondió algo inquieta.

Las mujeres son unas profesionales para detectar el ambiente que las rodea, el brillo de la mirada de Camila cambió y fue cuando supo que algo no estaba bien. Detuvo las caricias que realizaba en su pecho y se apartó un poco. Por eso odiaba la mañana siguiente, se reprendió internamente, el momento incómodo que se formaba por una despedida que tenía que suceder, era lo que el evitaba marchándose y durmiendo solo en su cama, ya ni sabía cuántas habitaciones alquiló en el hotel para tener todo preparado. Se levantó sin decir ninguna palabra y se metió en el cuarto de baño.

Tomó una ducha tratando de que el agua le ayudara a entender todo lo que sentía y luego se observó en el espejo, estar con Camila fue totalmente diferente a cualquier mujer del pasado, su entrega fue total, abierta y perfecta, se reprimió por la respuesta de su cuerpo al recordar lo que hicieron, no podía dejar que aquello continuara. Saliendo del baño, comenzó a vestirse.

—Se me hizo tarde —se excusó, mientras observaba a Camila quieta en la cama—, si quieres desayunar pide servicio a la habitación que yo me encargo de cancelarlo —aquella mujer no se movía solo lo miraba sin perder de vista ninguno de sus movimientos, ahora era el momento de la estocada final, se acercó y besó su frente— ¿Quién iba a pensar que al final obtendría mi premio con el agregado de la lección aprendida?

La expresión de Camila cambió radicalmente, la máscara de tranquilidad que hasta ahora lucía se derrumbó en desconcierto

—¿Premio? ¿Lección aprendida? —susurró con la certeza de que la respuesta no iba a agraderle, sin embargo tenía que saberla, no podía quedarse en la ignorancia, supo desde el momento en que sus ojos se encontraron con los de un desconcertado Matthew que algo estaba mal, que las cosas no habían sido tan perfectas como ella había creído y ahora era el momento de que le abrieran los ojos y aunque sabía que iba a dolerle debía ser valiente.

—Si Ada —respondió consiente del puñal que clavaba en aquella hermosa mujer— nunca participes en un juego que no puedes ganar, aunque debo admitir que fuiste una gran contrincante —tocó su nariz con la punta de su dedo— la pasé muy bien, cuidate, todo esto fue parte de una lección que espero hayas aprendido —y dándose vuelta caminó y salió de la habitación.

El tiempo transcurrió en cámara lenta mientras Camila permanecía con la mirada fija en la puerta cerrada, muy dentro de su ser esperaba que en cualquier momento entrara Matthew con la bandeja del desayuno y una sonrisa de esas que le iluminaban completamente el rostro diciendo algo como: “solo estaba bromeando” o algo parecido, pero el peso de la verdad se asentaba con mayor fortaleza en su pecho oprimiéndolo hasta causar un dolor sordo que se negaba a irse.

Cuando por fin logró levantarse de la cama, repasó los acontecimientos, las señales y las conclusiones que al parecer erróneamente sacó, fue hasta el baño y tomó una larga ducha, pretendía librarse de la vergüenza que sentía, que la aliviara de alguna forma y aunque lo hizo sólo fue a nivel físico, la pena estaba instalada en el interior de su cuerpo y parecía que la acompañaría por un tiempo prolongado.

Caminaba sobre un suelo que semejava la consistencia de algodones, una solitaria lágrima recorrió su mejilla, pasó sus manos por sus cabellos señal de frustración, ajustó la cuerda que sostenía en su lugar la bata de baño, se sentó en el piso afincando la espalda en el borde de la cama.

—Solo 15 minutos me voy a permitir sin control —susurró— después de eso me tengo prohibido perderlo.

El sentimiento que albergaba su corazón era producido por sentirse vulnerable, de alguna forma le otorgó poder a Matt de hacerle daño, eso fue cuando descubrió la intensidad de los sentimientos que él le inspiraba, la utilizó, bueno eso es relativo, reflexionó, su victoria no consistía en que pasaran la noche juntos, en honor a la verdad ambos la pasaron muy bien y se utilizaron mutuamente y ella no tendría ninguna objeción en repetirla, su ganancia estuvo en la lealtad de unos sentimientos que despreció sin saber que existían.

—Así que esto es lo que se siente al tener un corazón roto —dijo con la cabeza apoyada en las rodillas— quizás necesite 30 minutos en vez de 15.

—Vas a contarme todo —dijo Alejandra mientras entraba en la habitación de Camila sosteniendo un neceser que contenía la muda de ropa que preparó para aquel día.

Después de sus minutos de autoflagelación, Camila encendió el teléfono y llamó a su amiga para que le trajera lo necesario para acomodarse y poder salir de aquel lugar.

—Hay mucho que contar —respondió escondiendo el dolor que la embargaba— pero no lo haré hasta que esté Elena con nosotras.

—Sólo adelántame algo —pidió con ojos tiernos su amiga— ¿estuvo a la altura?

Sonriendo, al recordar todo lo que hicieron la noche anterior, respondió.

—Te lo diré de esta manera, yo esperaba observar el cielo y me llevaron a ver la vía láctea.

—Tú y tus cosas —respondió Alejandra entre risas— y ¿para cuándo es la próxima cita?

No hubo manera que Camila disimulara el sufrimiento que la pregunta le causaba.

—Esa —dijo pausadamente tratando de que no se le quebrara la voz— es una de las cosas que tengo que contarles —concluyó lo más estoicamente posible.

—No salió bien —dijo Alejandra como una afirmación, eso era lo que odiaba de las relaciones, el dolor que infligían, se acercó y la abrazó en señal de apoyo— no importa, ¿Para qué preocuparse por un pez cuando hay tantos otros en el estanque?

Las risas no se hicieron esperar, sus amigas nunca la juzgarían y le brindarían apoyo siempre que lo necesitara, ¡qué hermosa bendición Dios le otorgó cuando puso en su camino a dos personas tan maravillosas como Elena y Alejandra, sus hermanas no por obligación sino por decisión.

Como era de esperar, siempre que alguna tenía alguna dificultad, las otras dos se presentaban con alimentos, bebidas y golosinas. Camila les contó lo sucedido, sin tantos detalles como se lo pedían, pero con la cantidad suficiente de información para que supieran que la había pasado bien y que no se arrepentía de lo sucedido.

—Fue maravilloso —concluyó— creí que existía una conexión entre nosotros pero me equivoqué y eso es lo que me perturba, no pensé que estuviera tan equivocada..., se tomó tantas atenciones el vestido, la estilista, los zapatos hasta los accesorios —guardó silencio recapitulando en lo sucedido— les aseguro que estoy bien, algo desilusionada porque siendo sincera quedé con ganas de más, ¡qué hombre tan maravilloso! —dijo con la intención de desviar la atención de su incomodidad.

Todas rieron y bromearon con los prodigios y maravillas que deben tener los hombres en la cama, pero luego de un momento de silencio fue Elena la que preguntó.

—¿Te enamoraste?

¡Qué pregunta tan difícil! Pensó Camila, ¿estaba enamorada? Se preguntó y unió todas las piezas del puzzle, casi que enumerándolas mentalmente con sus dedos: primero su comportamiento errático ante la presencia de Matt, segundo la forma que tenía de cambiar su humor, tercero la forma en que su corazón latía salvajemente ante su presencia, cuarto las ganas que siempre tenía de verlo, quinto lo maravillosa que era su sonrisa, sexto la manera desenfrenada en la que se comportó en la intimidad con él, séptimo... para qué seguir numerando cosas si ya conocía la respuesta, sin embargo una cosa era saber que estaba enamorada de Matthew y otra decirlo en voz alta, si no lo expresaba quizás seguiría mintiéndose, pero eran sus amigas las que estaban frente a ella con ganas de ayudarla, a ellas no les mentiría, después de un sonoro suspiro respondió.

—Es alguien diferente para mí, alguien que me hubiese gustado conocer, no les voy a negar mis sentimientos hacia Matthew... pero no es nada que no sea reversible.

CAPÍTULO XIII

—¿Y ahora qué le pasa? —preguntó Jimena, la secretaria personal de Matthew, después que escuchó el sonido de varios objetos caer al suelo desde la oficina principal.

—Lleva semanas así —respondió Raúl sombríamente— todo le molesta y se altera por cosas insignificantes.

—Cualquiera diría que le aflige el hecho de que la recolección haya sido un éxito —reflexionó la secretaria— está así prácticamente desde ese día.

—Lo que me provoca es agarrarlo por los hombros y... —estaba diciendo el asistente hasta que se vio interrumpido por la voz de su jefe que a gritos solicitaba su presencia— aquí vamos otra vez —murmuró.

—Suerte.

Matthew estaba visiblemente molesto, debía tener los contratos para la adjudicación de unas propiedades, cuando comenzó a descargarse acerca de la ineptitud de sus empleados, Raúl le mostró la puta carpeta azul que estaba en su escritorio desde la tarde del día anterior, ni siquiera dijo una palabra, sólo la señaló con su dedo. ¿Qué le pasaba?, reflexionó, no era una persona que se distrajera con facilidad y ya era como la... ¡qué importa! Ya había perdido la cuenta de las veces que se ponía en una posición tan ridícula.

Su asistente tenía años trabajando para él, era una persona muy reservada y que sabía cuál era la forma en que le gustaban las cosas, por eso se llevaban bien, pero hoy parecía que quería decirle algo.

—Siéntate —dijo lúgubre— y dime que es lo que quieres decirme, y no me digas que nada — se adelantó al ver la sorpresa de Raúl— ten las bolas de decirme lo que estás pensando.

Observó el cambio de las emociones que sentía su asistente, que no se sentó tal y como lo ordenó, Raúl se mantuvo de pie y separó ligeramente las piernas, quizás de forma inconsciente preparándose para las consecuencias de lo que sea que fuera a decirle.

—Señor —comenzó con una voz fuerte y clara— ya que lo dice de esa forma, no le voy a hablar como su empleado, sino como un hombre.

—Adelante —respondió al ver que Raúl esperaba por su consentimiento, tenía que admitir que ese hombre tenía agallas.

—Usted lleva semanas fuera de su zona de confort, un mes o quizás más, y todo desde que conoció a cierta mujer, primero mandó a hacer un montón de cosas, el diseño de una tela, de un vestido, de unas joyas —dijo enumerando con sus dedos— hasta zapatos mandó a comprarle, en esas semanas aunque pedía, a mi parecer, locuras se le veía feliz, tenía otra expresión en su rostro. Luego de la gala de colores —continuó rápidamente como para no perder el valor— todo cambió, ¡Jefe si hasta cantó en público! Y yo sé lo difícil que es eso para usted, y después que la consigue, que obtiene el premio que tanto buscó lo deja y se convierte en un ogro para todos los que estamos a su alrededor.

—¿No se te ha ocurrido pensar que ella me rechazó y es por eso mi molestia?

—Hasta el día de hoy jamás pensé que usted me tenía por idiota —respondió ofendido el asistente que permanecía de pie.

—Tienes razón disculpa.

—Si me permite un consejo, no le tema al cuero después de matar el tigre. Hágase un favor y por añadidura a todos los que tenemos que soportarlo, llámela o supérela —y dándose vuelta salió de la oficina.

Un sentimiento de culpa embargó a Matthew que reflexionaba en las palabras de su asistente, tomó el teléfono y solicitó una reunión para el día siguiente con la empresa de Camila, necesitaba verla y después de una reunión de cierre, que por supuesto no era necesaria, podría invitarla a comer y hablar un poco para tantear el terreno que estaría pisando.

Pero las cosas no salieron como esperaba, primero la reunión la hicieron en su oficina y la persona que se presentó fue Elena, quien muy gentilmente diligenció todas los pedidos de cierre de Matt.

—Ha sido un placer para nuestra compañía haberle prestado nuestros servicios —dijo desde la puerta Elena mientras se estrechaban las manos en señal de despedida.

—El placer ha sido todo nuestro —respondió cordialmente.

—Esperamos que la próxima vez que quiera dar una lección, perdón, organizar un evento — señaló con una mirada desafiante— piense en nosotras.

—Ella... —comenzó a decir con el corazón desbocado teniendo la certeza de que Camila habló con sus amigas acerca de lo sucedido entre ellos, por eso cambiaron el lugar de la reunión para que no pudiera verla, pasó sus manos por su cabello en señal de frustración, quería gritar, golpear algo, liberar esas ganas de matar que lo oprimían.

—Camila está muy bien y aunque usted se comportó como un patán —dijo de manera tan amable y sonriente, que si no hubiese estado prestando atención no se habría percatado del insulto — ella ya sabía que lo era por lo que el daño que quiso infligir fue solo superficial, lamento que todo ese esfuerzo que hizo fuera en vano.

La cabeza le daba vuelta, allí estaba ella, sentada en su oficina, frente a la pantalla de su computador sin prestar atención a absolutamente nada, era una cobarde que se escudaba en sus amigas para librar sus batallas, se recriminó, ¿en qué momento se convirtió en una persona temerosa? chequeó la hora en su móvil, ya a esas alturas la reunión debió finalizar.

El día anterior cuando sus amigas le comentaron de la reunión que la empresa Johnson y asociados, solicitó para evaluar el desempeño del contrato establecido, los nervios se apoderaron de ella, sintió como la sangre abandonó su cuerpo y aunque trató de ocultar su consternación al hecho de tener que enfrentarse al hombre causante de su insomnio y del dolor latente en su corazón, no fue suficiente y su afectación no pasó desapercibida, por mayoría de votos (sus dos amigas contra ella) acordaron que la reunión tendría lugar en las oficinas de su contratante y a Elena como representante.

—Es la primera vez que dudan de mi profesionalismo —se quejó Camila cuando se dio por pérdida-y no lo considero justo, soy muy capaz de ver a Matthew y hablar con él.

—No se trata de profesionalismo —respondió cariñosamente Alejandra— es acerca de no complacer al muy desgraciado.

—Es verdad —la apoyó Elena.

—No me veas con esa cara —dijo Alejandra al percatarse del ceño fruncido de su amiga— esta reunión no es más que una tapadera para verte y sólo Dios sabe cuáles son los verdaderos propósitos de ese hombre, que me aspen si permito que se salga con la suya —después de un corto respiro prosiguió— Mañana tienes el día libre, no te quiero en la oficina.

—Además —agregó Elena suavemente— aun te duele todo lo que pasó y no trates de hacerte la

fuerte con nosotras, todavía estoy esperando que vuelva el color a tus mejillas.

Sus amigas tenían razón, pero era tan difícil aceptarlo, así que optó por una salida diplomática no asistiría a la reunión, pero si iría a la oficina, de esa manera se enteraría de los detalles sin que se los adornaran. Cuando Elena llegó contó lo sucedido.

—Y tal como lo esperábamos, no había razón alguna para esta reunión.

El corazón de Camila galopaba desbocado esperando de que en algún momento su amiga le dijera que Matthew estaba desesperado por ella y arrepentido por lo que hizo. Sonrió ante la fantasía que empezaba a dibujarse en su mente. El hombre parado frente a la oficina con un ramo de flores, no, se corrigió mejor con globos llenos de helio y una enorme caja de chocolates en la otra, pero lo mejor de su sueño era la expresión de amor y de disculpa... pero Elena continuaba hablando de balances, cierres, costos y proyecciones cumplidas y no decía nada de lo que realmente le interesaba.

—No preguntó directamente por ti. Aunque si se vio interesado en alguna información acerca de ti.

Luego de eso Elena les explicó la conversación que tuvo lugar a las puertas de la oficina del señor Johnson, todas rieron ante la osadía de su amiga al enfrentarse con el gerente de la corporación y la forma en la que salió airoso y satisfecha de haberlo hecho.

El arduo trabajo fue la vía de escape para Camila, se sumergió de tal manera que era imposible apartarla de los proyectos nuevos que desarrollaban, poco a poco fue superando la magnitud del dolor que la invadía, el problema es que siempre encontraba diferentes razones por las que recriminarse, ya sea por su comportamiento desafiante, por ingenua o por soñadora, sabía que lo obtenido no era más que las consecuencias de sus actos, tenía la suficiente madurez para saber que se había enfrentado a un hombre capaz de hacer que las tortugas volaran y no se dio cuenta de ello hasta que fue muy tarde.

También analizó el hecho de haberse enamorado tan fácilmente, quizás al estar tan cerca de la historia de Elena y Adrián, sintió la necesidad de tener algo parecido en su vida, ver el amor en aquella pareja que se cuidaba y protegía quizás la predispuso a creer cosas que jamás existieron, sí, definitivamente fue su error. Ahora le tocaba sacar el aprendizaje acerca de lo sucedido.

Se recostó en el sofá y buscó manera de sacar algo positivo de la experiencia, pensó, pensó y pensó, pero su mente estaba cerrada a darle la oportunidad de superar lo ocurrido, cerró los ojos y jugueteaba con su cabello mientras que el tiempo transcurría y ella seguía sin una respuesta. Colocándose de pie como si de un resorte se tratara dijo en voz alta como si de un gran descubrimiento se tratara.

—¡Lo Tengo!, es más son dos aprendizajes —dijo haciendo una pequeña danza de la victoria— primero, estaré más pendiente de que las cosas que ocurran a mi alrededor no interfieran con mis sentimientos y dos no me voy a volver a involucrar sentimentalmente con un hombre tan dominante como Matthew.

CAPÍTULO XIV

—La mujer de cabello negro que está en la barra no deja de mirarte, allí tienes un punto ganado —le dijo Tom a Matt mientras cenaban en un restaurante.

En ocasiones anteriores, los amigos se reunían para ir de cacería, escogían un bar o algún restaurante como territorio, y aunque llegaban solos, se iban acompañados por mujeres que buscaban lo mismo que ellos, diversión sin compromiso, eran muy buenos en ese arte, ya que la masculinidad que proyectaban no pasaba desapercibida por el género femenino. Pero en aquella ocasión, como en semanas anteriores, Matthew no estaba interesado en el sexo fácil y ligero que podía encontrar, prefería hablar con su amigo y tomar algo de alcohol, esas mujeres sin sustancia, sin temas de conversación, sin un reto, se habían convertido en una pérdida de tiempo y él odiaba perderlo.

—No me interesa —respondió llevando su trago a la boca

—Ni siquiera la has visto —le recriminó Tom— antes no perdías ninguna oportunidad con un par de piernas tan bien moldeadas como esas.

—Debe ser que me estoy haciendo viejo —respondió de mala gana.

Sin embargo su amigo tenía razón. Existía en su vida un punto de inflexión que cambió completamente sus prioridades, y sabía exactamente el punto exacto en el que sucedió aquel cataclismo, que tal cual tormenta tenía nombre de mujer: Camila.

—Tenemos años conociéndonos, siempre nos hemos respetado tanto por las cosas que hacemos como por aquellas que queremos reservarnos —dijo Tom formalmente— pero que yo sepa, jamás nos hemos mentido o comportado con el otro como si fuera un idiota.

No tuvo que agregar nada más, Matt entendía perfectamente lo que decía su amigo, el reproche del que era objeto, y estaba de acuerdo con él. Si la situación fuera al revés estaba completamente seguro, que las palabras que hubiese utilizado para amonestar a Tom, no serían tan elegantes como las que él recibió.

—Lo lamento —susurró terminando su bebida— estoy algo descolocado y eso me tiene fuera de mi círculo, por así decirlo.

—¿Algo descolocado? —preguntó incrédulo— tú lo que estas es más descolocado que una vaca en el cielo disfrazada de estrella. ¿quieres hablar de ello?

¿Quería? Se preguntó, quizás esa era una manera de liberarse, pero como explicar algo que ni siquiera entendía. Además se sentía miserable y expresar aquella frustración en voz alta, asumirlo era más difícil de lo que imaginaba, pero necesitaba exteriorizarlo.

—El problema —dijo sincerándose— es que ni yo mismo entiendo lo que me pasa.

—Bueno, en eso yo creo que puedo contribuir un poco, primero, pareces un energúmeno en el trabajo, la gente te huye, literalmente, te quejas por todo y siempre estás de mal humor. Segundo —continuó impidiendo que su amigo se defendiera— estas tomando más de la cuenta, y de eso hará dos meses, tercero —dijo alzando un poco la voz para que Matt no lo interrumpiera— desaprovechas oportunidades como la de esa hermosa mujer que sigue como un faro en medio de la oscuridad enviando más señales que un satélite— y tienes escrito la palabra idiota en la frente.

—La idea es hablar o insultarme —recriminó severamente Matt a Tom.

—No amigo mío, la idea es que salgas del letargo de la autocompasión y que tengas las suficientes bolas para admitir que la cagaste y que de alguna manera quieres recuperar a esa mujer.

Letargo, autocompasión. ¿Cómo era posible que estuviera pasando por eso él, que se jactaba de ser un hombre frío, controlador de sus sentimientos y emociones, ahora era el hazmerreír de sus empleados, que de alguna manera eran los más afectados de su mal genio.

—Me he convertido en un ogro —señaló aceptando lo obvio— aunque cada día trato de controlar mi mal genio, siempre hay algo que me hace explotar y pierdo el control —Tom lo miró pero no lo interrumpió— no sé lo que me pasa... bueno si lo sé, solo que no deseo admitirlo.

—¿Desde cuando eres un miedoso?

—Parece que desde un par de meses para acá —respondió disfrazando la verdad de sus palabras con sarcasmo.

—Tienes toda la razón —respondió Tom sin contemplación.

—No sé qué hacer —dijo frustrado, pasando insistentemente la mano por los cabellos.

—Sigue adelante y olvídala, al fin y al cabo no vale la pena, Camila es una mujer inmadura, incapaz de comportarse correctamente que merecía un lección y tú se la diste, pasa la página y ya.

—No es inmadura —la defendió, un sentimiento de protección se apoderó de él— es muy profesional y una excelente persona, con arranques de locura, pero ¿Quién no los tiene?

Matthew había tenido tiempo para pensar en todo aquello que había pasado, cada momento del día unos hermosos ojos lo perseguían, ojos que expresaban furia, amor y dolor, trataba de mantenerse ocupado para dejar de pensar en ella y en la forma como se sintió o cómo se sentía, pero durante las noches no tenía ninguna distracción, había comenzado a beber más de la cuenta y lo peor que sólo le servía para despecharse más y amanecer de mal humor.

Camila, su Ada, había despejado los muros que inteligentemente cubrían su corazón y se había instalado como dueña y señora, estaba enamorado hasta los tuétanos, completamente se ofrecería a ella como un esclavo o sirviente con tal de poder verla y atenderla, protegerla de cualquier cosa de la lluvia o de los gérmenes, ¡Qué idiota había sido!

—Está bien lo que tú digas, pero eso no quita el hecho de que ella no es la mujer para ti—su amigo interrumpió sus cavilaciones— ¿desde cuándo un buen polvo te quita el deseo por otras mujeres? Si lo que quieres es un revolcón, te aseguro que le mandas unas flores, le dices que lo lamentas y la tendrás otra vez en tu cama deseosa.

—Tom —la paciencia de Matt estaba al borde, ya no podía controlarse— no te permito que hables de ella como si fuera una fulana, ella no es un polvo o un revolcón como las mujeres a las que estás acostumbrado tú —respiró profundamente antes de continuar— te agradezco que jamás me vuelvas a hablar de ella en esos términos, o si no olvidare la amistad que nos une desde tantos años y no sé de lo que sea capaz —amenazó.

La risa de Tom reverberó alrededor de ellos, un brillo triunfal en sus ojos, le hizo ver a Matt que precisamente obtuvo la reacción que buscaba, lo presionó hasta que lo hizo de alguna manera confesar lo que significaba Camila para él.

—Así se habla amigo mío —respondió a la amenaza de la que era objeto— por primera vez en semanas te veo hablar con pasión, salir de la capsula en la que te encontrabas, te advierto que no creo nada de lo que dije, y estoy seguro que ella es una mujer por la que vale la pena luchar, así que ¿qué vas a hacer?

—Espero que no sea el ridículo, pero tienes razón, a pesar de que no sé cuál es la magnitud de lo que siento por ella, tengo que averiguarlo y para ello necesito acercarme nuevamente.

Durante dos horas más los amigos hablaron acerca de lo sucedido, de los errores y de las posibles estrategias que podían poner en práctica para acercarse nuevamente a ella. Si al verla nuevamente sentía que se había enamorado y no era un simple enamoramiento o encaprichamiento, entonces olvidaría sus miedos y apostaría por una relación.

Camila no había vuelto a llorar desde aquel día en el hotel, era una mujer fuerte, pero eso no significaba que no estuviese sufriendo por dentro, durante toda su vida jamás se había sentido tan vacía y perdida, ¿cómo ese hombre había trastocado tanto su vida? Ni siquiera el helado lograba calmar la ansiedad que siempre la acompañaba, sentía que se encontraba en un límite en el que si cedía terminaría peor de lo que se encontraba, estaba aturrida pero seguía adelante cada día, tratando de ocultar la magnitud de su dolor a sus amigas que sin resultado trataban de elevarle el ánimo.

El dicho popular reza: el tiempo lo cura todo, así que con cada amanecer era un día menos de los que le quedaba por sufrir, que resignación más lamentable, se cuestionó. Dos meses era tiempo suficiente para pasar la página, entonces ¿Por qué todavía no lo había hecho?

—Buenos días —saludó Camila a sus amigas al llegar a la oficina, debido a que no se dormía hasta altas horas de la madrugada, se acostumbró a llegar media hora después.

Alejandra y Elena se encontraban enfrascadas en una planificación, el negocio estaba en su mejor momento, tenían lista de espera para remodelaciones y reservas para futuras inauguraciones, celebraciones, aniversarios, la verdad era que los últimos trabajos realizados las habían catapultado hasta la cima, sus servicios eran ampliamente solicitados y recomendados.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó Elena

—Mejor —respondió escuetamente.

Ale miró de soslayo a Elena, momentos antes expresaban su preocupación por su socia, la alegría de Camila había huido de sus ojos, había perdido peso y trabajaba más de lo que necesitaba, estaba sufriendo y aunque nunca hacía referencia a sus sentimientos, no pedía ayuda ni aceptaba la que ellas trataban de ofrecerle.

La preocupación de sus amigas por ella la conmovía, ellas eran sus hermanas las personas con las que contaba y saber que las tenía preocupadas aumentaba su congoja, aunque trataran de disimularlo.

—Saben que las quiero mucho ¿verdad? —dijo mirando a sus socias— ustedes son mi familia y no voy a mentirles, aun me duele lo que pasó con Matthew, al parecer no fue algo tan superficial como pensé al principio, pero eso no significa que ustedes tengan que estar preocupadas a cada momento por mí, este es —pensó antes de seguir— un proceso parecido a un duelo, lleva su tiempo reponerse pero es algo que estoy llevando bien, creo.

—Nadie mejor que yo para saber que a veces es mejor pasar un tiempo a solas —comentó Elena— ¿por qué no te tomas unas vacaciones?

—No voy a huir —respondió sin pensarlo, le aterraba encontrarse en un lugar sin responsabilidades.

—Solo piénsalo —le recomendó Alejandra.

—Bueno que tenemos para hoy —cambió la conversación, no quería hablar más del asunto.

Esto del despecho era una cosa totalmente nueva para ella —reflexionó en su oficina— al parecer tenía etapas: la primera fue la de la autocompasión, cuando vio salir a Matthew de la habitación estaba segura de que entre ellos existía una conexión fuerte, no tuvo problemas de liberar las restricciones de sus sentimientos y entregarse a él de una manera pura como nunca antes lo había hecho, sin embargo, la fatídica mañana en la que él descubrió la totalidad de sus

planes y se mostró ganador ante una partida en la que ambos habían jugado la dejó devastada, un sentimiento de pena hacia ella misma la invadió y aun la acompañaba en ocasiones. Ahora estaba en apática, todo le daba igual, no sentía aprecio por las cosas que la rodeaban y lo único que quería era mantenerse ocupada, llegar a su casa lo más cansada posible para dormir sin soñar.

—Acaba de llegar este paquete para ti —le dijo la secretaria que llevaba una caja de color verde entre sus manos, sacándola de sus meditaciones, agradeció internamente la interrupción.

—Gracias, déjalo allí —señaló un espacio en su escritorio, segura eran una muestras de telas que había solicitado.

Al quitar la tapa se encontró con otra más pequeña, era una caja de bombones de la cual estaba una nota pegada con el mensaje “Necesito hablar contigo” la firma era sólo una M. No tenía que ser muy sabia para saber la procedencia de aquel regalo, era que Matthew pensaba que con una caja de chocolates iba a lograr que ella olvidara todo lo que pasó, o que saldría corriendo a su lado para ver que se le antojaba al señor.

Ella nunca se engañaba y sabía que muy en el fondo se encontraba complacida por aquella muestra de ¿arrepentimiento? No estaba segura, si algo le había ensañado su cliente era que las apariencias no eran del todo ciertas. Desde un principio sabía que ella no encajaba con él y sus gustos, ella no media un metro ochenta, ni siquiera uno setenta, difícilmente llegaba a un metro con sesenta y tres centímetros, tampoco sus medidas eran 90-60-90 como las misses, tenía más bien unos pocos kilos extras que venían reduciendo debido a su inapetencia, entonces por qué se engañaría nuevamente, aquello o era una tregua o era la segunda parte de un plan maléfico, sin embargo y a pesar de su excitación inicial, ya no quería entrar en ese juego, no tenía fuerzas para ello.

Pensó en botar el regalo, en comérselo, en devolverlo, no sabía que debía hacer, cuál era el comportamiento correcto, también quiso llamarlo y expresarle un conjunto de frases inconexas que le permitieran, aunque no de una manera muy útil, expresarle lo que podía hacer con su vida, su regalo y con sus palabras. Las manos empezaron a sudarle al recordar su tono de voz envolvente, atractivo y viril. Necesitaba ayuda, no podía pensar calmadamente, cerró los ojos, respiró profundamente y fue a pedir ayuda.

Después de meditarlo, Matthew decidió que la mejor manera de hablar con su Ada era logrando una cita con ella, sabía que si se presentaba directamente en su oficina o en su casa el resultado no sería nada alentador, por eso se había decidido a enviarle un pequeño obsequio, como una muestra de conciliación, algo que le fuera abriendo camino, esperaba que aceptara.

Caminaba de un lado al otro de su oficina, miraba insistentemente el reloj, estaba seguro que a esa hora ya ella tendría entre sus manos los bombones que le había comprado, no podía negarlo era un cobarde, tenía temor de la reacción que ella tendría y ahora no sabía que hacer ¿llamarla? ¿Esperar? Decidió lo que cualquier ser humano con dos dedos de frente escogería en su lugar: esperar. Ya había dado el primer paso, ahora sería ella la que tendría que responder. Cobarde.

A medio día decidió comer en su oficina, por si Camila decidía llamarlo, no quería que le dejara un mensaje, si ella se atrevía a comunicarse con él, no quería que tuviera alguna excusa para echarse para atrás. Pero si pasaba el día y ella no respondía, bueno en ese caso, reflexionó, tendría que llamarla él, pero mientras tanto esperaría.

Esa noche no pudo dormir, la tan anhelada llamada nunca llegó, ninguna respuesta, en varias ocasiones descolgó el teléfono para llamarla, pero no se atrevió, quizás tenía que dejarle tiempo para que reflexionara, quizás ya no quería saber nada de él y ya lo había olvidado, eso sería una tragedia, decidió luchar por ella y así lo haría, aunque tardó en darse cuenta, lo que hubo entre

ellos fue un milagro que ocurre una sola vez en la vida y no pensaba dejarlo.

Al día siguiente, llegó a la oficina quince minutos antes de las ocho de la mañana y ya tenía sobre su escritorio la caja verde que envió el día anterior. Se despeinó el cabello pasando sus manos una y otra vez sobre su cabeza, estaba nervioso, por unos minutos imaginó todo lo que podía encontrarse dentro de aquella caja. Pensó en llamar a Tom, pero la noche anterior hablaron un rato para contarle acerca de su progreso, ya era un hombre adulto como para comportarse de una manera tan insegura, se regañó.

Tomó aliento y se sentó detrás de su escritorio sin perder de vista la caja, su curiosidad lo venció y levantó la tapa. Su corazón se detuvo y la tristeza lo embargó. Dentro estaban los chocolates con una cubierta de tierra y una nota que decía: “Espero que lo entiendas. Entre nosotros ya todo fue dicho” no tenía firma. Lo entendía, esa tierra sobre el chocolate era una metáfora para la relación que existió entre ellos, había sido dulce y delicioso, pero ahora al igual que lo que observaba estaba sucio, no podía comerse.

CAPÍTULO XV

No se daría por vencido, sabía que no sería fácil, era una ilusión pensar que ella respondería apenas con el primer contacto, pero su segundo nombre era perseverancia. Tendría que lograr acercarse lo suficiente como para que ella pudiera darse cuenta que sus sentimientos eran ciertos, se equivocó y quería tener toda la vida para reparar el daño y hacerla feliz.

Esa mañana pasó por la floristería y mando a hacerle un ramo de flores, rosas rosadas y otras blancas pintadas de verde. Esperaba que aquella trajera recuerdos agradables de ellos. La entrega la harían a las 10 de la mañana.

Camila tuvo que aceptar que la siguiente etapa de su desamor era la ira, cuando el día anterior habló con sus amigas acerca de lo que debía hacer con los chocolates y con el mensaje, se confesó y les dijo que durante las primeras semanas después de la gala, ella soñaba con que él tratara de redimirse y le llevara un ramo de flores y ahora que más o menos había sucedido no sabía qué hacer, por un lado deseaba averiguar lo que quería decirle pero por otra parte no quería hacerlo. Sus amigas les dieron varias ideas unas más divertidas que otras.

—Vamos a comerlos se ven deliciosos —sugirió Alejandra que era la más dulcera— y luego le enviamos la caja vacía con un mensaje terrorífico.

—¿Podemos conseguir unos pequeños alacranes? Y se los reemplazamos —sugirió Elena— aunque sea de goma de mascar, seguro entiende el mensaje subliminal.

Durante varios minutos estuvieron riéndose de las ocurrencias pero ahora estaban serias, mirando fijamente la caja y la nota adherida a ella.

—¿Quieres hablar con él? —preguntó Elena

—No... si... no sé

Alejandra la miró con compasión, aquella incertidumbre era nueva en su socia, quería ayudarla y para eso quizás debía forzarla a que asumiera la verdad acerca de sus sentimientos.

—Claro que lo sabes, sólo que no quieres admitirlo —señaló.

—Tienes razón —confesó Camila— tengo una terribles ganas de saber lo que quiere decirme, de preguntarle muchas cosas pero también tengo temor de las respuestas que me pueda dar o de las que yo pueda tener, creo que es mejor dejarlo todo igual como hasta ahora.

Su confesión le hizo sangrar la herida de su corazón que le gritaba que lo intentara que a veces los milagros ocurrían y que quizás para ella existía uno, lo que realmente quería era descubrir que todo aquello había sido una pesadilla y despertarse riendo porque todo aquello solo era un mal sueño.

—Vamos al Center Mall —la interrumpió Elena— tenemos que tomar unas medidas.

Aquellas salidas le ayudaban a despejar la mente, junto con su amiga estuvieron haciendo un recorrido por dos de las remodelaciones que llevaban a cabo en aquel momento y por varios de sus proveedores, por lo que no vio el regalo de aquel día sino hasta las tres de la tarde cuando entró en su oficina. Las flores habían perfumado el ambiente, era un hermoso arreglo de rosas rosadas y verdes, igual que los colores escogidos para la gala de colores, la nota estaba cerrada en un sobre en el que se leía su nombre bien escrito “Camila Uzcátegui”.

“Necesito hablar contigo” M.

El mismo mensaje del día anterior, qué quería decir eso, que insistiría hasta que ella aceptara escucharlo.

—¿Qué dice? —preguntaron sus socias

—Lo mismo que ayer, que quiere hablar conmigo —respondió

—¿Qué vas a hacer?

Por un momento meditó en lo que quería hacer y lo que debía hacer. Luego con una sonrisa triste les comentó a sus amigas lo que haría

—Trajeron esto para usted —interrumpió Raúl en la oficina de su jefe con una bolsa negra de basura, estaba amarrada y tenía un sobre pegado.

Allí estaban las flores, pensó Matthew al ver entrar a su asistente con semejante bolsa en la mano, pero lo que le interesaba era la respuesta, necesitaba lograr de ella otra reacción.

—Déjalo allí —le indicó a su asistente que luego de depositarlo en el lugar señalado salió sin decir palabra.

El ramo estaba intacto, había tenido cuidado al empaquetarlo, sonrió, quizás eso significaba algo, lo sacó y lo puso sobre su escritorio, tomó el sobre y lo abrió buscando la nota.

“No creo que exista cosa alguna que usted pueda decir y que yo desee escuchar”

Nuevamente sin firma, aunque sabía que no sería fácil y estaba parcialmente preparado para su negativa, la tristeza que le invadió al leer aquellas palabras era de gran magnitud. Pensaba que el tiempo transcurrido jugaría a su favor y que ella iría perdonando su comportamiento recordando solo lo bien que la pasaron, pero al parecer se había equivocado. Tendría que seguir el plan, así que se preparó para el regalo del día siguiente.

Camila siguió recibiendo regalos durante toda la semana: un peluche, un perfume, globos, un arreglo de frutas, una pulsera, todos ellos con la misma nota:

“Necesito hablar contigo” M.

Parecía como si no supiera escribir otra cosa que esas tres palabras, ni siquiera tenía el nombre completo, sino una simple M. La hora de entrega de los regalos variaba, algunos estaban sobre su escritorio antes de llegar a la oficina, otros lo recibía después de mediodía. Los obsequios lograban una gran controversia dentro de ella que calladamente disfrutaba de aquellas atenciones a la vez que la llenaban de indignación.

Todos fueron devueltos, cada uno con una nota diferente donde expresaba su negativa a reunirse con él, ya se estaba desesperando, su corazón traicionero no podría soportar durante mucho tiempo más aquella situación sin flaquear

—¿Qué te mandará hoy?

—Quizás puedas sugerirle que te ubique un meteorito y después se lo devuelves triturado.

Todas rieron, estaban en la oficina de Elena después de una reunión de cierre de la tienda de relojes. Hablar acerca de las atenciones que Matthew tenía cada día con Camila se convirtió en un tema regular de conversación.

—No tengo ni idea de que ocurrencia tendrá hoy —respondió

—La pulsera estaba preciosa —comentó Alejandra que tenía debilidad por aquella bisutería

—Hasta ahora lo que más me ha gustado fue el arreglo de las frutas, fue muy original y se veía delicioso.

Sus amigas siguieron comentando cada uno de los regalos que hasta ahora había recibido, rieron con algunos, suspiraron con otros. Camila las observaba absorta, su semblante mejoraba

cada día, era como si tener esa pequeña interacción con él le permitiera disfrutar de la vida, que patética.

—Llego esto para usted —expresó la secretaria desde la puerta, tenía en sus manos una bolsa de regalo, no se apreciaba la nota.

El corazón de Camila comenzó a palpar con fuerza, no podía dejarse arrastrar por aquel afluyente de sentimientos que la embargaba. No podía olvidarse de todo lo que ocurrió entre ellos, la manera en que la utilizó y se burló de ella, tomándola nada más como un premio de una apuesta, fingiendo una atracción que sólo ella sintió, ahora quería limpiar su conciencia, ella no sería nuevamente un juguete entre sus manos. Tenía que terminar con eso.

Tomó la bolsa entre sus manos, no pudo camuflar el temblor de las mismas, buscó por fuera la patética nota pero no la ubicó adherida donde regularmente estaban las otras.

—¿No traía un sobre pegado? —preguntó a la mujer que ya estaba por retirarse.

—Ninguno que me diera cuenta, el mensajero lo acaba de traer tal y como se lo estoy entregando.

—Gracias— la despidió Alejandra.

—Bueno ya no tenemos que elucubrar más al respecto, ábrelo Cami —la animó Elena— y sácanos de la duda, y por la nota no te preocupes, que seguro era el mismo mensaje anterior.

Camila abrió la bolsa y encontró una caja de música rectangular, con un minucioso brocado en la parte superior, al abrirla una pequeña bailarina comenzó a dar vueltas mientras sonaba la melodía, y allí estaba la nota.

“Necesito hablar contigo” M.

Pero a diferencia de las anteriores, tenía una posdata:

“No me daré por vencido, hasta que hablemos”

No era una amenaza, era solo la constatación de un hecho que ella aunque se negara él seguiría insistiendo. Podía darle largas y ver cuál de los dos se rendía primero, si él de enviar los obsequios o ella de devolverlos, el problema era que se conocía muy bien para engañarse, aunque retornaba cada uno de los regalos, los esperaba con ansias y eso para ella ya era una derrota, tendría que hablar con él y acabar con esa expectación.

Una nueva ira la invadió, ahora dirigida hacia ella, por ser tan débil, por enamorarse de un hombre como Matthew, que solo quería jugar, y ella lo sabía, conocía las reglas desde un principio, él se lo advirtió en muchas ocasiones, y sin embargo como una novata cayó en su propia trampa. Aquello tenía que acabar.

—¡Qué hermoso!

—¿Qué vas a hacer?

—Terminar con esto de una vez por todas.

Matthew estaba en una reunión con unos clientes europeos cuando Raúl le interrumpió con el teléfono en la mano. Era extraño ver a su asistente violando flagrantemente una de las normas, sin embargo al ver su cara supo quién era la persona que llamaba. Camila. Se levantó en plena frase, disculpándose y dejando a cargo a su gerente de operaciones salió con el teléfono que arrebató a su asistente y literalmente corrió a su oficina, con el corazón desbocado.

—Camila —dijo después de respirar profundamente.

Del otro lado escuchó la respiración de su Ada, podía sentir la lucha que libraba y se lamentó por ser el causante de aquel dolor.

—Necesito hablar contigo —le dijo con voz suave, tratando de no asustarla.

—Sé leer —fue la escueta respuesta que recibió.

Un incómodo silencio se extendió a través de la línea telefónica, Matthew decidió arriesgarse y romperlo.

—Dime lugar y hora y allí estaré.

—Hoy a las 6 pm en el café de la esquina.

El Café de la esquina, era un establecimiento que quedaba cerca de las oficinas donde laboraba Camila, no le gustaba que su encuentro se celebrara en aquel lugar, prefería algo más íntimo quizás su oficina, donde pudieran estar los dos solos, pero por lo menos le dio la oportunidad de disculparse y tratar de arreglar la situación.

—Allí estaré —respondió e inmediatamente escuchó el sonido que le indicaba la finalización de la llamada.

Miró su reloj, faltaban alrededor de 8 horas para verse con su Ada, tenía que recordar no llamarla así, era un apelativo al que cada vez le tomaba más cariño, pero llamarla por aquel moquete no sería inteligente de su parte. Tomó el teléfono, necesitaba una distracción o empezaría a caminar por las paredes.

—Adams.

—Tom —saludó Matthew— ¿ya tienes planes para almorzar?

—Hola Matt, termino en media hora —respondió.

—Paso por ti.

Matthew agradeció que su tarde estuviera prácticamente libre, dejó las instrucciones a Raúl y se fue de allí. La última semana su humor había mejorado, ya no parecía un dragón hambriento de la sangre de sus empleados. Eso se debía a que estaba luchando por ella y eso le daba esperanza.

—Ahora me contarás a que se debe la ansiedad sugirió Tom, cuando tomaron asiento en el restaurante.

Después de recogerlo evadió las preguntas de su amigo, sabía que tendría toda la tarde para hablar, por eso no quiso adelantarle nada en el trayecto.

—Me respondió —fue lo único que respondió.

Tom estaba al tanto de cada uno de los movimientos de su amigo, cada vez que el regalo enviado era devuelto, su amigo lo llamaba. Años atrás Tom lamentaba no haber podido ayudar a su amigo con su relación, permaneció callado observando cómo sucedían los acontecimientos, aun se arrepentía, por eso ahora estaba más que dispuesto a ayudarlo en lo que necesitara.

—¿Qué te dijo?

—Sólo me citó para las 6 de la tarde en el café de la esquina.

—No es el mejor lugar para hablar, a esa hora regularmente está lleno

—Lo sé, pero ¿qué podía decirle?

Pensaba igual que su amigo, la conversación que él pensaba, quizás ameritaba que ella lo golpeará, que él suplicara, deseaba poder besarla y ninguna de esas cosas tenía la libertad para hacerla en aquel establecimiento. Suspiró quizás su Ada no quería darle otra oportunidad.

—Te entiendo amigo y lo único que puede desearte es éxito en tu empresa.

Comieron y conversaron tratando de descifrar lo que sucedería.

—Me siento como un estúpido adolescente, inmaduro —se quejó Matt

—Pareces —se burló Tom— a decir verdad parecemos, tú eres el enamorado y yo el Cyrano.

—Aprecio todo lo que haces por mí

—No es nada, para eso están los amigos.

Estuvieron otro rato hablando mientras que el tiempo transcurría más lento de lo normal.

—Hablando de otra cosa, has pensado pedirle a cierta señorita una cita —preguntó Matt.

—No sé si lo haga,— confesó— Alejandra es una mujer muy agradable, y las veces que hemos compartido ha estado bien, pero no hemos vuelto a hablar en semanas.

—Ya lo sé —se quejó su amigo— si hubieses mantenido el contacto me hubieses servido de espía, pero cuéntame ¿qué paso? Te veías animado con ella.

Tom meditó un poco su respuesta, efectivamente Alejandra era una mujer con la que le gustaba hablar, pero aun no podía iniciar una relación y ella no era como las demás a las que podía desechar.

—Quizás por eso es por lo que me alejé —replicó— podía llegar a convertirse en alguien especial y yo no estoy buscando eso

—Te entiendo.

—Ya debería irme a las 3:30 tengo una reunión con los ejecutivos de venta

—Gracias por tu tiempo amigo mío.

—Cuando gustes, aun te queda algunas horas por delante, trata de no volverte loco.

CAPÍTULO XVI

—¿Estás segura? —preguntó Alejandra

—Sí estoy segura —respondió Camila por quinta vez.

Cuando sus amigas escucharon la conversación que sostuvo con Matthew se mostraron algo nerviosas, pero la situación empeoró cuando les pidió que no se acercaran a la cafetería, no quería tenerlas alrededor tratando de cuidarla. Agradecía su apoyo, pero esto era algo que necesitaba hacer sola.

—¿Qué piensas decirle?

—No lo sé, pero esto tiene que acabar de alguna manera y sé que no se quedará tranquilo hasta que hayamos hablado.

—Tienes razón, pero debes ir allí con un plan —le aconsejó Elena.

—Lo sé, el problema es que tengo tantas opciones que no sé qué hacer.

Los nervios no eran normales, se arrepintió un millón de veces de haber pautado la cita tan lejos, apenas eran las cuatro de la tarde y ya sentía el peso del mundo encima de sus hombros, siempre se comportaba como una idiota delante de él, y quizás hoy no sería diferente. Tenía que controlarse, no podía mostrarle su vulnerabilidad, no quería que apreciara el dolor que le había causado, esa sería otra victoria que ella no pretendía otorgarle.

—Prométeme que nos llamarás si nos necesitas.

—Lo haré, quédense tranquilas por favor.

Trató de tranquilizar a sus amigas, ella estaba aterrada y en vez de pensar en lo que haría o en las preguntas que le plantearía a Matthew, tenía que tranquilizar a sus amigas para que no se acercaran.

—Yo podría decirle a Adrián que me acompañe y nos sentamos en otra mesa, así si necesitas que alguien lo golpee, él podrá hacerlo.

Todas rieron de la ocurrencia de Elena.

—Voy a terminar con el control de la remodelación de la zapatería, mañana temprano tenemos que reunirnos con los dueños —se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta— les agradezco muchísimo que se preocupen por mí y que quieran cuidarme, pero por favor no se aparezcan en la cafetería, ya las llamaré yo.

Y con esas palabras abandonó la oficina de Alejandra y se refugió en la suya, buscó los auriculares y colocó la canción que ya se sabía de memoria y que escuchaba varias veces al día: Bésame la boca, recordó lo sucedido en aquel depósito, la forma tan violenta en que se entregaron el uno en los brazos del otro, parecía que aquello era lo indicado, que habían nacido para estar juntos, ¡qué equivocada estaba!

Hoy volvería a verlo, y tenía terminantemente prohibido caer nuevamente en su trampa. Esta era una etapa que debía superar, aquel hombre había llegado más lejos que ningún otro, pero eso al final no importaba, estaba nerviosa, pero se mantendría firme.

Matthew llegó a la Cafetería de la Esquina faltando una hora para la cita, el tiempo le rindió, después de despedirse de su amigo, fue al centro comercial para comprarle un regalo a su Ada, era algo insignificante, un llavero que tenía una pequeña hada, cuando lo vio supo que debía

comprarlo, lo mandó a envolver en una bolsita de tela blanca con plateada muy delicada y ahora se encontraba en el lugar del encuentro ¿Cuántos cafés podría tomarse durante la espera? Estaba seguro de que esa sería la hora más larga de todas.

Se ubicó en una mesa que estaba ligeramente apartada del resto, lo cual brindaba un poco de privacidad aunque no mucha, tenía vista a la calle a través de las paredes de vidrio, el lugar no estaba tan abarrotado como creyó en un principio, quizás por la hora. Pidió un batido, no creía prudente ingerir grandes dosis de cafeína y lo acompañó con unas galletas. Imaginaba que eso sería suficiente durante los próximos quince minutos de espera. Se concentró en su celular para tener algo que hacer, debió de comprar algún libro o periódico para pasar el tiempo, se cuestionó, así que descargó un juego y se dedicó a él.

—Señor Johnson, veo que llegó temprano.

Camila salió de la oficina faltando 50 minutos para la hora señalada, caminaría hasta el lugar, lo que le tomaría 5 minutos, pretendía llegar por lo menos media hora antes, eso le permitiría serenarse, pensar un poco más y sobre todo verlo llegar, así que se despidió de sus amigas a quienes tuvo que prometerles nuevamente que se pondría en contacto con ellas. Trató de acompasar sus pasos de manera de ir más lento que lo habitual, a medida que se acercaba a la cafetería su corazón latía más rápido, pero se tranquilizó al tener la seguridad de que aún no lo encontraría allí.

Al entrar a la cafetería buscó la mesa en la que regularmente se sentaba con sus amigas, pero al ver que estaba ocupada por unos jóvenes, recorrió el lugar con la mirada sólo para encontrar en una de las esquinas a su cliente, enfrascado en el teléfono. ¿Por qué se encontraba allí tan temprano? Existían tantas respuestas para esa pregunta que no quería ilusionarse con ninguna, tal vez escuchó mal y creía más bien que ella estaba llegando con retraso. Lamentó no poder seguir con lo planificado, pero era mejor lo sucedido así podía terminar cuanto antes con aquella situación. Con el corazón en la garganta se acercó a él, estaba tan guapo como siempre y su efecto en ella no había disminuido.

—Con su permiso —continuó diciendo mientras se sentaba ante un sorprendido Matt, que no hacía más que observarla.

—Buenas tardes Camila —respondió con voz ronca, tuvo que carraspear para aclarársela— me alegra que estés aquí —se miraron por un momento antes de preguntar— ¿Qué deseas?

—Te recuerdo que has sido tú el que ha solicitado esta reunión —respondió sarcásticamente.

—Sí lo sé, me refería si deseabas ordenar un café o alguna otra cosa para tomar.

Las mejillas de su Ada estaban como la grana, vio la vergüenza en su rostro por no entender la pregunta que le realizó, eso le dio esperanza, aun lograba ponerla nerviosa. Estaba bellísima, admiró cada rasgo de su rostro, disfrutando de la visión, pero había perdido algo de peso y parecía no estar durmiendo bien.

—Disculpa, pensé que te referías...

—Tranquila no hay problema —la interrumpió— pero dime que deseas.

Terminar con esto lo más pronto posible, pensó, antes de que fuera a ser tan tonta como para empezar a hacerle ojitos.

—Una limonada por favor —pidió e inmediatamente él hizo la orden a una camarera que se acercaba a ellos, también pidió otras galletas de las que se estaba comiendo.

—¿Cómo has estado? —preguntó mientras que esperaban que trajeran lo solicitado.

—Muy bien gracias.

Que difícil le resultaba hablar con él, estaba a la defensiva y no podía bajar la guardia.

—Escuché que se han vuelto muy populares con las remodelaciones y fiestas —dijo Matt, tratando de aligerar el ambiente

—No me quejo —respondió secamente, luego agradeció a la chica que trajo su bebida, dio un sorbo y le pareció deliciosa, estaba sobrecalentada— ahora tú dirás.

Aunque estaba contento por poder hablar con ella personalmente, la forma en que lo trataba era muy distante, el daño que le ocasionó era mayor a lo que esperaba y el tiempo transcurrido no había aliviado nada, no podía mostrarse vulnerable ante ella, así y como estaba.

—La verdad Camila, es que estoy muy apenado por la forma en que nos vimos la última vez —dijo en tono solemne— me comporté de una manera ...

—Patética, miserable —sugirió ella cuando vio que buscaba la palabra correcta.

—Como quieras llamarlo —se ofuscó, él trataba de arreglar las cosas y ella estaba intratable — pero seamos sinceros Camila, la pasamos muy bien juntos, fue una noche mágica, y quiero más de eso, de nosotros —tomó aliento y continuó— me gustaría que lo intentáramos de nuevo.

—Según tus propias palabras, todo aquello fue parte de un plan para enseñarme una lección —dijo Camila— entonces ¿cómo podemos creer que algo de lo sucedido fue cierto y verdadero? Todo fue parte de una mentira y yo no quiero repetir eso...

—No digas.

—Señor Johnson —lo interrumpió.

—Matthew —la corrigió y se ganó una mirada de reproche

—No, usted nunca ha sido Matthew para mí, así que como decía señor Johnson, si estoy aquí el día de hoy es para pedirle por favor que deje de enviarme cosas a la oficina, es molesto e innecesario.

Matthew miraba los ojos de Camila y apreciaba la determinación en ellos, ella continuó con su argumento y cada palabra que decía le caía como una losa de concreto. Con su comportamiento hizo más daño del que podía reparar, la veía y observaba como la perdía, como se le escapa y él no podía hacer nada para retenerla. La amaba y se daba cuenta de que su presencia la lastimaba, quería golpearse, infligirse dolor, más del que ya sentía.

—Así que por favor le ruego por favor que se detenga y que olvide todo lo que sucedió entre nosotros, en ocasiones es mejor olvidar un error cometido. —Y levantándose se fue.

Matthew la observó alejarse de la cafetería y de su vida, miró el obsequio que quedó sobre la mesa, la había perdido.

CAPITULO XVII

El aire libre siempre le había brindado paz, cada vez que se le presentaba algún problema, una decisión importante o necesitaba alejarse de todo cuanto le rodeaba para pensar y poner las cosas en perspectiva, visitaba la casa de sus padres en las montañas, allí podía realizar largas caminatas mientras escuchaba los sonidos propios del ambiente, el trino de las aves que sobrevuelan su cabeza, el zumbido del aire que atraviesa las ramas de los árboles, el crujido que producen los pasos sobre la hierba, esa era su mejor terapia.

Sus “escapadas” eran poco frecuentes, y nunca duraban más de un fin de semana, aunque quisiera extender aquellos días, sus responsabilidades nunca se lo permitían, pero para ser sincero, jamás había necesitado más aquel escaso tiempo como ahora, las atenciones de su madre en combinación con la naturaleza, obraban milagros en él.

—¿Qué es lo que perturba hijo mío?

Preguntó su madre, que aunque disfrutaba en gran manera de la compañía de su Matthew estaba preocupada por él. Tras un prolongado silencio se decidió por otro plan de acción, necesitaba hacerlo hablar, estaba más callado que lo habitual y su sonrisa no iluminaba su rostro, era falsa y hueca, lo que la perturbaba en gran manera, de alguna manera la vida se había encargado de apagar el brillo que tanto la embelesaba de adolescente y que era capaz de sacarlo de cualquier problema en el que estuviera involucrado, pero ahora había crecido y no era tan fácil librarse de las preocupaciones y responsabilidades, suspiró, y recordó todas las veces que un simple abrazo y unas tiernas palabras eran suficientes para animarlo ¡Cuánto deseaba poder hacerlo nuevamente! Sólo abrazarlo y decirle “todo va a estar bien” pero no podía hacerlo, así que lo ayudaría de cualquier manera posible para que siguiera adelante y rogaría a Dios porque esa sonrisa pudiera iluminarle la cara nuevamente.

—¿Qué tal me quedó la cena?

—Exquisita como siempre —respondió casi de manera automática, ni siquiera recordaba lo que había comido.

—¿Y el chocolate?

Ambos estaban sentados cerca de la chimenea con una gran taza de chocolate caliente entre las manos, aunque parecía no progresar con su plan, lo seguiría intentando, necesitaba hacerlo hablar.

—Muy sabroso mamá, sabes que preparas la mejor cocoa de todas.

—Siempre es bueno escucharlo —dijo orgullosa su madre.

—¿Y desde cuando te convertiste en una persona pretenciosa? —preguntó Matthew, siguiéndole el juego a su madre, se había dado cuenta de que ella trataba de ayudarlo aunque él no hubiese solicitado su intervención.

—Ya a esta edad pensé que lo sabías Matt, ¡todas las mujeres lo somos! —replicó entre risas.

Samanta, la madre de Matthew, era una mujer que ya estaba por entrar a los 60 años de edad, de cabello negro, aunque con algunas canas que mostraban el paso del tiempo, ojos grises profundos, contextura media. Era una persona risueña que siempre estaba de buen humor, muy perceptiva de todo lo que acontecía a su alrededor, esta fue la razón, por la que pudo darse cuenta que su comentario anterior perturbó a su hijo.

—Sabes que me encanta tenerte aquí —dijo Samanta en un susurro, sabía que quizás esa conversación no la llevaría a ninguna parte, pero tenía que seguir intentando— pero no sé por qué razón siento que hay algo que te perturba y me preocupa.

—No hay razón alguna para que sientas así —la recriminó Matt— sabes que siempre que puedo vengo a visitarte, no hay nada extraño en eso, así que deja de estar angustiándote por nada —su voz marcaba el enfado que trataba de disimular.

—Normalmente no lo haría —respondió testaruda— pero es el tercer fin de semana seguido que vienes, y si eso no te parece perturbador, déjame recordarte que ya es martes y nunca te quedas después del domingo porque siempre dices que debes estar a primera hora los lunes en la oficina —respiró profundamente antes de continuar moderando un poco el tono de voz— si no quieres decírmelo no importa, pero no me creas tan tonta como para no saber que mi hijo está sufriendo por una mujer.

—Ayer fue día feriado —se justificó

Al ver el reproche en la cara de su madre, sintió que debía alguna explicación, pero no quería expresar sus sentimientos y su culpa en voz alta, se comportó como un verdadero canalla, desalmado, sin darse cuenta que cada momento que pasada se enamoraba más de Camila, su Ada particular.

—Lo siento mamá... pero, ¿cómo sabías que se trata de una mujer? —preguntó tratando de ganar un poco más de tiempo.

—Las madres lo sabemos todo —respondió tratando de agregarle un poco de humor a la conversación que sabía no era del agrado de su hijo.

—Esa excusa dejó de servirte desde hace años.

—Lo sé, pero aun disfruto de tu cara pensando si por casualidad tu madre tiene alguna clase de súper poder.

Ambos rieron de lo absurda que era aquella situación, el ambiente cálido de la estancia los sumió en un agradable silencio donde ambos se concentraron en sus pensamientos.

—Nunca pensé que te vería tan enamorado— expresó su madre luego de unos minutos— no después de lo que pasó.

Enamorado, amor, ilusión, eran palabras que lograban romper su tranquilidad, hacía que se dispararan todas las alarmas y que sintiera la necesidad de protegerse, luego pensó en los hermosos ojos de su Ada, recordó la noche que pasaron juntos, la forma en que ambos se entregaron el uno al otro como si por alguna extraña razón hubiesen sido creados sólo para estar juntos, luego recordó el dolor que él mismo se encargó de colocar entre ellos, la forma tan cruel en que rompió aquello que tenían, sea como sea que se llamara.

—Desde aquí puedo sentir tu angustia —señaló Samanta, que observaba el dilema en la mirada de su hijo.

—Lo eché todo a perder —confesó casi en un susurro

—No puedes ser tan dramático y pesimista —lo recriminó su madre, que se dio cuenta de que lo menos que necesitaba su hijo era a alguien que se compadeciera de él.

—¡No soy ni un dramático, ni un pesimista! —puntualizó algo molesto e incómodo, porque no se dio cuenta que había expresado aquella oración en voz alta— sólo digo la verdad.

—No estoy diciendo que no sea verdad —lo cuestionó Samanta— sólo que estás aquí con una actitud que no es la correcta, estás lamiéndote las heridas, que quizás hasta tú mismo te causaste sin luchar por lo que quieres, eso es ser pesimista y derrotista.

—¿Cómo sabes que me rendí sin luchar? —la retó— ¿cómo sabes que fue culpa mía?

—¡Porque mamá lo sabe todo!

Se echaron a reír rompiendo la tensión que por un momento se había creado entre ellos.

—A veces me sorprende que puedas leerme tan bien, que sepas cosas acerca de mí que yo mismo desconozco —su madre había dado directamente en la causa de sus tribulaciones sin que él expresara una palabra, aunque podía ser un poco frustrante, estaba agradecido de poder hablar un poco.

—Es muy fácil —se rió su madre— tú eres una persona luchadora, que siempre encuentras alguna forma de obtener aquello que quieres, y estas aquí escondido, amargado, huyendo —razonó Samanta— ¿qué razón puede interponerse entre tú y eso que deseas? Sólo tú mismo y tu ego estúpido.

—Tienes razón —dijo hundiendo su cabeza entre las manos

Y en un momento de vulnerabilidad le contó todo a su madre, quizás omitió algunos detalles de la pasión que los embargó, pero bosquejó un amplio boceto de lo sucedido: la forma en que la conoció, la apuesta que llevó aquel hecho y la forma en que se retaban cada vez que se veían.

—Como era de esperarse, logré lo que quería —dijo avergonzado, respiró hondo y desvió la mirada que ahora parecía muy interesada en las puntas de sus zapatos— y le dije que esa era una lección que tenía que aprender y que yo estaba complacido de habérsela dado... o algo así.

Samanta pudo leer entre líneas, todo aquellas cosas que su hijo omitió en el relato, estaba claro que disfrutó de aquella aventura y que sin querer entregó más que lo que estaba dispuesto a ofrecer, por eso huyó tratando de poner distancia entre él y aquella mujer de la que se había enamorado.

Estaba arrepentido, eso podía verlo en sus ojos, pero tenía que hacer algo por Matt, o si no, estaba segura que se volvería una persona amargada y ella deseaba lo mejor para su hijo.

—¿Y te retiraste sin más? —preguntó sorprendida— no trataste por lo menos de hablar con ella después de lo sucedido.

—Lo hice, estuve enviándole regalos, pequeñas cosas durante casi dos semanas con una nota que decía que necesitaba hablar con ella, me los devolvió todos por cierto, hasta que por fin aceptó hablar conmigo

—¿Y qué pasó? ¿Qué le dijiste? —preguntó su Samanta

—No me acuerdo mamá —se quejó.

—Algo debes acordarte —insistió

—Bueno, le dije algo así como que valía la pena que lo intentáramos de nuevo, pero ella sólo me pidió que me alejara de ella y que no le enviara nada más.

—Ya lo veo —dijo su madre pensativa— ¿te disculpaste con ella?

—Le dije que lo lamentaba —se excusó Matt.

—Eso no es disculparse, ¿se lo pediste o no?

Matthew recordó la conversación que mantuvo con su Ada e hizo un gesto que lo hizo parecer culpable.

—No con esas palabras.

—Quieres que te dé mi opinión desde el punto de vista de una mujer —sondeó su madre.

—Adelante —respondió, sabía que era imposible parar a su madre en aquel punto.

—Bueno, me has contado una historia de dos partes la primera de ellas muy creativa de dos personas que se desafiaron cada vez que pudieron, al parecer ambos disfrutaban de aquellas provocaciones que los acercó hasta el punto en el que te enamoraste.

—Mamá —la interrumpió

—Bueno como tú quieras llamarlo, la cuestión es que en la segunda parte de la historia cometiste muchos errores.

—¿Errores?

—Sí, unos más graves que otros, por ejemplo, no te disculpaste, no le dijiste lo que sentías por ella, te aseguro que no le explicaste la razón por la que te comportaste de esa forma con ella pero lo más primordial, es que dejaste de ser tú mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Te resignaste a perderla antes de luchar por ella, no fuiste atrevido no la desafiaste, te comportaste como un caballero cuando no debías serlo.

Era la primera vez que Matthew estaba interesado en una mujer después de lo que ocurrió con Sophia y rogaba a Dios que esa tal Camila fuese una buena mujer, porque iba a motivar a su hijo a que luchara por ella, esperaba no equivocarse.

—Cuando tu padre y yo nos conocimos, había otro joven que pretendía mis atenciones — confesó su madre algo incómoda al narrar parte de una historia que nunca le había contado— y si te soy sincera tu papá tenía todas las de perder —sonrió con aquellos recuerdos.

—No sabía que papá tuvo competencia para ganarse el amor de semejante doncella.

—No es una historia de la que hablemos mucho, pero llegue a odiar a Albert con todas mis fuerzas, hizo una especie de campaña y logró separar a Joe de mí, fue tan delicado como un ladrillo, y yo lo trataba tan mal... al final tuve que aceptar salir con él para ver si así dejaba de molestarme, y no sé cuándo pasó pero comencé a extrañarle cuando no lo veía, las locuras que hacía para llamar mi atención, y me encontré deseando pasar más tiempo a su lado-suspiró recordando aquellos viejos recuerdos— me enamoré de él sin darme cuenta... un día le pregunté por qué siguió insistiendo aun y cuando yo le maltrataba y su respuesta me hizo enamorarme más de él.

—¿Cuál fue? —preguntó deseoso de conocer la respuesta.

—Vale la pena luchar por lo que vale la pena tener.

Dejó las palabras colgadas para fueran procesadas por su hijo, si necesitaba un pequeño empujón allí lo tenía, esa era su decisión. Samanta observó la expresión del rostro de Matt cuando llegó a una conclusión.

—Papá era un hombre sabio

—Y luchador —confirmó su madre que luego no tardo en agregar— quiero que sepas que no estoy de acuerdo con la forma en que manejaste la situación, pero sé las razones por lo que lo hiciste y todos tenemos derecho a equivocarnos... pero también a enmendar lo que hemos hecho, hijo... si quieres que las cosas cambien, debes comenzar a trabajar tú en eso, si esperas es probable de que tú mismo estés cerrando la puerta de la oportunidad que tienes.

—Gracias Madre, espero poder hacerlo, me voy mañana a primera hora.

La noche fue larga, esperaba poder salir corriendo a buscar a Camila para comenzar a reconquistarla, si lo había hecho una vez, podía lograrlo de nuevo... ¿verdad? Aquella mujer era orgullosa, así que debía tener un mejor plan que el anterior, si se le acercaba directamente es probable que lo rechazara nuevamente y aunque eso lo llenaba de temor, estaba convencido de que era el primer paso que tenía que dar, la pondría sobre aviso, él iba a tenerla de nuevo, y esta vez para no dejarla ir.

Aunque se había jurado no volverse a enamorar ni a ponerse en un estado de vulnerabilidad tal que pudieran dañarlo, en ese momento comprendió que vivir aferrado al temor era vivir a medias, era mostrarse al mundo a través de la fachada de chico malo cuando era un completo cobarde, la

traición dolía, quebraba los huesos, un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar todo aquel pasado, pero y ¿si el final era distinto?

Al comparar a Sophia con Camila, existían unas diferencias notables, sobre todo en los valores, no podía creer que tuviera tan mala suerte como para encontrar a dos mujeres que le hicieran sufrir a propósito, que ambas fueran arpías. No, su Ada era diferente, sus sentimientos habían sido sinceros, incluso cuando trató tan malamente de disculparse y ella lo echó, un sentimiento sincero de dolor ocupó su semblante, unas dudas que él no supo aprovechar.

Hace casi un mes de aquel desafortunado encuentro, las dudas comenzaron a agobiarlo ¿y si había conocido a otra persona? Lo despellejaría vivo, lamentaba no vivir en la época de las cavernas para poder matar a ese hombre mil veces, ¿y si ya no albergaba ningún sentimiento por él? se puso de pie y comenzó a caminar por toda la habitación, sentía que no podía respirar correctamente, se sentía como un colegial primerizo... no era un adolescente pero definitivamente se estaba iniciando en la profundidades de sus sentimientos.

Miró por la ventana hacia la oscuridad que estaba disimulada con el brillo de la luna, esperaba que no fuera tarde para recuperarla, se casaría con ella, la amarraría a su vida de todas las maneras posible y la haría feliz todos los días que viviera, sería la madre de sus hijos... hijos, hasta ahora, no recordaba la última vez que pensó en la posibilidad de tener descendencia y ahora el corazón le latía con fuerza de la emoción, solo rogaba a Dios que no fuera tarde para él.

CAPÍTULO XVIII

—Tengo un plan —expresó a través de la línea telefónica.

Apenas el amanecer comenzó a lanzar los primeros rayos de claridad Matthew emprendió el regreso a la ciudad, lo primero que haría sería alistar a Tom como su aliado.

—Buenos días a ti también —respondió con voz ronca de recién levantado.

—No me digas que te pondrás con sensibilidades conmigo —se quejó

—Tienes semanas sin responder a un puto mensaje y ahora me llamas antes de las seis de la mañana para decirme que tienes un plan ¿dónde coño te has metido?

—Estaba casa de mamá, oye disculpa de verdad, pero necesitaba retirarme un poco de todo, ya sabes reunir fuerzas y lamerme las heridas a solas.

Después de la reunión en la cafetería, Tom estuvo preocupado, cuando hablaron por teléfono sintió el pesar en la voz de su amigo que sólo expresó “se terminó” desde aquel momento desviaba las llamadas y hacía caso omiso de los mensajes.

—Entiendo, pero la próxima vez avísame, casi no cierro el negocio con los de las aplicaciones, porque tomaba un avión y me devolvía a buscarte.

—Disculpa amigo mío.

—Si, si lo que digas —dijo en tono perezoso— ahora dime la razón por la que me despiertas a esta hora, ¿cuál es ese plan tuyo y que pinta toco yo en él?

¿Quién podía entender a las mujeres? Ni ella misma, en su condición de fémina se entendía. Después de ver a Matthew la última vez, volvió a llorar, se sentía devastada al comprender la magnitud de sus sentimientos, no había dejado de quererlo ni un poquito. Su corazón y su mente estaban en una lucha constante, una batalla agotadora que prometía acabar con su cordura. No dejaba de preguntarse, qué hubiese sucedido de aceptar la propuesta de su cliente y de intentarlo de nuevo, ¿habría caído en otra trampa o solo había perdido una excelente oportunidad de conocerlo mejor y de tener una verdadera relación?

Tenía que hacer un esfuerzo mayor para concentrarse en lo que sea que estuviese haciendo, planificaciones, costos, proveedores, necesitaba una excusa para salir de allí y la necesitaba urgente.

—Buenos días —atendió la llamada telefónica que la sacó de sus meditaciones.

—Buenos días Camila ¿cómo estás?

—Muy bien Tom y ¿tú?

—Bastante bien gracias por preguntar.

El amigo de Matthew, Tom Adams había desaparecido del mapa casi simultáneamente que su cliente, sin embargo las consecuencias para con su amiga no fueron iguales, al parecer se alejaron en buenos términos, sólo eran un par de conocidos que pasaron algún tiempo juntos durante la recolección, nada más.

—Me preguntaba si disponías de algo de tiempo, me gustaría presentarte... bueno si pudieras venir a mi oficina, te mostraría de lo que hablo.

Allí estaba su escapatoria, seguro Tom quería planificar alguna actividad o pedir su opinión acerca de alguna decoración, no le importaba la razón por la que la llamaba sólo que le había

brindado una vía de escape.

—Ahora mismo me cae muy bien —respondió

—Excelente te espero entonces, te mando las coordenadas al teléfono.

La dirección estaba a 6 cuadras de donde se encontraba, decidió caminar, así podía entretenerse observando el mar de caras hasta su destino, se anunció al llegar y la hicieron pasar a una oficina donde predominaban los colores beige y azul, era una estancia amplia y cómoda, parecida a Tom.

—Espere un momento que ya la van a atender —dijo la secretaria desde la puerta— ¿desea tomar algo?

—Un vaso de agua por favor —pidió, la caminata la dejó sedienta.

—Ya se lo traigo, por favor siéntese.

Camila tomó asiento en una de las sillas delante del escritorio, un pequeño portarretrato enmarcaba una fotografía de dos adolescente que sonreían felices a la cámara, detallando un poco más se percató que Tom era el joven, vestía una camisa de rayas blancas y azules, la muchacha era una morena de aspecto amable con un gran sombrero blanco y un sencillo vestido estampado, se encontraban en un muelle y ella mostraba a la cámara su mano derecha con un anillo de compromiso, un solitario.

—Aquí está tu agua —dijo una voz a su espalda, una voz de barítono que conocía muy bien, se levantó abruptamente y se volteó para confirmar lo que sus sentidos le indicaban.

—Señor Johnson —saludó— creo que hay un pequeño error, el señor Adams solicitó una reunión conmigo.

—Tom tuvo que ausentarse por unos minutos, tendrás que conformarte conmigo, espero que eso no sea problema para ti.

El corazón de Camila estaba a punto de un patatús, se encontraba algo mareada observando a Matt tan guapo como siempre frente a ella con un traje de color gris oscuro que resaltaba cada línea de su cuerpo.

—Toma —le extendió el vaso que llevaba en las manos— parece que hubieses visto un fantasma.

—Casi —susurró.

—¿Perdón? —preguntó Matthew que no alcanzó a escuchar lo que dijo la rubia.

—¿Esto fue planificado? —preguntó atónita— no puedo creer que Tom se prestara para semejante encerrona.

—¿Encerrona? —repitió entusiasmado por el comportamiento de ella.

Para Matthew, el hecho de que ella se mostrara atónita, nerviosa e incluso pálida era un buen comienzo, eso significaba que aun sentía algo por él, que no todo estaba perdido.

—Señor Johnson.

—Matt, por favor —la interrumpió— creo que ya hace rato pasamos esa línea de la formalidad.

—Señor Johnson —repitió obcecada— yo no vine hasta aquí para encontrarme con usted, así que si realmente Tom necesita hablar conmigo, que vuelva a llamar y solicite una reunión como todo el mundo hace a través de la secretaria —terminó casi gritando.

Comenzó a caminar hasta la entrada alterada, cuando Tom la llamó aquel día lo tomó como una excusa para poder salir de la oficina sin necesidad de decir la verdadera razón por la que necesitaba ausentarse, pero ahora, frente a ella estaba el hombre causante de sus penas, se detuvo de golpe al darse cuenta que sería imposible atravesarla ya que Matthew la bloqueaba.

—¿Qué pasa Ada, tienes temor de estar conmigo a solas? —preguntó

—Ya veo que nuevamente tiene problemas con su memoria, debe ser que está senil antes de tiempo, debería visitar un médico.

—Ya veo que logro hacer relucir lo peor de tu carácter, mi querida Ada, hoy pareces algo... agitada —dijo haciendo hincapié en la terminación “ada”.

—Tengo que irme —expresó acercándose un poco esperando que Matt se apartara, no lo hizo.

—Escúchame hay algo que quiero decirte —expresó ajustando su tono de voz a la importancia de la información que daría.

—Creo que entre nosotros todo está dicho.

La expresión de su rostro y la modulación con la que expresó aquella frase la advirtió de que todo lo anterior no era más que un preámbulo para lo que realmente quería decirle. Algunos de sus sentidos fueron invadidos por la presencia de aquel hombre, su fragancia trastornó su olfato, su acento cautivó sus oídos, aquella estampa deleitaba su vista, mientras que el gusto y el tacto se quejaban de ser los únicos famélicos y privados de semejante manjar. Ella creía que entre ellos no existía más nada que decir, pero en el fondo deseaba que no fuera así.

—No es así —expresó solemnemente— me equivoqué y te ruego me disculpes por eso, hay cosas que no sabes de mí que me llevaron a comportarme como un idiota, perdóname —suplicó— lamento profundamente lo que hice.

Allí estaba su sueño cumpliéndose, casi que palabra por palabra, se disculpó e imploró su perdón, eso tenía que significar algo, quería aceptar aquellas palabras y ponerle fin a su sufrimiento, pero ¿si todo aquello era temporal y volvía a sufrir?

—Yo también lo lamento, ahora por favor déjame salir

—No te tenía por miedosa Ada —trató de picarla nuevamente.

—Camila —lo corrigió.

—También quiero pedirte disculpa porque estarás sometida a una fuerte presión los próximos días

—¿Presión? ¿de qué hablas? —las palabras y el brillo de la mirada de Matthew la hicieron ponerse en guardia— dime pues —reclamó

—Bueno mi querida Ada, te tengo una nueva apuesta.

—No voy a apostar nada contigo— ¿Qué se traía entre manos? ¿Por qué su corazón respondía al reto que le lanzaban?

—Eso no importa Camila, porque puedes estar segura que no voy a descansar hasta que me perdones de todo corazón, te voy a volver a tener Ada, y esta vez no lo voy a echar a perder. Estas advertida

Camila observó a Matt, hablaba en serio, cada palabra que expresó era calculada y pensada de antemano, esa seguridad hizo incrementar su agitación, se sentía indefensa ante él, pero no podía demostrárselo.

—Te perdono —dijo Camila tratando de evitar las consecuencias de su ultimátum— ya han pasado meses de lo que ocurrió, ya te he perdonado, y no hay necesidad de nada más, no vale la pena, cualquier cosa que hayas planificado.

—Te equivocas, vale mucho más que eso —y acercándose más la tomó entre sus brazos y la beso.

Matthew sintió el momento en el que se rindió y se entregó a él, después de haber estado paralizada luchando para no responder al beso. Los labios de Camila eran tan suaves y dulces como recordaba, su lengua logró entrar en las profundidades de su boca, la alegría de tenerla entre

sus brazos lo inundó y estuvo a punto de perder el control, hasta que sintió el agua fría desplazarse desde su cabeza al resto de su cuerpo.

Al separarse de Camila, se dio cuenta de su error, ella llevaba aun entre las manos el vaso que minutos antes le entregara, ahora sin agua, la vertió sobre ambos para poner fin a su beso. Sonrió.

—Prefiero el champaña —dijo con gracia.

—Yo preferiría que me dejara tranquila.

—Eso no va a ocurrir Ada —la advirtió.

—Pues debería —lo recriminó— se acabó no quiero ninguna estúpida apuesta, no hay premio que lo valga.

—Está bien —dijo midiendo sus palabras —no será una apuesta, será una promesa, porque te prometo Camila Uzcátegui, que no voy a permitir que tú miedo, desconfianza y turbación nos — tomó un momento para encontrar la frase correcta, sabía lo que quería expresar, pero aún no era el momento de aquello— nos permita disfrutar de la química entre nosotros.

—Apártate.

Matthew dio medio paso a un lado para empezar a liberar la puerta cuando se detuvo, y sonriendo le dijo.

—Mañana te espero en mi oficina a las 9 de la mañana

—Tendrás que esperar sentado —replicó Camila ofuscada por aquel atrevimiento

Era el momento de jugar la carta que tenía bajo la manga, después de hablar con su madre y de pasar la noche en vela, su plan consistía en obligarla a pasar tiempo con él. Los regalos que le envió no tuvieron el efecto deseado, su Ada no era como el resto de las mujeres que conocía, con ella tenía que tener un plan definido e improvisar sobre la marcha

—Te recuerdo, que hace unos meses pagué una cantidad de dinero considerable para contar con tus servicios, ahora los estoy solicitando.

—¿Para qué? —preguntó aturdida, tenía que buscar alguna forma de liberarse de ese compromiso.

—Mañana te lo diré.

—Esto no va a funcionar —dijo con voz temblorosa— estoy segura que Elena estará encanta.

—Ni se te ocurra sugerir una sustituta —la amenazó con voz solemne— pagué por tus servicios, no por los de nadie más.

—Te devolveré el dinero —sugirió.

—Mañana te espero a las 9 de la mañana en mi oficina señorita Camila Uzcátegui —repitió— si no llegas a ir, me encargaré de que todos se enteren del incumplimiento de tu palabra —Camila lo observaba sorprendida— me pregunto ¿Qué consecuencias tendrá para tu empresa?

Camila salió de aquella oficina a la carrera, como si su vida dependiera de que se alejara de ella lo más rápido posible, estaba algo mojada, parte del agua que derramó sobre Matt cayó sobre ella.

No sabía que pensar acerca de lo sucedido, Matt era un hombre de palabra, ella lo sabía de primera mano, quizás lo mejor era rendirse y ver hacia donde se dirigía, no podía poner en riesgo el sacrificio y trabajo de tantos años junto con el de sus amigos, pero tenía que mantenerse firme, si aquello era otra trampa, no podía volver a caer en ella.

CAPÍTULO XIX

Cuando el reloj marcó diez minutos pasadas las 9 de la mañana, Matthew temió que Camila no se presentara, ¿sería tan obstinada como para poner en riesgo su compañía y faltar a su palabra sólo para no trabajar con él? aquel pensamiento le dolía más de lo que era capaz de soportar. Si no se presentaba a la cita todo estaba perdido, él jamás atentaría contra ella y su empresa, por lo que no le quedaría ninguna artimaña para que pasaran juntos el tiempo necesario para reconquistarla.

A través de la ventana observó la ciudad, las personas iban de un lugar a otro con un propósito en mente, algunos cavilaban sólo con sus pensamientos, otros hablaban en grupo, la vida continuaba, siempre existía un día, una hora, un minuto, un segundo después del otro, lo que enseñaba que todo era pasajero, que siempre estaba la oportunidad de empezar de nuevo, entonces ¿Por qué su vida se estancó después de lo sucedido con Sophia? ¿Por qué no pudo ver que Camila era diferente en todos los sentidos? ¿Por qué rayos no había llegado?

Pensó que las posibles razones externas de su retraso: quizás su carro se accidentó, no le sonó el despertador, se le perdieron las llaves, o quizás estaba estableciendo alguna especie de dominio al hacerlo esperar. Se enrojeció de la ira, la imaginó caminando por el centro comercial esperando un tiempo prudencial para hacerle ver que ella tenía el control. Sonrió, si ese era su plan ya sabía cómo neutralizarlo.

—Dígale al señor Vicente que venga a mi oficina con los papeles del contrato de Ankar —dijo Matthew a través del interfono a su asistente

—Ahora mismo —respondió Raúl.

—Otra cosa, si llega la señorita Uzcátegui, que espere.

—Ya le informo a la señorita López.

Pocos minutos después comenzó una reunión donde se estudiaron los términos del contrato solicitado, Raúl tomaba nota de las modificaciones y nuevas adiciones que tenía que hacerse al mismo.

—¿Cuándo puedo tener el definitivo? —preguntó.

—Esta tarde se lo paso a Raúl.

—Mañana en la mañana lo reviso y planifica una reunión con la gente de Ankar para mañana a las tres de la tarde.

—Así será.

Camila tenía 45 minutos esperando en la recepción, estaba que se subía por las paredes, le molestaba esperar, pero sabía que su retraso era el causante de su espera, por culpa de su indecisión llegó 25 minutos después de la hora señalada, la noche anterior no pudo descansar y en la mañana tras sopesar nuevamente las consecuencias versus los beneficios de ir a su cita salió de su casa faltando 10 minutos para la hora pautada, luego titubeó en el centro comercial y cuando por fin llegó a la oficina de su cliente le informaron que estaba en una reunión y que tenía que esperar y allí estaba, con ganas de levantarse e irse.

Sopesó sus opciones, si esperaba sólo perdería tiempo, sin embargo si decidía irse, ponía en riesgo su reputación y la de su empresa y eso era un precio que no quería pagar. Se puso a jugar

con el teléfono para tratar de hacer la espera más amena.

—Señorita Uzcátegui, sígame por favor que ya la van a atender.

Al entrar en la oficina del Matthew, recordó la primera vez que estuvo allí, completamente apenada por la demora y por tratar de ocultar una enorme mancha de helado, estaba pegajosa y eso no hacía sino aumentar los nervios por aquella reunión, después perdió la compostura cometiendo un error tras otro, esperaba que esta vez lograra controlarse. Lo necesitaba, sobre todo después de todo lo sucedido entre ella y su cliente.

—Señor Johnson —saludó desde la puerta.

—Pasa Ada —respondió mientras observaba su reloj— creí que nuestra reunión era a las 9 de la mañana.

—Y así era —allí estaba el reproche, ella sabía que él no dejaría pasar aquella situación para ponerla en su lugar— tuve problemas con mi vehículo, al final esperé un taxi de confianza que me trajera —no era cierto, pero no quería mostrarse vulnerable.

—Lamento escuchar eso —sabía que le estaba mintiendo pero ya llegaría el momento de desenmascararla. Su Ada no dejaba de sorprenderlo— por favor toma asiento y hablemos.

—Te recuerdo que estoy aquí por razones laborales— se indignó Camila— no vine a hablar contigo de... —la cara de sorpresa de Matthew le advirtió que cometió un error en su suposición.

—Tienes que tranquilizarte Ada, me refería a que habláramos de lo que necesito que planifiques.

¿Por qué razón no dejaba de ponerse en ridículo? No tenía más que verlo para que su capacidad de raciocinio se fuera de viaje con su paciencia.

—Disculpa yo...

—En la carpeta que tienes al frente —la interrumpió Matt, no le gustaba que se sintiera abochornada frente a él— está la información de lo que tenemos por delante y las fechas en las que deben realizarse.

Pasaron 50 minutos hablando de lo que necesitaba, la parte escabrosa estaba en que los invitados eran de nacionalidades distintas y debía de pensar en algo que durante días los entretuviera y a su vez se sintieran incluidos en las actividades que realizarían. Matthew era un hombre de negocios muy astuto, sabía bien lo que quería, las dificultades que se presentarían y la forma correcta de sortearlas. Ella admiraba eso de él, esa capacidad de ver más allá de lo obvio.

—Entonces, como puedes darte cuenta necesito que te dediques de lleno a esto, investiga sus culturas, sus gustos y disgustos para no poner en peligro la coalición que espero se logre tras esos 3 días.

—Cuatro —lo corrigió Camila— según las fechas que tengo acá, son cuatro días, no tres.

—En efecto, pero el último día será el de celebración, ya para el tercero espero tener todo listo, así que el cuarto día tendremos una expedición en yate por la playa, todo el día y en la noche un baile a bordo del My Ocean.

—Entiendo —respondió Camila que ya empezaba a imaginar algunas ideas— voy a hablar con Elena.

—Quiero tus ideas Camila, no la de tus amigas, este trabajo es sólo tuyo, confío en ti

—Gracias

La confianza que le demostraba aquel hombre era inquietante, por lo que le había explicado el consorcio que esperaba conformar era una base importante dentro de sus compañías, esperaba lograr grandes cosas y obtener grandes beneficios de ello, por lo que era indispensable que todo saliera bien. ¿Por qué la escogió a ella para organizarlo? Sabía que lo sucedido entre ellos lo

dejaba muy mal parado y le brindaba la oportunidad de vengarse si así lo quisiera, pero en vez de eso le ofrecía su apoyo y soporte.

—Ya casi es hora de almuerzo, vamos yo te llevo

—¿A dónde?

—Me dijiste que tu vehículo se descompuso y viniste en taxi, así que yo te llevo

—No hace falta —respondió nerviosa, si le decía que su carro estaba de hecho aparcado en el estacionamiento, sabría sin lugar a dudas que le mintió.

—Insisto.

—Gracias —Rayos, tendría que volver por su carro luego.

Durante el trayecto hablaron de algunos de los invitados y las peculiaridades que le conocía.

—Si deseas te puedes poner en contacto con Raúl, él ha tratado con casi todos ellos y te puede hacer algunas recomendaciones.

—Y ¿por qué no organiza él la visita? —esa pregunta se ganó una mirada de enojo por parte de su cliente.

—Él ha hecho cosas parecidas en el pasado, pero son monótonas, necesito algo diferente y esta vez vendrán con sus esposas por lo que necesito otra cosa.

—Entiendo

—¿Cuándo tendrás algo para mostrarme?

El doble sentido de la pregunta caló en ambos, habían muchas cosas que querían decirse, pero no era el momento y ellos lo sabían.

—Para finales de esta semana, yo llamo a su oficina para concertar la cita.

—Puedes llamarme directamente.

—No me parece correcto.

—Es sólo trabajo Camila, a cualquiera que le hubiese dado ese encargo le pediría lo mismo, espero que entiendas que esto es prioridad.

Tenía que destacarse en lo que le ofrecería, la planificación sería perfecta y aunque en algún momento pensara en vengarse de lo que le hizo y de la manera en que la utilizó, no lo haría, quizás sería una idiota por desaprovechar la oportunidad, pero lo sucedido entre ellos no incluía sus trabajos y respectivas compañías.

Al llegar a la oficina les contó a sus socias la tarea que tenía por delante, le entusiasmaba trabajar en aquel proyecto sola.

—Si necesitas alguna ayuda.

—Sé que cuento con ustedes, pero la mejor ayuda que pueden brindarme por ahora es liberarme de los compromisos que tengo en las próximas semanas, ya les mostraré lo que se me ocurra.

Esa tarde pasó investigando acerca de los platos típicos de los 5 países que estarían representados en el evento, además de algunos chefs reconocidos en comida internacional que pudieran ser versátiles al momento de catering. Investigó a cada uno de ellos y escogió a tres para mostrárselo a su cliente en la siguiente reunión, también se puso manos a la obra con las actividades que sugeriría para las esposas mientras que sus maridos estuvieran en reuniones.

—¿Cómo vas? —preguntaron sus amigas desde la puerta de su oficina

—Creo que bien, ya tengo el nombre de algunos chefs de comida internacional con los que pienso contactarme en los próximos días y esta son algunas de las actividades con las que pienso mantener ocupadas a las acompañantes.

—Me gusta lo del spa y la peluquería.

—Deberías incluir un día de compras.

Así continuaron en una lluvia de ideas para hacer del evento una ocasión especial, cada una de las sugerencias de Camila era adornada por sus amigas que proponían formas para llevar a cabo las actividades. Aunque sabía que su cliente deseaba que ella se encargara de todo el evento, comentarlo con sus socias y amigas la ayudaba a expandir y mejorar la forma de llevarlas a cabo.

Esa noche Camila soñó que se encontraba perdida en un laberinto, por más que corría y trataba de escapar de aquel pasillo infernal se topaba con una nueva pared que le indicaba que el camino no era correcto, estaba cansada, aturdida, sentía que el aire comenzaba a faltarle, pero sabía que no podía darse por vencida, debía continuar, le quedaba poco tiempo, cuando sintió las fuerzas fallar continuó tratando de escabullirse de aquella situación y aunque las piernas ya no podían sostener su peso siguió arrastrándose sobre el suelo, quería llorar, gritar, necesitaba desesperadamente liberarse, y en ese momento, una mano la sostuvo por el pie, la ayuda había llegado, y se despertó.

CAPÍTULO XX

—La señorita Uzcátegui ya está aquí —informó Raúl desde la puerta de la oficina.

Matthew se encontraba en una videoconferencia con la sede occidental, antes de comenzarla dejó instrucciones que le avisaran cuando llegara Camila, le hizo señas a su asistente que esperaba terminar en 15 minutos. Ese día la citó a las 11:00 am, porque tenía la mañana atareada y sin embargo, no quería pasar otro día sin verla y por supuesto de conocer cómo iba la planificación de su evento, a quien pretendía engañar, pudo dejar a encargado a su asistente de recoger la información y luego cuando estuviera desocupado estudiarla, pero, a mejor término, estaba sediento de ella, necesitaba, alimentar su vista con nuevos recuerdos de su sonrisa o de la manera en la que fruncía el ceño cuando pensaba en una idea o de su mirada suspicaz cuando sabía que se estaba burlando de ella. Que cursi sonaba, y eso que aún no se había detallado la forma en la que disfrutaría escuchando el tono melodioso de su voz, de su risa o sus gruñidos. ¡Qué patético era estar enamorado!

Cuando Camila entró en la oficina del señor Johnson se percató que estaba con el humor enrarecido, caminaba de un lugar a otro y estaba segura que no era consciente de que lo hacía, se había quitado el saco que descansaba en el espaldar de la silla, las mangas de su camisa estaban remangadas a la altura de sus codos y su corbata lucía floja desde su ubicación.

—Si le parece señor Johnson, podemos programar la reunión para otro momento que mejor le convenga.

Sabía por experiencia que cuando se trataba de la planificación de cualquier fiesta, inauguración, reunión u otro, el ánimo del cliente debía ser receptivo, de lo contrario cualquier idea que le expusiera iba a ser diseccionada y desechada por muy buena que fuera, evitaba ese tipo de encuentros que luego la harían crear soluciones tontas o ilógicas para posteriormente regresar a las originales, no era la primera vez que le pasaba.

—Buenos día Ada, disculpa la demora, estaba en reunión —se quedó pensativo.

—Y por lo visto no ha salido bien y necesitas pensar en ello —lo atajó Camila que pasó por alto el mote, comenzaba a identificarse con Ada y ya no le molestaba tanto como al principio.

—No quiero pensar en ello —la corrigió su cliente— nunca es agradable cuando se descubre que la persona de confianza resultó no ser merecedor de semejante regalo.

—Sé de qué hablas.

En ese momento Camila tenía la necesidad de explicarle que lo entendía, quería ayudarle así que le habló lo sucedido con Elena y su falso asistente gay, le contó la forma en la que se las ganó a todas y cómo trató de perjudicar su empresa.

—Fue muy difícil para todas enterarnos del engaño, pero la que más sufrió fue mi amiga, era la primera vez en mucho tiempo que se sentía cómoda con alguien del sexo masculino.

—¿Pero qué razón tenía para hacerse pasar por homosexual?

Se dio cuenta que Matthew no conocía toda la historia de Elena, ellas eran muy reservadas al respecto, se cuidaban entre ellas, pero también sabía que él no representaba ningún peligro, así que decidió confiar en él y le contó lo sucedido hace tantos años, él la escuchó atónito.

—Esa fue la amiga por la que estuviste en terapia —susurró.

—Sí —respondió aunque no era una pregunta.

—Ustedes son maravillosas, tienen una amistad que define el sentido real de esa palabra. Espero que siempre sean así.

Continuaron conversando acerca de la amistad y los fuertes lazos con los que se pueden unir a las personas que no tienen la misma sangre, Matthew observaba los ojos de Camila, la manera en que brillaban al referirse a sus socias y le gustó eso de ella, esa entrega e incondicionalidad para aquellos que amaba ¿Había perdido eso de ella al engañarla? ¿Estaba a tiempo de revertir el daño causado?

Si antes tenía dudas acerca de los sentimientos que le inspiraba aquella mujer, ahora no le quedaba la menor duda. Le encantaba estar allí hablando de cualquier cosa, disfrutaba con las diferentes expresiones de su cara: cuando sonreía sus ojos se transformaban en faros de luz en medio de la oscuridad, cuando trataba de recordar algo, ladeaba la cabeza lo que la hacía parecer infantil, cuando se molestaba su tono de voz se endurecía y sus ojos se convertían en llamas de fuego. Era absolutamente encantadora y él lucharía por ella, necesitaba verificar de alguna manera que todavía era importante para ella, luego trabajaría lentamente en transformarlo en amor.

—¿Y tú? —preguntó sacándolo de sus ensoñaciones— ¿tienes verdaderos amigos?

De todas las preguntas que pudo formularle, tenía que ser justo esa la que quería conocer, o quizás era cortesía debido al tema que estaban hablando. Se sintió incómodo al recordar tantas cosas en las que se obligaba a no pensar. Su cambio debió notarse porque Camila se movió inquieta en su asiento y se disculpó por la pregunta. Ella fue sincera con él al compartir parte de sus vivencias y estaba disfrutando de esa tregua entre ellos, decidió mostrarle que él también confiaba en ella.

—Es un tema para mí difícil —dijo con voz apagada

—No tienes que hablar de ello.

—Lo sé, pero por alguna extraña razón contigo siento que puedo hacerlo— y era verdad, estaba sorprendido y a la vez fascinado de que se sintiera tan ameno.

Camila sintió como que si unas plumas delicadas acariciaran su cuerpo al escucharle, quiso sonreír, porque hasta ese momento no se había dado cuenta de lo importante que era para ella esa camaradería que en ese momento existía entre ellos. Recordó la manera cruel con que la trató, su sonrisa cínica, su mirada perversa y el dolor agudo que sintió cuando se vio utilizada, recordó los días que lloró desconsoladamente sin encontrar consuelo en nada o las horas que trabajó arduamente para mantenerse ocupada y no pensar en él. No podía mentirse, estaba jugando con fuego y se quemó, pero, aun sabiendo en estos momentos el resultado de aquella aventura volvería a hacerlo exactamente igual, su corazón estaba enamorado, su mente estaba enamorada, su cuerpo estaba enamorado y prefería el dolor de lo sucedido a la ignorancia de tan grande sentimiento.

Por eso allí, sentada frente a Matthew, solo esperaba encontrar algún indicio de que para él significó algo más que una enseñanza, venganza o lo que fuera que pretendiera, si podían estar uno al lado del otro sin matarse sería fantástico, pero si lograban ser amigos sería genial, más que eso no aspiraba, por eso el hecho de saber que confiaba en ella, que estaba cómodo en su presencia, era totalmente... refrescante.

—Gracias —respondió en un susurro.

—Considero a Tom mi amigo más cercano —respondió tratando de pensar en su siguiente frase — pero no siempre fue así. Carlos era mi mejor amigo, o eso pensaba y cuando Tom trató de ponerme sobre aviso, me molesté. Carlos demostró ser aquella clase de persona de la que uno se lamenta cada día de haber conocido.

—Lo lamento —y de verdad lo hacía, ver el dolor manifestado en cada palabra, en su expresión la hicieron querer acercarse a él y abrazarlo, y casi lo hizo aunque sabía que era un error.

—Yo también —respondió tratando de aligerar el momento— pero eso pasó hace muchos años y aunque en aquel momento no lo entendí, ahora me gusta pensar que fue lo mejor.

Siguieron hablando, esta vez de otros temas menos dolorosos, Matthew insistió en pedir almuerzo y disfrutaron de unas horas de grata compañía antes de hablar del evento. Camila dio todos los detalles con lo que mantendría ocupadas a las acompañantes de los ejecutivos que estarían en la reunión. También se refirió al servicio de catering que contratarían para surtirlos de alimento en la oficina y del chef internacional para las cenas en conjunto.

—Creo que sólo para la primera noche podemos realizar la cena por partes, me explico, es probable que cada delegación quiera discutir de algunos aspectos con su equipo y estar rodeados de todos no permitirá que lo hagan.

—Es correcto, por lo que tendrás que elaborar un horario para yo poder estar en todas las cenas.

Camila le explicó el plan, los hoteles donde se hospedaría tenían restaurantes de calidad y que había hecho los arreglos por si le gustaba la idea.

—Me gusta la planificación que has hecho, engloba más de lo que creí competente y los costos son accesibles, espero que pueda acordar con ellos a la brevedad posible ¿Cuántas personas tenemos confirmadas que van a venir?

—Bueno son tres equipos incluyendo el de tu empresa, cada uno de ellos está conformado por 6 personas lo que da un total de 18 ejecutivos de los cuales 14 vendrán con sus parejas o algún acompañante.

—Perfecto por casualidad ¿contabilizaste a la mía?

¡Me acaba de arrollar una locomotora! Pensó Camila al escuchar la pregunta de Matthew, se encontraba tan a gusto en su compañía que no se dio cuenta el momento en el que pensó a guardar esperanzas con un futuro diferente en el podrían estar juntos. ¿Quería decir eso que ella estaba dispuesta a perdonarle? ¿Por qué si solo momentos antes pensaba que una amistad entre ambos sería algo agradable, ahora sentía como si su corazón estuviese fuera de su cuerpo dando los últimos latidos antes de dejar de funcionar? Le costó un momento darse cuenta que Matthew la miraba fijamente esperando la respuesta, quería gritarle o echarle alguna bebida encima por hacerle creer... que estúpida se sentía.

—No la había contabilizado —respondió tratando de sonreír— de hecho, tú ni siquiera estabas en la lista que me enviaron.

—Un ligero error de omisión —puntualizó su cliente— debe ser difícil hacer alguna negociación sin la persona autorizada para aceptar los términos —bromeó.

—Menos mal que nos dimos cuenta a tiempo —necesitaba salir de allí lo más rápido posible, sentía que el aire no llegaba a sus pulmones— ahora debo irme —dijo poniéndose de pie y como era previsible se le cayó lo que tenía en las manos.

—Gracias por tu tiempo —señaló su cliente entregándole su agenda y lapicero— por cierto te enviaré la hora para que la pasen recogiendo por el aeropuerto

La sonrisa de Matthew se extendió por toda su cara, estaba tan emocionado por ver la reacción de su alocada Camila cuando le dijo que él estaría acompañado, eso solo podía significar que ella sentía algo por él y no precisamente odio por lo sucedido, volvió a lamentarse por comportarse como un perfecto idiota, pero ya que no tenía las facultades para cambiar el pasado, tenía que

aferrarse al futuro y eso lo haría con las dos manos y toda la fuerza que tenía.

Camila logró salir en una sola pieza de las oficinas de su cliente, caminó lo más rápido que pudo para alejarse de sus sentimientos, pero estos tal cual sombra en pleno día, seguían con ella. ¿Qué iba a hacer ahora? Tenía que tranquilizarse, sosegar y pensar, el tiempo transcurrido y el desplante que Matthew le hizo no fueron suficientes para que sus sentimientos disminuyeran, solo estaban adormecidos esperando por una simple sonrisa para volver a la vida. Tomó un taxi para llegar hasta las oficinas de Tu Decoración, necesitaba urgentemente el apoyo de sus amigas. Saludó escuetamente a la secretaria y corrió el tramo que le faltaba hasta llegar a la oficina de Ale, donde se permitió desplomarse.

—Ya te llamo —dijo Alejandra cortando la llamada al ver a Camila sollozar al lado de su puerta—. ¿Qué te pasó? —preguntó casi a voz de grito.

No podía hablar, no había ninguna posibilidad que sus cuerdas vocales formaran alguna palabra coherente, hipaba sin parar, el ruido alertó a Elena de que algo sucedía y se apresuró a llegar, cuando reparó en el estado de Camila, su rostro se puso rojo de la furia.

—Voy a matar a ese desgraciado —sentenció— pero primero lo haré sufrir muy lentamente hasta que pague por cada una de las lágrimas que te ha hecho derramar.

—Tú no vas a matar a nadie —la regañó Alejandra mientras abrazaba a una incontrolable Camila— primero vamos a averiguar lo que pasó y luego yo lo mato.

Inútilmente trataron de que su amiga se tranquilizara y les contara lo sucedido, hicieron juntas ejercicios de respiración logrando de esa manera que Camila se apaciguara pero cada vez que trataba de explicarles lo sucedido nuevamente perdía el control y volvía a llorar. Elena, al borde de la desesperación, tomó el teléfono y comenzó a buscar el número para llamar mientras refunfuñaba

—O me lo dices tú o me lo dirá él, pero ya no aguanto verte así, ¿dónde tienes el número del idiota ese? —le reclamó a Alejandra.

—En la libreta que tienes al frente.

—Aquí está, ya me va a escuchar el malnacido ese, le voy a contar hasta del ...

Camila logró zafarse de los brazos de su amiga y llegó a tiempo para cortar la comunicación.

—No —susurró— no... lo... lla...mes —dijo entre hipidos

—Tienes que contarnos lo sucedido Cami, estamos desesperadas por ayudarte y no sabemos cómo.

—De...jen... que... me... tran...qui...li...ce

Para Elena y Alejandra era muy difícil ver el estado en el que se encontraba la más divertida del grupo, la que siempre tenía una sonrisa y una palabra de ánimo, la que nunca se rendía. Esperaron pacientemente más de veinte minutos hasta que Camila pudo comenzar a hablar.

—Lo que pasa... —comenzó diciendo.

—Toma un poco de agua —la obligó Alejandra, y así lo hizo, tenía la garganta seca

—Lo que pasa —volvió a decir— es que lo per...dí —dijo antes de volver a llorar.

—¿Qué perdiste? ¿Te robaron?

—Lo perdí a él.

No había necesidad de preguntar a quién se refería, para ellas era un secreto a voces los sentimientos que su amiga se esmeraba tanto en ocultar. Aunque trataran de ayudarla el despecho tenía sus etapas y ella tendría que pasarlas y superarlas antes de seguir adelante, sin embargo, ellas estarían acompañándolas a cada momento del tortuoso camino.

—¿A mi casa? —preguntó Elena.

—Sí —respondió Alejandra.

Inmediatamente Elena tomó su móvil para llamar a su esposo, le notificó que hoy tendrían una noche de chicas, que necesitaban helado, cotufas, galletas chocolates y fresas. Adrián conocía muy bien la necesidad que tenía ese trío de apoyarse en cualquier problema, proyecto o alegría que atravesaran, era una de las cosas por las que siempre les estaría agradecido, ya que sirvieron mucho de ayuda a su esposa.

—Listo, nos vamos.

No dejaron hablar a Camila durante el trayecto, incluso en casa de Elena, en el área de la piscina donde se encontraban, comenzaron a hablar del trabajo y de los planes para la siguiente semana, todo eso como una maniobra evasiva que esperaban que tranquilizara a su amiga antes que narrara lo sucedido. Adrián llegó con las compras y aunque se sorprendió por el estado de la pequeña dictadora, moquete que le otorgó mientras que se encargaba de los trabajos de remodelación de una de sus oficinas, no realizó ningún comentario.

—Las dejo para que hablen, estaré en mi despacho por si me necesitan —se despidió.

—Ahora si crees que puedas explicarnos lo que sucede —preguntó Alejandra después de que comieran parte del botín de dulces.

—Lo que pasa es que soy una perfecta idiota —comenzó a decir— me cerré en mi orgullo y no quise darle la oportunidad pensando que lo que me hizo era más grave que el perdón que necesitaba para que siguiéramos juntos. Me convencí en que mis sentimientos no eran tan fuertes, que la rabia y el dolor que me hizo sentir era suficiente para que lo odiara toda mi vida— respiró antes de seguir— pero me equivoqué, no sé cómo lo hace o si soy yo, pero cada vez que lo veo mi corazón salta, y mis sentimientos crecen. Me sonrío y me derrito —respiró profundamente y se pasó las manos por el cabello en señal de frustración— ¿cómo es posible después de todo lo que ha sucedido entre nosotros que aún lo ame? —dijo con los ojos llenos de lágrimas

Alejandra miraba a su amiga llorar por amor y se sintió desolada y de alguna manera celosa, porque ella nunca había sentido esa clase de sentimientos que te hacen perder la razón y la cordura hasta el punto de llorar amargamente. No parecía agradable, pero demostraba que estaba viva y que era capaz de sentir, algo que ella estaba segura nunca le sucedería.

—¿Qué paso en la reunión?

—La verdad es que nada —respondió aletargada— después de sostener una conversación de lo más amena, donde incluso llegué a plantearme la idea de que podamos ser amigos, me dijo que para su evento iría acompañado, y que tendría que pasar por esa mujer en el aeropuerto.

—¿Fue tan descarado como para ilusionarte y luego darte el golpe de gracia?

—No, la verdad es que él no hizo nada malo, el problema soy yo, es lo que siento.

Hablaron durante horas, su conversación pasó por varios matices, inicialmente la culpa de todo era de Matthew, lo responsabilizaban de cualquier sufrimiento de la raza humana. Luego le tocó el turno a Camila de responsabilizarse por sus sentimientos y hasta Elena cargó con una cuota de lo sucedido.

—Todo esto es culpa mía —decía Camila— si no hubiese sido tan grosera cuando me echó el helado encima, nada de esto hubiese sucedido —pasado unos segundos miró a su amiga fijamente y la acusó— es más todo esto es culpa tuya, si no te hubieses ido de luna de miel habrías sido tú quien se reuniera con él y no yo.

—Quizás la culpa es de sus padres que se casaron y decidieron tener un hijo —agregó Alejandra.

Todas rieron de lo ilógico de la situación, no había ningún culpable y todas lo sabían, pero la

naturaleza del hombre que siempre busca responsabilizar a alguien era la que les permitía seguir por ese camino. Camila recordó las apuestas, todas las veces que le echó alguna bebida encima, cuando bailaron por primera vez, cuando cantó en karaoke, los besos que compartieron y la noche que pasaron juntos. Recordó sólo las partes agradables de su relación y no sabía en qué momento sucedió pero ahora todas esas experiencias pesaban más que lo negativo o la humillación que sintió. Dolía más perderlo que perdonarlo.

—¿Por qué no luchas por él? —preguntó Alejandra.

—Tengo miedo —se sinceró— si hablo con Matthew y resulta que él ya no siente nada por mí me sentiré peor de lo que ahora lo hago.

—Pero y si no es así —respondió Elena— y si por ese miedo que sientes lo pierdes, porque él no quiere dar el siguiente paso, recuerda que ya trató de arreglar lo sucedido.

—No puedo, el temor me sobrepasa.

—¿Quieres que yo lo haga por ti?

—No seas ridícula Alejandra —la regañó Elena— ni que estuviéramos en la escuela.

Todas rieron y continuaron comiendo, cada una sumidas en sus pensamientos.

—¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó Elena— me refiero a verlo con otra mujer.

—Tengo que hacerlo —se resignó Camila— no tengo otra opción.

—Y nosotras no podremos ayudarte —se quejó Alejandra— no estaremos allí para darte apoyo moral o para suplirte si es necesario.

—Estaré bien, por lo menos voy a estar prevenida, tengo tiempo para prepararme —suspiró— ¿podemos hablar de otra cosa?

—Que no sea de trabajo —pidió Alejandra— ¿Qué tal si planificamos unas vacaciones?

Camila se entusiasmó, sugirió varios lugares a los que podrían ir: playas, montañas, de campamento, ríos. Estuvo dando pros y contras que Alejandra secundaba dependiendo del caso.

—Estoy embarazada —soltó Elena en medio de aquel barullo

Por un momento el silencio reinó en el lugar, Camila y Alejandra miraban a una reluciente Elena que sonreía llena de dicha. Luego el ambiente cambió totalmente mientras las amigas celebraban que pronto se convertirían en tías, se abrazaron y rieron imaginándose al pequeño ser que crecía.

—Por lo visto ya les diste las buenas nuevas —dijo Adrián desde la puerta, llevaba un tazón con frutas para su esposa.

Felicitaron al padre con fuertes abrazos y los mejores deseos.

—Tú con ese notición y yo con mi drama —se quejó Camila

—Sabes que siempre cuentas con nosotras —dijo Elena— además no todos los días descubrimos que estamos enamoradas.

Adrián bromeó con ella haciéndole saber que él mismo pudo haber darle la noticia de su enamoramiento desde el día que la vio en el restaurante apostando con Matthew.

—No cualquiera se pone en semejante situación por nada —dijo antes de retirarse.

—Yo también te quiero cuñado —gritó con sarcasmo Camila.

El resto de la noche hablaron del bebe, imaginando su color de cabellos o de ojos, apostando por cuál sería la tía preferida, la que lo consintiera más o la que sería su alcahueta cuando fuera mayor. Fue un momento perfecto para olvidarse de amores y desamores.

CAPÍTULO XXI

Los días para el evento transcurrieron rápidamente, Camila ocupaba su tiempo con los preparativos necesarios para que todo lo planificado fluyera sin ningún inconveniente. Trató de evitar cualquier reunión con su cliente, necesitaba poner algo de espacio entre él y sus alocados sentimientos. En una oportunidad el encuentro fue tan impersonal y puntual que al salir lloró por todo lo que deseaba y no podría tener. Ella era una persona audaz, capaz de luchar por aquello que quería, y no había lugar a dudas de que lo quería, entonces ¿Por qué no arriesgarse una vez más?

Recordó la reunión con sus amigas y lo que sintió cuando pensó en la humillación que sentiría si él la rechazaba, por eso de manera inconsciente buscaba en su comportamiento algún indicio que le diera alguna pista de los sentimientos de Matthew por ella. Pero la verdad era desoladora: nunca sostuvo sus manos más tiempo del necesario, en ninguna ocasión volvió a referirse a ella como ADA (como extrañaba ese mote), jamás lo pillaba viéndola de reojo, ni una sola vez la llamó personalmente. ¿Qué otra prueba necesitaba acerca de los sentimientos de él?

Lo había perdido y de ese modo él la había perdido a ella, porque a pesar de lo sucedido ella lo amaba profundamente y le dolía pensar en lo que pudo haber sido, ese era un lamento constante en su vida. Después de desplomarse frente a sus amigas procuró mantener una fachada profesional frente a ellas, no deseaba preocuparlas, mucho menos a Elena que resplandecía de felicidad. Ese era un pequeño aliciente, ver a su amiga feliz después de haber sido violada durante la adolescencia y de pasar casi toda su vida en terapias y retraída era algo maravilloso, saber que por fin ella logró encontrar a la persona adecuada para hacerla feliz que le brinda todo el amor que por años se negó a sentir era una victoria para todas ellas que sin darse cuenta pusieron sus vidas en pausa para servir de apoyo a la más débil de la manada.

Tenía que buscar algo que hacer, después de que por fin terminara con el encargo de Matthew, quizás un pequeño viaje, o un crucero donde conociera gente nueva, donde no necesitara una máscara para cubrir su dolor, donde nadie le preguntara como se sentía. Quizás eso era lo mejor. Tomó su móvil y comenzó a buscar opciones para su escape.

—¿Tienes todo controlado? —preguntó Alejandra a última hora de la tarde.

—Sí, ya he revisado por lo menos 10 veces el itinerario y chequeado lo contratado unas tres veces.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Elena mortificada— es la primera vez que estarás completamente sola.

—De alguna manera ustedes estarán conmigo —respondió agradecida por la preocupación de sus amigas— esto es como una visita guiada así que no debería tener ningún inconveniente.

—Eso no es lo que me preocupa —se sinceró Alejandra— sino el hecho de que tengas que ver durante cuatro días seguidos a Matthew acompañado por otra persona, aunque sea en cuestiones laborales.

—Lo sé y no tienen nada por lo que preocuparse —respondió tratando de adoptar una posición profesional— esto no es más que un trabajo más y si a eso le sumamos que la mayoría del tiempo él estará en reuniones todo va a salir bien.

—Eso esperamos.

—De cualquier forma estamos a una llamada de distancia por si nos necesitas.

—Y se lo agradezco, no sé qué haría sin ustedes.

—Ojalá nunca tengas que averiguarlo

Rieron juntas, lo que hacía que el ambiente se sintiera menos tenso. Era muy agradable poder compartir aquellos pequeños momentos de relax que te cargaban de la energía necesaria para seguir adelante.

—¿A qué hora debes estar en el aeropuerto?

—No voy a ir al aeropuerto, contraté una agencia de taxis que se encargarán de recibir a las diferentes delegaciones y llevarlas hasta el hotel, yo estaré allá para darles la bienvenida, debo estar en tres horas, alquilé una habitación para mí, de esa manera el tiempo me rendirá sin tener que ir de mi casa al hotel todos los días.

—No nos habías dicho —se quejaron.

—Y a qué hora llega la acompañante —de esa manera se referían a la mujer que estaría con Matthew durante el evento.

—Imagino que su avión aterrizó hace un par de horas.

Esa era una de las razones por la que todavía se encontraba en la oficina, estaba dando largas al momento en el que conociera a la mujer que colgaría del hombre que amaba en los próximos días. Cuando Raúl la llamó para informarle que sería el propio Matthew el encargado de buscarla y llevarla hasta el hotel, sintió que su corazón se volvía a partir en pedazos, pero ya no podía hacer nada, su tiempo había pasado y aunque muy en el fondo una diminuta parte de ella esperaba que cumpliera con cada una de las advertencias que pronunció acerca de luchar por ella sabía que se engañaba. Los hechos hablaban por si solos.

Aprovechó para explicarles a sus socias los cambios de última hora, antes de que le hicieran más preguntas al respecto.

—Quiere decir que mientras tú te encuentras aquí hablando tranquilamente con nosotras él puede estar... ¿mostrándole su habitación?

—O las estrellas —susurró Camila.

—Es un desgraciado y debes olvidarlo —declaró Elena.

—Eso trato.

Cuando Camila llegó a la hora estipulada al hotel ya había realizado varios ejercicios de respiración y por lo menos practicado seis tipos de sonrisas frente al espejo. Servir de anfitriona a un grupo variopinto siempre era complicado, tenía que ser versátil en las respuestas, prestas para ofrecer solución a cualquier posible eventualidad. Confiaba en su capacidad para hacerlo, era sólo otro trabajo más que debía hacer. Confirmó la hora de su reloj, faltaban al menos treinta minutos para que llegara la primera delegación.

Los hoteles que se escogieron estaban muy cerca el uno del otro, y eran iguales en categoría, servicios y comodidades, para no herir susceptibilidades, ella tomó una habitación en cada hotel he hizo el mismo arreglo para Raúl, era solo una medida preventiva que esperaba que fuese superflua, sin embargo, ninguna precaución estaba de más. A la acompañante de su cliente, la colocó en una suite presidencial, fue una solicitud del asistente de Matthew, al señalar que su jefe no reparaba en gastos cuando se trataba de “ella”. La curiosidad le hizo inspeccionar aquella habitación elegantemente decorada en tonos pasteles, ventanas en casi todas las paredes que ayudaban con la iluminación, un baño con jacuzzi, donde dos personas podrían compartir plácidamente y con una cama amplia y acogedora, que seguramente ya habían estrenado aplicando diferentes artes amatorias. Tenía que eliminar aquellos pensamientos de su mente o sería incapaz

de ser agradable con nadie.

Entró a su habitación, era espaciosa y finamente decorada, pero no pudo disfrutar de nada de aquello. Se regañó mentalmente debía sacar a Matthew de sus pensamientos y de su corazón. Con nuevas fuerzas, respiró profundamente y bajó a recepción, tenía que trabajar.

¿Era posible sentir un dolor tan agudo en el corazón sin que la razón fuera física? Esa fue la pregunta que vino a su mente cuando al salir del ascensor vio a su cliente con una top model, porque no había otra forma de describirla: alta, delgada pero con curvas, cabello largo de un brillante castaño claro, de buen perfil, vestida de forma espectacular, era la clase de persona que pondría a la moda cualquier cosa que usara así fuera un saco de papas. Por unos segundos se quedó observándolos, recordaba como Matthew miraba y trataba a su acompañante en la fiesta que dio su empresa para entre otras cosas anunciar la gala benéfica de la que se encargaron sus socias y ella y notó una diferencia abismal. Con esta se veía feliz, agrado, sin ningún tipo de distanciamiento, su sonrisa era sincera e iluminaba sus ojos. La vio acercarse a él y quitarle alguna pelusa de su saco, se encontraban de pie en una esquina de la recepción y él mantenía uno de sus brazos alrededor de su cintura. Estaban riéndose quizás de algún chiste cuando reparó en su presencia y le hizo seña para que se acercara.

Recordó las sonrisas que horas antes practicó y puso una de ellas en práctica.

—Señor Johnson —dijo al llegar en tono profesional.

—¿Cómo va todo? —preguntó con la mirada fija en ella pero sin quitar las manos encima de la modelo.

—Todo según lo planeado —respondió recordándose en todo momento que aquello era un trabajo y que debía hacerlo de la mejor forma posible— hace minutos me llamaron del aeropuerto, es cuestión de minutos que llegue la primera delegación.

—Excelente...

—Viste Matty que llegamos a tiempo —lo regañó su acompañante— y tú con una sola apuradera.

Hasta el pequeño puchero le quedaba de revista.

—Sabes que en esta clase de eventos me gusta estar siempre a tiempo.

—Ni que fuera la primera la primera vez que me arrastras a estas cosas —se quejó.

—Camila te presento a Magdalena —dijo para hacer las presentaciones— Magdalena ella es Camila la encargada de la organización de todo esto.

Cuando Camila fue a responder se dio cuenta que Magdalena tenía la mirada fija en ella con expresión de asombro.

—¡Tú eres Camila! La que bañó a Matty de... no se de cuantas cosas —dijo pareciendo mucho menor— es un placer por fin conocerte.

—Magda —la regañó Matthew.

—Sí soy yo —respondió algo confundida Camila— parece que tengo esa pequeña afición.

—Me encantas, tendrás que contarme con detalle todo lo sucedido, quizás yo también pueda hacer lo mismo.

—No conmigo —la interrumpió antes de agregar— aquí ya llegan los ejecutivos.

Durante la próxima hora los tres trabajaron codo a codo para recibir, ubicar y tomar las órdenes de cena para sus invitados, que como era de esperarse estaban agotados por el viaje. Pese a su impresión inicial, Magdalena era una persona muy dulce y sabía exactamente qué decir y cómo comportarse de manera de contribuir con su cliente. Le caía bien y eso era algo que no se esperaba.

Salieron de allí rumbo al otro hotel, donde Raúl los esperaba para recibir a la otra delegación. Todo estaba cronometrado por lo que fluyó de manera sencilla. Tres horas después estaban agotados de caminar de un lugar a otro, de mantener sonrisas y palabras amables.

—Cenemos —señaló Matthew.

—Yo paso —añaló Raúl— le dije a mi esposa que estaría en casa apenas me desocupara, sabe que durante la próxima semana estaré mucho tiempo fuera.

—Yo también paso —dijo rápidamente Camila, tratando de pensar alguna excusa para ausentarse, pero antes de que pudiera emitir una sola sílaba o Matthew fue Magdalena la que habló.

—A no señorita, usted se viene con nosotros, no hemos hablado en todo este tiempo y seguro que en los próximos días no podremos hacerlo con libertad.

Comenzó a caminar hacia el restaurante del hotel casi halando a Camila que seguía difícilmente los pasos de aquella mujer. Matthew se despidió rápidamente de Raúl y las siguió.

—¿Qué pasó Ada? ¿Tienes temor de estar conmigo? Susurró casi en el oído de Camila.

—Claro que no.

—¿A que buscas alguna excusa antes de una hora para irte? —la tentó

—Te aseguro que seré la última en irme —respondió aceptando el reto.

Caminaron hasta una de las mesas desocupadas que tenía vista a la piscina del hotel.

—Tenía tantas ganas de conocerte —expresó Magdalena que ahora le hacía señas a un mesero para que les atendiera.

—Por favor, bonita —dijo Matthew— deja de atosigar a la pobre mujer o saldrá corriendo a la menor oportunidad.

Camila sonrió ante la broma, no sin antes reparar en el apelativo cariñoso que le brindaba a su acompañante. Después de ordenar tomaron unos aperitivos mientras comentaban la planificación del próximo día. Matthew señaló la importancia de que la reunión comenzara a la hora planeada.

—Yo estaré aquí coordinando todo, ya confirmé con la empresa del transporte que enviará los vehículos para trasladar a ambas delegaciones. Raúl estará en la oficina para recibirlos y a las 10 am llevaré a sus acompañantes a un día de compras, luego el almuerzo y en la tarde tenemos un pequeño tour por la zona. Debemos estar de vuelta a las 5 de la tarde, de manera de que puedan cambiarse y estar preparadas para la cena que se servirá a las 7 para unos y a las 8 para los otros. Eso te da una hora para conversar y llegar hasta la otra delegación.

—Excelente, veo que lo tienes todo planificado.

Camila no se había dado cuenta de lo famélica que se encontraba. No había comido desde el desayuno. Magdalena se ofreció para ayudarla en la mañana con una de las delegaciones, las que se hospedaban en el mismo hotel que ella.

—Te agradezco el apoyo.

—No hay nada que agradecer. Ahora cuéntame de ti

—¿Qué quieres saber?

—Todo... cuántos años tienes, que estudiaste, tus padres que hacen, si tienes hermanos, que te gusta hacer aparte de bañar a Matty

—Bonita —le advirtió Matthew.

—Si quieres saber algo de él, yo soy un libro abierto y puedo contarte todo lo que quieras.

—Magdalena —esta vez el tono de voz de Matthew le advirtió que hablaba en serio y que se estaba molestando.

—Ah no Matty, nos has hablado mucho de ella como para poder contener mi curiosidad, si no

quieres estar aquí puedes tranquilamente subir a tu habitación.

—¿Nos? —preguntó Camila que trataba de seguir la diatriba de aquella mujer.

—Sí —respondió Magdalena— a mamá y a mí.

—¿Le has hablado a su madre de mí? —preguntó anonadada.

Podía entender muchas cosas, hablar con tu pareja de un o una ex podía ser un tema habitual, pero ¿hablar con la mamá de esta? Era harina de otro costal, por una vez se retiraría de una apuesta, no toleraba la forma en que se refería a ella como “bonita” le dolía profundamente, además esa necesidad de información por ella la hacía sentir incómoda.

—Por qué no habría de hacerlo —contestó Magdalena confusa— es la misma que la de él.

Matthew supo el momento exacto en el que Camila descubrió que Magdalena era su hermana. Las expresiones de su cara hablaban por sí sola. Al principio fue confusión, luego alivio para pasar a una de perspicacia que terminó en una molestia que crecía rápidamente.

—Así que ustedes son hermanos —señaló tratando de mantener la compostura.

—Magdalena es mi hermanita menor.

—¿No le habías dicho nada? —preguntó asombrada, luego rio audiblemente— no me dirás que estuviste celosa de mí.

Camila sólo quería matar a Matthew por ponerla en una situación incómoda, sentía vergüenza, rabia pero sobretodo sentía alivio.

—Bonita por favor, ya tendrás tiempo de hablar con Camila luego, ¿quieres subir a tu habitación?

—No te preocupes Magdalena. Yo me retiro. Que pasen una excelente velada —Camila casi corrió hasta las escaleras.

Tenía dentro de su mente un sinnúmero de pensamientos, necesitaba llegar a un lugar donde pudiera desahogarse, así que subió hasta la habitación que tenía en aquel hotel, se tardó un poco en la puerta buscando la tarjeta correcta hasta que por fin la encontró, para ese momento ya hipaba las lágrimas estaban descontroladas, no se había dado cuenta de la magnitud de la tensión que tenía pensando que Matthew estaría con otra persona durante esos días, que la había olvidado mientras ella se enamoraba perdidamente de él.

—Camila —dijo Matthew que cerró la puerta de la habitación detrás de él, agradeció en silencio haberla encontrado abierta.

—Vete de aquí.

Ver a su Ada descontrolada llorando le enterneció el corazón. Quería abrazarla y cuidarla incluso de él mismo. Dudó un momento antes de hacerlo antes de darse cuenta que no existía nada que le impidiera acercarse y demostrarle lo mucho que la amaba. Había llegado el momento y rogaba a Dios porque todo saliera según lo esperado.

—No me iré —declaró—. ¿Por qué lloras?

—Porque soy una idiota —respondió Camila— todo este tiempo te has estado burlando de mí, riéndote a mis expensas, enamorándome para luego hacerme sufrir. Felicidades lo lograste, eres el gran campeón espero que lo disfrutes.

Matthew se acercó y la tomó entre sus brazos, no fue fácil pero lo logró.

—¿Estás enamorada de mí? —preguntó en un susurro, creyendo que toda su vida dependía de lo que ella le respondiera.

CAPÍTULO XXII

Camila se negó a mirarlo, trataba inútilmente de contener el llanto. Quería gritarle, golpearle por hacerla sufrir de una manera tan despiadada, pero a la vez quería refugiarse en aquellos brazos que la mantenían firmemente sujeta.

—Contéstame por favor —suplicó Matthew—. ¿Me amas?

—¿Qué pretendes? Regodearte en tu victoria, humillarme otra vez

—Por favor Camila —la interrumpió— necesito saberlo.

—Sí lo hago —respondió después de unos segundos en silencio— te amo pero te prometo que eso va a... —cuando Camila alzó la vista y se encontró con los ojos de Matt reparó en las lágrimas que también surcaban su rostro y dejó de hablar.

—Espero que esa oración termine con: eso va a durar toda la vida —dijo antes de besarla apasionadamente.

Se besaron mostrando en aquel acto sus sentimientos, había amor, desesperación, ternura, pasión. Era como renacer después de un largo período de letargo. Lo hicieron ardientemente entregándose a una silenciosa promesa que los envolvía a ambos y a toda su vida.

—Yo también te amo mi Ada enamorada —dijo Matthew cuando logró interrumpir el beso.

A partir de ese momento no necesitaron más palabras, todas sobraban, lo único que importaba era la entrega, demostrar a través de aquellos besos y caricias la intensidad de sus sentimientos, que no quedara la menor duda que eran sinceros y correspondidos. Que no existía alguna razón por la que temer. Se arriesgaron y habían ganado.

Las manos de Matthew recorrían toda la extensión de la espalda de Camila, era maravilloso sentirla entre sus brazos, apenas se daba cuenta de lo perfectamente que encajaba en ellos. La necesidad de sentir el calor de su piel creció y comenzó a quitarle cada una de las prendas de vestir, quería arrancarle los botones de la blusa porque se interponían entre él y ella, pero fue abriendo uno a uno y besando el espacio de piel que quedaba expuesto. Aunque su lado primitivo gritaba que la tomara de una vez por todas, estaba decidido a hacerlo de una manera amorosa y memorable para ambos.

Cuando llegó al último, tiró de la prenda para ver las hermosas cúspides de sus senos envueltas en encaje de color negro. Casi gruñó de placer al liberarlos, se dedicó a acariciarlos, tocarlos, besarlos, lamió cada uno de ellos y luego los sopló disfrutando de su tirantez. Luego de unos minutos le dio la vuelta de manera que la espalda de Camila estaba pegada a su pecho, así podía amasar aquellas turgentes elevaciones mientras frotaba sus nalgas con su propia erección. Los pequeños gemidos de su Ada estaban a punto de hacerle perder el control. Separándose un poco abrió el botón de la falda y bajó el cierre, quitó aquella prenda con reverencia dejando visible la panty negra que hacía juego con el sujetador que ahora estaba en algún lugar del suelo de la habitación.

Le dio vuelta para besarle nuevamente mientras ella se encargaba de despojarle de su saco, corbata y camisa. Él ayudó en lo que pudo, tratando de minimizar el tiempo en el que tardarían estar piel contra piel.

Sentir las manos de Camila recorrer su pecho fue algo sublime, su cuerpo anhelaba sus caricias

y ahora se alimentaba de ellas. Se quitó los zapatos para luego poder bajar sus pantalones y al verse liberado de ellos, tomó a su Ada en brazos y la depositó en la cama, sus ojos estaban enfebrecidos de deseo, el mismo que él sentía recorrer su piel. Colocándose a sus pies quitó las braguitas negras y luego se despojó de su bóxer antes de volver a tomar sus labios. Se acomodó entre sus piernas y con suaves movimientos de vaivén le mostraba el ardor de su deseo a través de su erección que disfrutaba de su piel.

Al sentirlo Camila abrió sus piernas dándole una tácita bienvenida, pero en vez de penetrarla tal y como ella quería, se detuvo antes de pedirle:

—Dime otra vez que me amas

—Te amo —susurró con palabras que sonaron a la más hermosa sinfonía

—Yo también te amo —respondió antes de hacerla suya.

Fue introduciendo su miembro lentamente y disfrutando no solamente del calor y suavidad que lo acogía, sino de la sensualidad de la expresión de Camila mientras sentía como la poseía. Estuvo a punto de alcanzar el punto máximo, pero se detuvo un momento a tratar de contener sus sentimientos. Luego comenzó la danza que fue intensificada cuando con sus labios se amamantaba de sus succulentos senos.

Estaba en el mejor lugar del mundo, no porque el hotel fuera cinco estrellas y la cama fuera agradable, sino por la compañía que ahora poseía con mayor intensidad. Los sonidos que emitía Camila le advertían que estaba cerca de alcanzar la liberación, aumentó la intensidad de los embates hasta que logró que perdiera la concentración y con un delicioso gemido alcanzó el orgasmo que fue seguido por un gruñido ronco que certificaba que él también había alcanzado el suyo.

Volvían a ser uno y esta vez no se equivocarían ni la alejaría de él. Se prometió Matthew. La abrazó, no estaba preparado para alejarse de ella y de esa manera se entregaron al sueño reparador.

—¡Se nos hace tarde! —gritó Camila luego que su despertador sonara a la hora señalada.

El cansancio acumulado de ambos junto con la noche de pasión, los dejó exhaustos y aunque Matthew se despertó varias veces durante las horas que siguieron fue incapaz de separarse de ella, disfrutaba observando su rostro, memorizando cada detalle de sus ojos, nariz, mejilla, boca, apreciaba el peso de su pierna que lo abrazaba y de su mano sobre su pecho.

—¿Qué hora es? —preguntó adormilado.

—Las 6 de la mañana, tenemos el tiempo justo para acomodarnos y salir.

—La reunión no comienza hasta las 9 am ¿por qué tanto afán?

—Porque hay que encargarse del desayuno y de los transportes —aclaró.

—Tienes razón, estamos cortos de tiempo, así que tomaremos una ducha juntos.

La ducha se convirtió en otro momento especial para entregarse el uno al otro. Disfrutaban tocarse, amarse y que solo su cuerpo fuera el responsable de decirlo.

—Tenemos que hablar —indicó Matthew— hay algunas cosas que quiero contarte.

—Y tendremos tiempo para eso, por ahora debes estar enfocado en una fusión multimillonaria.

Salieron de la habitación sintiéndose libres de aquellas cadenas que los mantenían atados a la infelicidad. Tenían muchas cosas que hablar y algunas explicaciones que dar, pero no para exigir indulgencia, habían aprendido de la peor manera el precio que tenía el orgullo herido, la desesperación que produce la distancia con el ser amado.

Después de coordinar los desayunos, con ayuda de Magdalena, que se mostraba visiblemente contenta, Camila llamó a sus amigas por video-conferencia. Elena y Alejandra estaban

preocupadas por la falta de noticias de su socia.

—Estaba a punto de aparecerme en el hotel —se quejó Alejandra.

—Ayer fue un día —buscó la palabra que mejor encajara con la realidad vivida— atípico.

—¿Cómo es la acompañante? —preguntó Elena.

—Una mujer despampanante, parece una modelo —señaló.

—Lo lamento —se disculpó Alejandra.

—Es su hermana —aclaró con una sonrisa.

Camila procedió a relatarle como se sintió al momento que vio a Matthew con aquella mujer y cómo después durante la cena se esteró que eran hermanos.

—Me paré de la mesa y prácticamente corrí a mi habitación —explicó— no me había dado cuenta de la intensidad de mis sentimientos hasta ese entonces.

—Nosotras sí.

—Yo también, no crea que soy tan estúpida, pero no sabía la magnitud de los mismos, lloré de manera desenfadada, no había manera de contener todo aquello que sentía, fue tan... intenso.

—Lamento que estuvieras que pasar por eso sola.

—No estuve sola mucho tiempo —señaló Camila con un fuerte rubor en sus mejillas.

—Habla —la presionaron.

—Matthew vino a verme casi de inmediato y... bueno me pidió saber si yo lo amaba.

—¡Qué descarado!

—Cállate Alejandra —la interrumpió Elena— no le ves la cara, estoy segura de que ahora es cuando nos va a contar que se reconciliaron.

Y así lo hizo, les señaló lo feliz y completa que se sentía, que durmió en sus brazos y que se despertó pensando que era un sueño de lo hermoso que se sentía. Quiso contarle más cosas, pero no quería parecer cursi y respetaba la intimidad que compartía con Matthew.

—Todavía tenemos cosas que hablar, pero lo haremos luego.

Sus amigas expresaron felicidad por cómo terminó aquella jornada, expresaron sus buenos deseos y le recordaron que contaban con ellas para lo que hiciera falta.

Durante los siguientes días, las negociaciones se realizaron en el tiempo establecido, no fue tan fácil y cómodo como esperaba Matthew, pero al final encontraron un punto intermedio que dejó a cada una de las partes satisfechas.

Cada noche, después de despedir a las delegaciones, Matthew y Camila pasaban la noche juntos, hablando acerca de lo sucedido en el día, las actividades realizadas con las esposas de los ejecutivos o de los inconvenientes que se presentaban a puerta cerrada en las reuniones, para luego entregarse en los brazos del otro en una muestra de amor desmedida, esa era la parte favorita del día de los dos.

Magdalena fue de gran ayuda para Camila, estaba contenta de saber que Matthew y ella estaban bien, y le señaló que su mamá deseaba conocerla lo antes posible.

—¿Tienes todo preparado para mañana? —preguntó Camila.

El día siguiente era el único que no había planificado, Matthew insistió en que Raúl se encargara de organizar todo a bordo del My Ocean.

—Todo está listo según Raúl, pero al parecer tendremos que cancelarlo. Las delegaciones se regresan mañana en la mañana.

—¡Qué lástima! —se quejó Camila— tendré que llamar a...

—Ya Raúl se encargó —la interrumpió Matt— y Magdalena lo ayudará, así que usted y yo tendremos un día para nosotros.

A la mañana siguiente Matthew la llevó hasta su pent-house, el cual quedaba en una de las zonas más prestigiosas de la ciudad, era dúplex y parecía salido de una revista. Decorado en tonos verdes, con sofás y alfombras a juego.

—Ven para que disfrutes la vistas —sugirió Matthew llevándola hasta el balcón.

—Es hermosa —suspiró Camila cuando vio la ciudad a sus pies y un poco más lejos la playa.

—No más que tú —añadió antes de besarla— no sabes las veces que te imaginé en este lugar.

—Bueno ahora me tienes aquí.

—Siéntate traeré el desayuno —dijo cuando escuchó sonar el timbre.

Disfrutaron en silencio de una agradable comida, sonreían y se besaban esperando la conversación que vendría a continuación.

—Sé que me dijiste que no hacía falta —comenzó Matt— pero tengo necesidad de contarte la verdadera razón por la que me comporté como un patán.

—Si quieres vamos dentro —sugirió Camila

—Aquí estamos bien, nadie puede escucharnos y el ambiente es agradable, además no estoy seguro de tener el control suficiente como para arrastrarte hasta mi cama una vez que estemos dentro.

—Entonces mejor nos quedamos aquí —dijo una sonriente Camila.

—Hace años creí estar enamorado, tanto que estuve a punto de casarme con ella.

—¿Qué pasó?

—Una historia que uno nunca piensa que le va a suceder, ella era una mujer hermosa, siempre estaba pendiente de su figura, de vestir bien, con su cabello arreglado... de tener todas esas cosas superfluas que al final no valen nada, pero que en aquel momento me tenían cautivado. Un día me dijo que estaba embarazada y yo me sentí el hombre más afortunado del mundo, inmediatamente le pedí que se casara conmigo.

Tenía que tener paciencia y esperar que terminara de contar la historia que se notaba le era muy difícil de recordar, pero ella se encontraba llena de preguntas y de sentimientos encontrados. No era fácil enterarse que el hombre que amas, estuvo en algún momento a punto de casarse con otra y que además podrían tener un hijo.

—Ella aceptó, al día siguiente fuimos al doctor y pude ver un pequeño punto que era mi hijo —suspiró— les avisé a Tom y Carlos. Carlos fue muy receptivo y me felicitó efusivamente pero Tom fue más reservado. Días después habló conmigo y me advirtió de Sophia, me dijo todas las cosas que nunca quise ver y que no le creí, ese día di por terminada nuestra amistad. Creo que unas semanas después me fui de viaje y al volver traía un anillo conmigo, quería sorprenderla, hacerle una proposición a toda regla y no lo como le había dicho “tenemos que casarnos” así que llegue esa noche y sin hacer ruido fui hasta la habitación, estaba hablando con Carlos después de tener sexo... en mi cama y explicándole que ya se había practicado el aborto porque ella no iba a permitir poner su cuerpo como el de una ballena... y cuándo él le preguntó lo que haría cuando yo me enterara, ella solo contestó que fingiría un aborto espontaneo.

—Lo lamento —susurro.

—Yo más, al final no supe si realmente aquel hijo era mío, pero ese día juré jamás confiarme de ninguna mujer, para mí todas eran iguales y tenía que darle una lección a cualquiera que se pusiera en mi camino.

—Lo entiendo —se solidarizó con él y por un momento ya no sentía el ahogo que le producía recordar la fatídica mañana donde la menospreció. La verdad era que ahora entendía que no fue algo personal, aunque en su momento se sintió así.

—Pero lo que nunca pensé es que existiera una mujer capaz de superar todas las barreras que le coloqué a mi mente y a mi corazón. Camila tú fuiste el hada que logró hechizar mi vida y te amo por eso y por todo lo hermoso que me haces sentir. Cuando creí haberte perdido mi mamá me dijo que luchara por ti, Tom me animó a intentarlo de nuevo y Magdalena suspendió su vida para ayudarme contigo, porque comprendí que fui un tonto pero sobretodo que sólo a tu lado puedo sentirme completo y ser feliz.

—Te amo —susurró Camila con un nudo en la garganta, aquellas eran las palabras más hermosas que alguien alguna vez le había dicho.

—Yo te amo más —respondió secándole una lágrima.

—No sabes lo que luche en contra estos sentimientos, pero cada día crecían y sin que tuvieras que hacer nada —se sinceró.

—Y tú no sabes las veces que le pedí a Dios que no dejaras de sentir algo por mí que no fuera odio.

—Bueno, ahora hemos superado eso y estamos juntos —simplificó Camila tomando sus manos entre las suyas.

—No tanto como me gustaría —señaló— lo que quiero decir mi hermosa ADA enamorada, apasionada, es que quiero levantarme cada día a tu lado y que tu cara es lo último que deseo ver antes de dormir. Que no quiero pasar un día separado de ti, que te amo con locura, con todo lo que soy y que deseo... fervientemente... que aceptes convertirte en mi esposa para que yo pueda ser el hombre más feliz del mundo.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —preguntó estupefacta

—Eso es exactamente lo que te estoy proponiendo en este momento. ¿Qué dices Camila? Aceptas el reto de pasar toda tu vida a mi lado, de apostar cada día a ver quién hace más feliz al otro.

—Claro que acepto —rio Camila— y debes saber que voy a ganar.

—Ya yo gané.

FIN

EPÍLOGO

Dos meses después Camila Uzcátegui se convertía en Camila Johnson. Fue una hermosa ceremonia que se realizó a bordo del My Ocean, por petición de la novia que se quejaba por la recepción que pudo realizarse para celebrar la fusión de las compañías en un gran proyecto que esperaban diera buenos frutos en el futuro cercano.

Matthew le pidió a su amigo Tom que fuera su padrino.

—Debes acompañarme ese día —le pidió— gracias a tus palabras no me rendí, no hay ninguna otra persona a quien le pediría que fuera mi padrino, sobre todo después de que fueras mi cómplice.

—Claro que estaré contigo ese día, pospondré mi viaje un par de semanas para acompañarte.

—Gracias amigo mío, no sabes las veces que me he arrepentido por haber dudado de ella —reconoció con un deje de tristeza.

—Debes dejar todo el pasado atrás —lo aconsejó Tom— mereces ser feliz y Camila es la persona indicada para eso.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó dudoso.

—Ya yo fui feliz y quizás lo fui tanto que la vida me castigó por eso.

—Sabes que lo que dices es una tontería —lo cuestionó

—Lo sé, pero a veces esos son los pensamientos que me mantienen en pie y me ayudan a seguir adelante.

—Entonces deberías escuchar tu propio consejo y dejar el pasado atrás y ser verdaderamente feliz.

—Quizás algún día lo haga.

—Y ese día yo estaré a tu lado —prometió.

Por su parte Camila estuvo acompañada por Elena, Alejandra y Magdalena, las cuales vistieron de color verde en diferentes tonalidades (escogidas según su color de piel) la novia vistió un sencillo pero elegante vestido que realzaba su belleza era de color beige y tenía aplicaciones de una hermosa tela que combinaba los colores rosado y verde fosforescente, que hacían juego con su buqué, el cual estuvo compuesto por rosas de los mismos colores, era un pequeño tributo a la gala de colores.

—Me encanta que cada una tenga un vestido igual pero de color diferente, parecemos una carta de colores —señaló Magdalena frente al espejo.

—Pero no cualquier carta de colores —bromeó Elena que ya se le notaba una pequeña barriga de embarazo— somos la mejor carta de colores.

—Luces preciosa Cami —señaló Alejandra.

—Sigues tú —vaticinó la novia— al parecer vamos por orden de edad y tú señorita eres la menor de nosotras.

—Bueno si voy a tener una cara risueña como la tuya y a florecer como Elena, espero que no pase mucho tiempo antes de caer en las manos de cupido.

—Y después sigo yo —señaló Magdalena— no estoy apurada.

Samanta lloró durante la ceremonia, agradeció a Dios por haber ayudado a su hijo a conocer a

la mujer que lo haría feliz. Deseaba que su esposo pudiera acompañarla ese día, estaba segura que se sentiría orgulloso por los logros de su hijo y por la mujer que había escogido por esposa.

Matthew sorprendió a todos cuando tomó el micrófono y le dedicó a su esposa una canción que para ellos significaba mucho “Bésame la boca” la cantó con su potente voz de barítono, haciendo llorar a la novia de felicidad.

—Gracias por esa sorpresa —dijo Camila cuando llegó a su lado.

—Por ti cualquier cosa —dijo antes de depositar un sutil beso en sus labios— y tengo este pequeño detalle para ti —señaló extendiéndole una pequeña bolsita de tela blanca con detalles en color plateado.

—¿Y esto? —preguntó mientras sacaba un hermoso llavero de Hada.

—Bueno, este llavero tiene una historia que contar —rió— ¿Te acuerdas cuando nos vimos en la cafetería y me pediste que te dejara en paz?

—No recordemos esas cosas —sugirió apenada.

—Lo que pasa es que ese día te fuiste antes de que pudiera entregártelo, así que ahora te lo entrego, feliz de saber que no me lo devolverás. Eres mi Ada amada, alocada y apasionada.

—Tengo algunas ideas para agradecerte este hermoso obsequio —sugirió Camila perversamente.

—¿Nos escapamos? —sugirió Matthew

—¿Cómo podemos escaparnos de un barco que no está precisamente en la orilla? —preguntó Camila sarcásticamente.

—Eso se debe mi querida Ada a que tengo un bote esperándonos para dejar a toda esta gente celebrando por nuestra felicidad, mientras nosotros la disfrutamos.

—Eres increíble.

—Espero que sigas diciendo eso más tarde.

—Te amo esposo mío.

—Te amo Ada de mi vida.

Y así fue como los novios se perdieron el resto de la celebración, mientras eran partícipes de una mucha más íntima. Esa noche Camila le daría la noticia de que estaba embarazada y siete meses después serán padres de gemelos.

Contenido

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[EPÍLOGO](#)

Camila es una mujer audaz y Matthew un hombre testarudo.

Un accidente lleva a una apuesta que se convierte en otra y luego en otra más, hasta que lo que se compromete es el corazón. Ninguno buscaba una historia de amor, pero les resultó imposible luchar contra sus sentimientos y al final entendieron que rindiéndose era la única manera de ganar.

A pesar de todo... Sigo siendo Audaz es la segunda entrega de la saga "A pesar de todo" ahora concentrada en la historia de otra de las socias de Tu Decoración, Camila Uzcátegui, la más decidida y alegre del grupo, fanática del helado y de vez en cuando de la combinación de colores exóticos.